



Momias

LA DERROTA DE LA MUERTE EN EL ANTIGUO EGIPTO



JOSÉ MIGUEL PARRA ORTIZ

TIEMPO DE HISTORIA



José Miguel Parra Ortiz (Madrid, 1968) es licenciado y doctor en Historia Antigua por la Universidad Complutense de Madrid, donde también obtuvo un máster en Traducción. Especialista en el Reino Antiguo, sobre todo en complejos funerarios con pirámides, forma parte del equipo del «Proyecto Djehuty», que excava las tumbas de dos nobles de la XVIII dinastía (Djehuty y Hery) en el cementerio de Dra Abu el-Naga, en la orilla occidental de Luxor. Ha impartido seminarios y conferencias sobre el antiguo Egipto en diversas universidades españolas, así como en numerosas asociaciones culturales y sociedades de amigos de la egiptología. Colaborador habitual de publicaciones como *Historia National Geographic*, *Enigmas* y *Revista de Arqueología*, es autor de una importante obra sobre los más diversos aspectos de la historia y la sociedad del antiguo Egipto, donde destacan títulos como *Los constructores de las grandes pirámides* (1998), *Cuentos egipcios* (1998), *La vida amorosa en el antiguo Egipto* (2001), *Las pirámides. Historia, mito y realidad* (2001), *Gentes del valle del Nilo* (2003), *Historia de las pirámides de Egipto* (2ª ed. 2008) e *Historia de Egipto. Sociedad, economía y política* (2009).

Primera edición: Marzo de 2010

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Diseño de la cubierta: Jaime Fernández
Ilustración de la cubierta: © Heritage images

Fotocomposición: gama, sl

© 2010 José Miguel Parra Ortiz
© 2010 de la presente edición, para España y América:
Crítica, S.L., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9892-067-3
Depósito legal: M. 5146-2010

2010 - Impreso en España por Brosmac

Para Candela,
que para eso están los padrinos

Cronología¹

Período Predinástico (4000-2920)

Dinastía 0, reyes anteriores al Estado unificado (c. 3000-2920)

Período Dinástico Temprano (2950-2650 a. C.)

I dinastía, tinita (2950-2775)

II dinastía, tinita (2775-2650)

Reino Antiguo (2650-2125 a. C.)

III dinastía, pirámides escalonadas (2649-2575)

IV dinastía, grandes pirámides de caras lisas (2575-2450)

V dinastía, pirámides y templos solares (2450-2325)

VI dinastía, pirámides estandarizadas (2325-2175)

VII/VIII dinastía, numerosos reyes efímeros (2175-2125)

Primer Período Intermedio (2125-1775 a. C.)

IX dinastía, heracleopolitana (2125-2080)

X dinastía, heracleopolitana (2080-1775)

XI dinastía, tebana (2080-1775)

Reino Medio (1775-1640 a. C.)

XI dinastía, todo Egipto (1775-1640)

XII dinastía, pirámides de ladrillo (1640-1550)

XIII dinastía, unos setenta reyes efímeros (1550-1630)

XIV dinastía, reyes menores, quizá coetánea a las dinastías XIII y XV

Segundo Período Intermedio (1630-1520 a. C.)

XV dinastía, hyksos (1630-1520)

XVI dinastía, reyes hyksos menores, coetáneos a la XV dinastía

XVII dinastía, reyes tebanos (1630-1540)

Reino Nuevo (1539-1075 a. C.)

XVIII dinastía, período imperial (1539-1292)

XIX dinastía, Ramsés II y sus sucesores (1292-1190)

XX dinastía, faraones ramésidas (1190-1075)

Tercer Período Intermedio (1075-715 a. C.)

XXI dinastía (1075-945)

XXII dinastía (945-715)

XXIII dinastía, varios reyes coetáneos (830-715)

XXIV dinastía, saíta (730-715)

XXV dinastía, Nubia y Tebas (770-715)

Baja Época (715-332 a. C.)

XXV dinastía, Nubia y Egipto (715-657)

XXVI dinastía (664-525)

XXVII dinastía, persa (525-404)

XXVIII dinastía (404-399)

XXIX dinastía (399-380)

XXX dinastía (380-343)

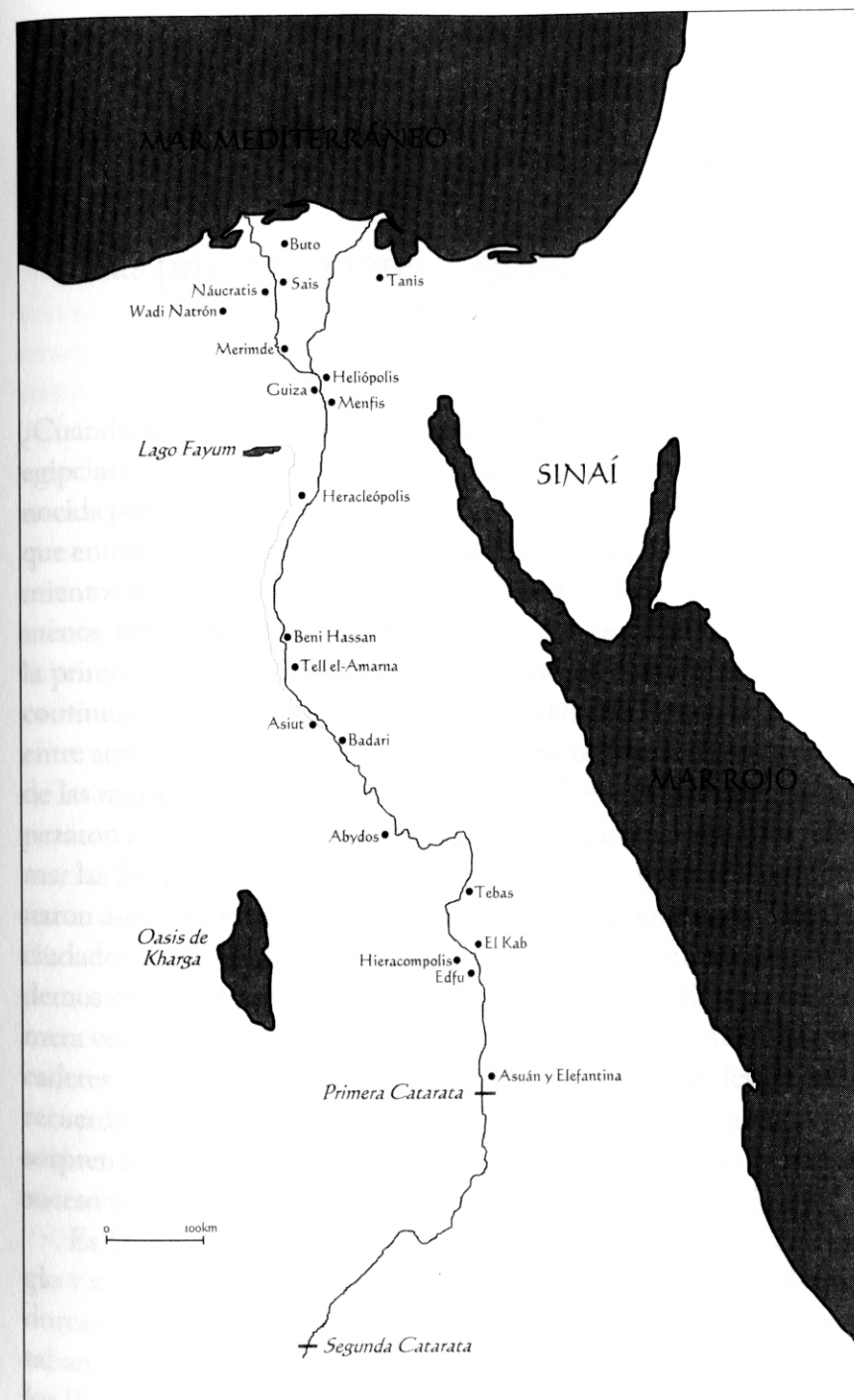
XXXI dinastía, segundo período persa (343-332)

Período helenístico (332-30 a. C.)

Los macedonios (332-305)

Dinastía ptolemaica (305-30)

Período romano (30 a. C.-395 d. C.)



Los orígenes de una costumbre ancestral

La muerte es la única certeza que poseen los seres humanos y, arqueológicamente hablando, la adquisición de esta conciencia se remonta a unos 100.000 años atrás, con la aparición de los primeros indicios de rituales funerarios y enterramientos en el Paleolítico. En dos yacimientos de Etiopía, Herto y Hobo, se han encontrado cráneos con restos de descarnado, un indicio de que los difuntos sufrían un tratamiento especial. Más evidentes son los casos de las cuevas de Skhul y Qafzeh (Israel), donde se han excavado cuerpos espolvoreados con ocre y acompañados por cornamentas de gamo y mandíbulas de jabalí. Esta preocupación por disponer del cadáver de un miembro del grupo de una forma concreta sugiere la presencia, al menos ocasional por estas fechas, de algún tipo de ritual funerario. La inhumación no se convirtió en una práctica generalizada para casi todos los grupos humanos del planeta hasta hace 35.000 años. Los habitantes del valle del Nilo no fueron una excepción. El enterramiento egipcio más antiguo es el cuerpo de un niño encontrado en Taramsa y fechado 55.000 años antes de nuestra era;¹ a partir de ese momento la inhumación fue la práctica funeraria por excelencia en el valle del Nilo.

Los arqueólogos siempre se quejan de que conocen cómo se hicieron las cosas, pero que en la mayor parte de las ocasiones se les escapa el porqué de las mismas. En el caso egipcio esto no deja de ser cierto para los momentos más tempranos de la cultura faraónica; sin embargo, la abundante documentación posterior nos informa ampliamente de los motivos ideológicos ocultos tras las momias egipcias.

A pesar de su imagen inmovilista, la ideología funeraria egipcia fue evolucionando con el paso del tiempo, si bien su núcleo ideológico siguió siendo el mismo a lo largo de tres milenios. Los egipcios se enfrentaban intelectualmente al mundo utilizando la «multiplicidad de aproximaciones». Al contrario que la civilización occidental, completamente lineal, donde si A es mayor que B y B es mayor que C, entonces A es mayor que C siempre y en todas las ocasiones, para los egipcios las cosas eran ciertas en un momento dado y no como consecuencia de una relación inmutable de causa-efecto. Para ellos, en un caso A podía ser mayor que B y B ser mayor que C y, al mismo tiempo y en otro caso distinto, C ser mayor que A. Como además los egipcios se mostraron siempre reacios a deshacerse de ningún tipo de logro ideológico, durante el Reino Nuevo seguían siendo válidos conceptos aparecidos durante el Predinástico. Esto nos permite extrapolar a todo el período faraónico una generalización de la ideología existente tras la conservación de los cadáveres, que en realidad refleja sobre todo las creencias del Reino Nuevo, cuando la documentación es mayor.

Sin caer en el determinismo geográfico, podemos afirmar que la geografía del valle del Nilo se filtró sin remedio en los cimientos sobre los cuales se construyó la ideología faraónica. El inmediato desierto (una sabana que terminó de secarse a finales del Reino Antiguo), el poderoso Sol y la periódica inundación del Nilo se incorporaron sin remedio al modo egipcio de entender el mundo y la muerte.

Cada año, a comienzos del verano, las aguas del monzón caídas en las montañas de Etiopía alcanzaban el Nilo y hacían que éste se desbordara en una lenta crecida de varios meses de duración. Llegada en un momento en que la tierra estaba sedienta y el país a punto de sucumbir al inclemente poder de Ra, la inundación anegaba Egipto con un manto líquido repleto de vida. Al retirarse al cabo de largas semanas, la inundación dejaba tras de sí una capa de fértil tierra negra cuyos primeros efectos se dejaban notar en la vida que regresaba a las pequeñas colinas que sobresalían de las aguas. Este ciclo vida-muerte-renacimiento ligado a las aguas del Nilo, los montículos y la dirección norte-sur de su corriente es el primer elemento

presente en las creencias funerarias egipcias. De ahí la existencia del Nun (las aguas del caos), la colina primigenia (donde apareció el dios creador) y que el sur se convirtiera en el punto cardinal de referencia para los egipcios (allí donde nacía el río) (Fig. 2.1).

El Sol es el mismo para todos, pero su fuerza no se deja sentir con la misma intensidad por toda la geografía terrestre. En Egipto su presencia es constante, hirviente, inevitable... sobre todo en la parte sur del país. No es de extrañar que Ra se convirtiera en la deidad principal de los egipcios. Pese a su calidad de dador de vida, el mismo Sol envejecía y moría, enfrentándose a diario a las fuerzas del caos durante las horas en las cuales desaparecía por el oeste; dejando que la noche se apoderara del valle del Nilo, antes de renacer por el este con vigor renovado tras haber derrotado a las fuerzas del mal. El ciclo amanecer/renacimiento/este-noche/muerte/oeste es un segundo elemento del modo egipcio de enfrentarse a la pérdida de la vida. Es el origen de la existencia de dos mundos, el de los vivos y el de los muertos, así como de la creencia del renacimiento en el segun-

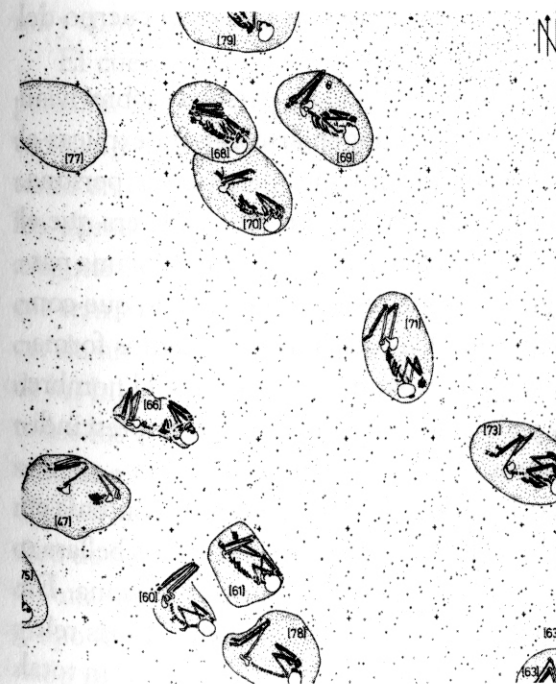


FIGURA 2.1. La influencia de la geografía en las creencias funerarias. Orientación preferencial hacia el sur (nacimiento del Nilo) y mirando al este (lugar del amanecer) en el cementerio predinástico de Merimde.

do tras fallecer en el primero. También lo es de la necesidad de situar la tumba y el mundo de los muertos en el horizonte oeste, por donde desaparecía a diario el sol.

Desde siempre, los egipcios habían enterrado a sus muertos en la arena de los desiertos que flanquean el Nilo, en especial en la orilla oeste. Allí, lejos de las zonas cultivadas y de los villorrios donde había transcurrido su vida, los difuntos podían reposar en paz. Al menos hasta que los habitantes de los poblados vecinos saqueaban la tumba; pues robar el ajuar que acompaña los enterramientos es una inveterada costumbre egipcia, nacida casi al mismo tiempo que la de inhumar a los muertos. Además de redistribuir la riqueza enterrada, el saqueo de las tumbas demostró a los egipcios que los cadáveres inhumados en el desierto siguiendo el ritual adecuado no desaparecían. Si se conservaban intactos, ello hacía suponer que lo mismo acontecía con la persona; pero transformada en algo diferente y habitando en algún lugar ajeno a este mundo: el más allá. La relación oeste-tumba-cuerpo intacto es el tercer elemento básico de la ideología funeraria egipcia, pero no el último. Explica la necesidad de construir una tumba y conservar en ella el cuerpo del difunto.

Una vez llegados a la conclusión de que las personas sobrevivían a la muerte, los egipcios tuvieron que ingeniárselas para explicar el proceso del óbito, que volvía completamente inerte a una persona. Estudiando el problema a fondo, la conclusión inevitable era que el ser humano debía de estar compuesto por varios elementos: una parte física y una parte intangible, donde residía todo aquello que convertía a una persona en lo que era. En total, cinco elementos formaban el ser humano y lo individualizaban frente al grupo: el nombre, la sombra, el cuerpo, el *ka* y el *ba*; los tres últimos eran imprescindibles para la ideología funeraria.

El nombre definía a la persona como ser humano y la contenía en esencia. Apelativos como «amado de Ra», «la bella entre las bellas» o «el nubio» expresan los deseos o circunstancias de una persona. En el caso de los faraones la importancia del nombre cobraba más relevancia, motivo por el cual su titulación completa constaba de un total

de cinco nombres: el de «Horus», el de «las dos señoras», el de «Horus de oro», el de «el junco y la abeja» y el de «hijo de Ra». Unos lo relacionaban con un dios: Khnum, Amón, Seth, Montu..., otros definían su cualidad regia: «toro poderoso», y otros más servían como declaración de intenciones políticas, como, por ejemplo, «Aquel que une las Dos Tierras», adoptado por Montuhotep II tras vencer a los heracleopolitanos. Como los egipcios consideraban que las cosas escritas cobraban vida al ser leídas, el nombre de una persona grabado en su tumba bastaba para asegurar la vida eterna del individuo. Ello explica las innumerables veces que aparecen mencionados en la decoración de las tumbas los dueños de las mismas, así como las razones que llevaban a borrar de todos los monumentos donde pudieran aparecer el apelativo y la imagen de la persona caída en desgracia: al hacerlo se borraba la memoria de su existencia.²

La sombra, producto del cuerpo por intermedio de la energía del dios sol Ra, era inherente a todos los seres humanos. Como tal, estaba formada tanto por la esencia del cuerpo como por la del individuo que se encarnaba en él. Era considerada una entidad física en sí misma y continuaba existiendo tras el fallecimiento del cuerpo.

El cuerpo era el contenedor físico, único e intransferible, de la persona. Se trata del caparazón que le permitía llevar una existencia terrenal y el punto de encuentro de las partes no físicas del individuo, tanto en esta vida como en la otra. En él encontraban cobijo todos los elementos de la persona y conservarlo era imprescindible para asegurar la supervivencia eterna, porque sin él los elementos no físicos terminaban vagando perdidos por el mundo de los vivos al carecer de un lugar de retorno donde confluir y habitar. Era obligación de los hijos encargarse de este menester y los más devotos realizaban todos los esfuerzos por que así fuera y el cadáver no se perdiera. Se sabe de algunos egipcios fallecidos en el extranjero cuyos hijos organizaron expediciones para recuperar el cuerpo de su progenitor. El caso de Sabni es bien conocido. Su padre estaba en Nubia cumpliendo una misión para un faraón de finales de la VI dinastía cuando su grupo fue atacado y él resultó muerto, quedando su cadáver abandonado *in situ* sobre su montura, allí donde las flechas del enemigo lo

habían abatido. Llegadas las noticias hasta su hijo, éste no tardó en organizar una expedición de rescate, cuyo éxito narra ufano y satisfecho en la fachada de su tumba en Elefantina:

Escribí cartas para informar que había partido para traer a mi padre Mekhu del país de Utjetj en Uauat. Vencí a esos países extranjeros [...] en el país extranjero cuyo nombre es Aatemetjer [...]. Este «amigo único» fue encontrado sobre un asno. Hice que fuera traído por las tropas de mi heredad personal, tras haberle hecho un ataúd.

*Autobiografía de Sabni.*³

No sólo el cuerpo tenía que ser recuperado y conservado, sino que además era necesario que reposara en el valle del Nilo. Sinuhe, que pasó largos años en Retenu ganándose el respeto y aprecio de todos, al sentir aproximarse la hora de su muerte, llora con amargura al temer que su cuerpo pueda terminar inhumado en tierra extranjera:

«Oh dios que has predestinado esta huida, ¡sé clemente y ponme en camino hacia la Residencia! ¡Quizá permitirás que vea otra vez el lugar donde permanece mi corazón! ¿Qué es más importante que el hecho de que mi cadáver se una con la tierra en que nació?» Así llora Sinuhe cuando llegada la senectud siente la necesidad de que su cuerpo repose en Egipto.

*Sinuhe.*⁴

El siguiente componente del cuerpo, el *ba*, estaba formado por todos aquellos elementos no físicos que hacían de cada persona un ser único. Tiende a ser traducido por la palabra «alma», pero las expresiones «personalidad» o «carácter» pueden ser una aproximación igual de válida al concepto. El *ba* es una entidad aparte del cuerpo y los egipcios se la imaginaban como un pájaro con cabeza humana, la del difunto, por supuesto. Cada noche, el *ba* salía de la tumba hacia el mundo del más allá, donde se reunía con Osiris para así poder revivir al difunto a la mañana siguiente (Fig. 2.2):

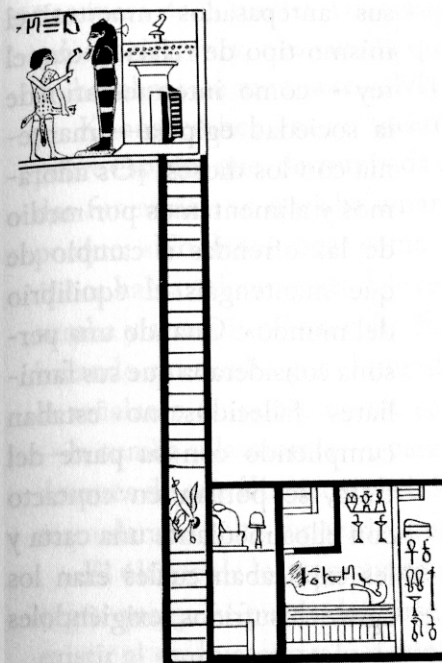


FIGURA 2.2. El *ba* regresando a la tumba.

Modo en que una persona envía su *ba*:

Ve, ve, *ba* mío, de modo que aquella persona, dondequiera que esté, pueda verte en tu apariencia viva, de modo que puede estar de pie y sentada junto a ti en su presencia [...]. El dios del grano, que vive tras la muerte, es aquel que te recibirá en la puerta de la que emerges cuando dejas el fluido de mi carne y el sudor de mi corazón.

Textos de los sarcófagos, II 98a-101a.⁵

La falsa puerta, imprescindible en todas las tumbas que se precien (Fig. 2.3), es el instrumento mediante el cual se ponían en comunicación el mundo de los vivos y el de los muertos. Es un punto de contacto entre ambas esferas.

No sólo por el más allá se desplaza el *ba*: durante el día rondaba por las cercanías de la tumba y continuaba interactuando con los vivos. Los egipcios pensaban que los difuntos tenían la obligación moral de actuar en beneficio de aquellos familiares que seguían vivos y se encargaban de conservar vivo su culto funerario. Mantenían con



FIGURA 2.3. Estela falsa puerta de Sheshi. Guiza, IV dinastía.

sus antepasados muertos el mismo tipo de relación que el rey —como intermediario de la sociedad egipcia— mantenía con los dioses: «Os adoramos y alimentamos por medio de las ofrendas a cambio de que mantengáis el equilibrio del mundo». Cuando una persona consideraba que sus familiares fallecidos no estaban cumpliendo con su parte del trato, se ponían en contacto con ellos mediante una carta y les explicaban cuáles eran los agravios sufridos, exigiéndoles que los repararan:

Es una hermana la que se dirige a su hermano, el «amigo único» Nefersefekhi:

«Mucha atención —es beneficioso prestar atención a uno que se preocupa por ti— en relación con aquello que está siendo hecho contra mi hija muy injustamente, si bien no hay nada que hiciera contra él. No he consumido sus posesiones, tampoco ha tenido que darle nada a mi hija. Es para que intercedas en beneficio de un superviviente por lo cual se realizan ofrendas de invocación a un espíritu. De modo que castiga a quien está haciendo lo que es penoso para mí, porque voy a triunfar sobre cualquier difunto que esté haciendo esto contra mi hija.

*Cuenca de Hu.*⁶

Al mismo tiempo que entidad independiente, el *ba* no puede ser separado de su contenedor físico, el cadáver del difunto. Es más, tiene que poder reunirse con él sin posibilidad de equivocación, de ahí el embalsamamiento del cuerpo, el nombre del difunto por toda la tumba y las estatuas del dueño de la tumba identificadas claramente con su nombre. El *ba* ha de tener un puerto de acogida tras sus corre-

rias fuera de la tumba. Un clásico de la literatura egipcia, *Khonsuemheb y el espíritu*, nos cuenta qué sucedía si se destruía la tumba de un hombre y su momia se volvía anónima.

Khonsuemheb era un sacerdote que entró en contacto con un pobre espíritu que, derrumbada su tumba e interrumpidas sus ofrendas funerarias, se quejaba amargamente de su desgraciado destino porque: «No deseo vagar como la corriente del Nilo». Él, que en su época había sido un personaje relevante, para quien se construyó una tumba y se instituyó un culto funerario, se encontraba ahora deambulando sin rumbo por el mundo de los vivos. Su *ba* necesitaba que le señalaran de nuevo dónde se encontraba su «campamento base» —la tumba y la momia—, para poder dirigirse a él y reposar. Sólo después de que Khonsuemheb localizara y reconstruyera la tumba y reanudara su culto funerario, pudo el espíritu descansar en paz.

El último de los componentes del ser humano era el *ka*, un concepto que quizá pueda definirse como la «energía vital» que permite existir al ser humano y lo distingue de una entidad muerta. El *ka* es algo universal, originado por el creador en el momento mismo de la aparición del mundo. Los dioses lo transmiten al faraón y éste a su vez es el encargado de hacer lo propio a la humanidad:

El rey es *ka*. Su boca es abundancia. Aquel que va a existir es aquel a quien él ha hecho ser. Es el que une cada miembro, el engendrador que hace ser a las personas.

Estela de Sehetep-ib-re.⁷

Luego serán los progenitores de una persona quienes le transmitan el *ka* a cada uno de sus vástagos. Este *ka* es una copia inmaterial de la persona, como se puede observar en las escenas de nacimiento del rey que aparecen en muchos templos, donde el dios Khnum aparece sentado delante de su torno de alfarero dando forma al rey y su *ka* (Fig. 2.4), que no es sino una copia exacta de sí mismo, su «doble» por así decir.

Como la energía se gasta, los egipcios reconocían que el *ka* tenía algún tipo de conexión con la comida, que necesitaba para seguir



FIGURA 2.4. El dios Khnum da forma en su torno de alfarero al rey Amenhotep III y su *ka*.

existiendo. Mientras el cuerpo estaba vivo, era el intermediario entre el *ka* y los alimentos; una vez fallecido, sólo las ofrendas permitían que el *ka* se alimentara y continuara existiendo. Como es lógico, en ninguna tumba podía faltar entonces una mesa de ofrendas (Fig. 5.12)

donde depositarlas y donde se especificaba, como sucedía con el resto de las fórmulas de ofrendas repartidas por las paredes de la tumba, que se realizaban «para el *ka* del (nombre del difunto)».

El momento más traumático de la existencia del ser humano se producía cuando, por las circunstancias que fueran, el cuerpo fallecía y el *ka* se separaba de él. De una persona muerta, los egipcios decían que había ido «a reunirse con su *ka*». La separación desencadenaba un proceso durante el cual los componentes del ser humano se reorganizaban de nuevo para permitir al individuo renacer en el otro mundo. Para que tal sucediera se necesitaba conseguir que el *ba* y el *ka* del difunto se volvieran a reunir en el más allá y el requisito imprescindible para ello era contar con el cadáver de la persona recién fallecida. Esta necesidad es la que explica la existencia de las momias. Una vez asegurada la conservación del cadáver, el primer paso consistía en liberar al *ba* del cuerpo mediante el adecuado ritual funerario (véase el capítulo 5), y el segundo, en que el *ba* sorteara en solitario los peligros del otro mundo. Una vez reunidos su *ka* y su *ba*, lo cual lo convertía en un *akh* inmortal, el difunto pasaba a compartir el otro mundo con los dioses, con los *maa-heru* «justos de voz» —personas que habían pasado el juicio de los muertos— y con los muertos, que eran aquellos seres humanos difuntos que no habían logrado transformarse.

Parece que hasta el Reino Antiguo, como intermediario que era entre los dioses y la humanidad, sólo el rey poseyó la capacidad para

transformarse en *akh*. Sus súbditos alcanzaban la vida eterna a través de él.⁸ No obstante, la existencia de tumbas de todas las clases sociales y el ajuar funerario enterrado junto a los difuntos, por mínimo que sea, permiten pensar que en realidad se trataba de una creencia generalizada y que todos los egipcios tenían la esperanza de convertirse en *akh*.

Siendo la suya una sociedad agraria, los egipcios estudiaron con atención el cielo nocturno, pues los movimientos de las estrellas son un perfecto calendario que les indicaba las fechas en las cuales se produciría la llegada de la inundación y así poder estar preparados para la temporada agrícola. La capacidad de las estrellas para señalar el paso del tiempo se debe a su mecánico y regular desplazamiento por el horizonte nocturno; por lo tanto, la existencia en el firmamento de un grupo de estrellas inmóviles era algo extraordinario. Los egipcios terminaron por considerar que estas estrellas eran el lugar donde vivían los dioses y los *akh*. Como dicen los *Textos de las pirámides*, la esperanza de todo egipcio era ir «al cielo [...] entre los dioses y los *akh*. Él verá cómo te conviertes en un *akh*, de forma que él pueda convertirse en un *akh* del mismo modo».⁹ Hoy día llamamos a este grupo de objetos nocturnos estrellas circumpolares; los egipcios las conocían como «las inmortales»: «He vuelto junto a aquellos dioses en el norte del cielo, las estrellas inmortales, por lo cual no moriré».¹⁰

Como hemos visto, desde la época tinita y hasta finales del Reino Antiguo, la ideología capaz de proporcionar un tránsito seguro al otro mundo fue una prerrogativa regia. Durante el Primer Período Intermedio el acceso al más allá comenzó a universalizarse ideológicamente, coincidiendo con el cada vez mayor auge del dios Osiris como divinidad funeraria. Hasta entonces el rey había sido el único en disponer de los *Textos de las pirámides*,¹¹ que gracias a la magia de la escritura le aseguraban protección para la tumba y su contenido, los adecuados rituales funerarios y una transición segura entre este mundo y el otro. A finales de la VI dinastía ya hubo algunos personajes importantes que incluyeron fragmentos de estos textos en sus ataúdes. Fue el comienzo de un proceso que terminaría por poner al

alcance de todos los egipcios los textos funerarios, encargados de asegurarles su identificación con Osiris una vez fallecidos, gracias a lo cual podían renacer en el más allá al convertirse en un *akh*:

Oh Atum, éste es tu hijo Osiris, el cual has hecho que sea restablecido para que pueda vivir. Si él vive, este rey vive; si no muere, este rey no muere; si no es destruido, este rey no es destruido; si no se lamenta, este rey no se lamenta; si se lamenta, este rey se lamenta.

*Textos de las pirámides.*¹²

Los egipcios no nos han dejado ningún relato completo y homogéneo del mito de Osiris como sí hizo Plutarco, sino menciones dispersas a los diversos episodios que lo componen. No obstante, la historia es bien conocida. Osiris era hermano de Isis (su esposa), de Seth y de Neftis; los cuatro eran hijos de Geb y Nut, vástagos a su vez de Shu y Tefnut, nacidos de Atum. Los nueve juntos forman la Enéada heliopolitana. En un momento dado, Seth asesinó a Osiris, lo descuartizó y lanzó los pedazos de su cuerpo al Nilo. Afligidas, Isis y Neftis recogieron los trozos de su hermano muerto y reconstruyeron su cuerpo. Decidida a no dejarse vencer por la perfidia de Seth, Isis utilizó sus poderes mágicos sobre el cuerpo momificado de su esposo, consiguiendo que Osiris reviviera lo suficiente como para concebir un hijo (Foto 2). El hijo de esta unión será Horus, quien al hacerse adulto luchó contra su tío Seth para vengar la muerte de su padre, convertido en rey del más allá. Finalmente, el tribunal de los dioses le dio la razón y pudo sentarse en el trono de Egipto. En este mito quedan recogidos los aspectos fundamentales de las creencias funerarias egipcias: la necesidad de conservar intacto el cuerpo del difunto, de embalsamar el cuerpo de los muertos, de celebrar rituales funerarios, así como la seguridad de renacer en el más allá.

Durante el Reino Medio los *Textos de las pirámides* pasaron a escribirse en las paredes interiores de los ataúdes de los nobles¹³ y, pese a que en su mayoría no son textos nuevos, sino adaptaciones procedentes de una fuente común, se los conoce como los *Textos de los*

sarcófagos.¹⁴ Las paredes del ataúd se convirtieron en un remedo de la cámara funeraria del rey y en ellas se escribieron, principalmente, encantamientos destinados a ayudar al difunto a acceder al otro mundo y vencer sus dificultades. En los encantamientos creados en esta época apareció un género nuevo, el de las «guías del más allá». En ellas se describen tanto la geografía del otro mundo como los seres que la habitan y se proporcionan a la vez las claves para sortearlos sin problemas. Estos encantamientos serán el germen de los «libros del más allá»: El *Libro del Amduat* (conocido por los egipcios como el *Libro de la habitación oculta*), el *Libro de las doce cuevas*, el *Libro de las puertas*, el *Enigmático libro del otro mundo*, el *Libro de las Cavernas*, el *Libro de la Tierra*, el *Libro de Nut*, el *Libro del día* y el *Libro de la noche*. Aparecidos durante el Reino Nuevo, todos ellos describen la geografía (Fig. 2.5) y el recorrido del Sol por el más allá durante las doce horas de la noche. Navegando en su barca, el dios derrota a la serpiente Apofis antes de reunirse con Osiris y renacer por el este al amanecer siguiente.

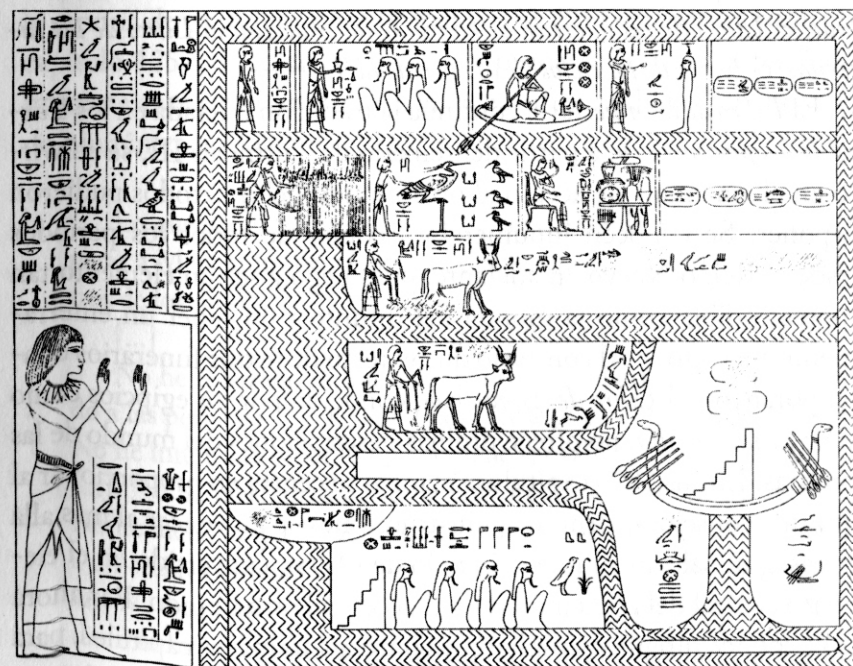


FIGURA 2.5. Los campos de Iaru vistos según el *Libro de los muertos*.

Estos libros, alejados un tanto de la tradición de los *Textos de las pirámides* y de los *Textos de los sarcófagos*, se encuentran sobre todo en las tumbas del Valle de los Reyes. El más antiguo es el *Libro del Amduat*, que apareció a comienzos de la XVIII dinastía en la tumba de Tutmosis I. Es el texto funerario real por excelencia, pues lo encontramos en quince de las veinticuatro tumbas que se conocen en el Valle. Las tumbas de Tutmosis III y Amenhotep II (Fig. 9.6) contienen el texto completo. El último texto funerario en ser redactado fue el *Libro de la Tierra*, a finales de la XX dinastía, que sólo se escribió en las tumbas de Ramsés V/VI, Ramsés VII y Ramsés IX.

Pocos son los hipogeos reales que contienen en su interior, grabados o pintados en los muros de sus distintas estancias (Foto 3), el texto completo de uno de estos «libros». Los faraones del Reino Nuevo prefirieron hacer una selección de las partes que más les interesaban y ofrecerse un popurrí selecto; de hecho, en casi la mitad de las tumbas podemos encontrar fragmentos de más de uno de ellos. En este aspecto destaca la tumba de Ramsés V/VI, donde se pueden leer textos pertenecientes a seis libros funerarios: el *Libro del Amduat*, el *Libro de las puertas*, el *Libro de los muertos*, el *Libro de las cavernas*, el *Libro de los cielos* y el *Libro de la Tierra*.

El *Libro de los muertos* sí continúa la tradición iniciada en los *Textos de las pirámides* y, a partir del reinado de Tutmosis III, se convirtió en el «manual» de acceso al otro mundo del que todos pudieron disponer. Se conocen innumerables copias de todos los períodos desde el Reino Nuevo en adelante, pues llegó a ser un elemento tan imprescindible como la momia del difunto para tener un enterramiento correcto.¹⁵ Al contrario que el resto de textos funerarios contemporáneos, el *Libro de los muertos*, conocido por los egipcios como *Libro de salir al día*, no ofrece prolijas descripciones del mundo de las sombras. En sus 192 «capítulos» el texto se centra en proporcionar al difunto «consejos», «trucos» e «instrucciones» para vencer al más allá y conseguir salir incólume del juicio de Osiris, convertido en el elemento central del renacimiento y el acceso al otro mundo. Por ahora no se conoce ningún ejemplar que contenga todos los capítulos, para los cuales hasta la época saíta tampoco existió un orden canónico.

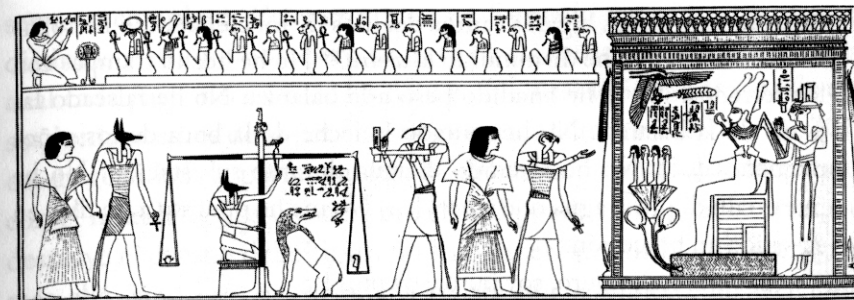


FIGURA 2.6. El juicio de Osiris.

El juicio de Osiris tenía lugar en una sala delante de este dios y otras cuarenta y dos deidades (Fig. 2.6). El difunto era conducido allí por Anubis. El dios de los muertos estaba sentado bajo un baldquino colocado sobre un estrado y delante de él había una balanza de platillos. Junto a ella, papiro y cálamo en mano, estaba Thot, el dios de la sabiduría y la escritura, presto a tomar nota del resultado del juicio. Tras su azaroso viaje por el más allá, el difunto estaba un poco desconcertado, pero tranquilo, pues su copia del *Libro de los muertos* le serviría de guía durante el proceso legal. En esta tesitura recurría al capítulo 125, conocido como la «confesión negativa», declarándose inocente ante el tribunal que lo juzgaba, afirmando no haber cometido ningún «pecado»:

Lo que debe decirse cuando se accede a la sala de las dos Maat; separar a Menganito de todos los pecados que ha cometido; ver los rostros de los dioses.

[...]

No he realizado iniquidades contra los muertos. No he maltratado a las personas. No he cometido pecados en el Lugar de la Verdad. No he intentado saber lo que no debe ser sabido. No he hecho el mal [...]. No he blasfemado. No he empobrecido al pobre en sus bienes. No he dicho lo que es abominable para los dioses. No he perjudicado a un esclavo ante su amo. No he causado aflicción. No he hecho llorar. No he matado. No he ordenado matar. No he causado mal a nadie. No he reducido las ofrendas alimentarias de los templos. No he mancillado los panes de los dioses [...]. No he sido un pederasta. No

he fornicado en los lugares santos del dios de mi ciudad. No he robado al celemín. No he disminuido la *arura*.¹⁶ No he hecho trampas con los terrenos. No le he añadido peso a la balanza. No he falseado las pesas de la balanza. No he quitado la leche de la boca de los niños pequeños [...]. No he retenido el agua durante su estación. No he puesto un dique al agua que corre. [...] No me he opuesto a un dios en su salida en procesión.

¡Soy puro, soy puro, soy puro, soy puro!

Libro de los muertos, 125.¹⁷

Dicho esto, llegaba el momento de la verdad. En un platillo de la balanza se colocaba el corazón¹⁸ del difunto y en el otro la pluma que era la imagen de Maat, la diosa de la justicia y la verdad. Si el difunto se había comportado en vida tal cual acaba de declarar ante los dioses, es decir, como un dechado de virtudes, los dos platillos de la balanza permanecían en equilibrio. Acababa de quedar demostrado que era un *maa-heru* o «justo de voz», y entonces se le concedía paso libre para entrar en el mundo de los muertos, reunirse con su *ka* y convertirse en un *akh*. Había conseguido la vida eterna. Los desgraciados que no conseguían pasar el juicio de Osiris y su balanza sufrían un destino terrible. Expectante, a espaldas de Thot había una criatura espantosa cuyo nombre lo dice todo: Ammit —«la devoradora»—, conocida también como «la grande de muerte» y «la comedora de corazones». Era un monstruo de aspecto terrible, con cabeza de cocodrilo, cuerpo, melena y patas delanteras de león (en ocasiones de leopardo) y cuartos traseros de hipopótamo. Su ominosa presencia junto a la balanza hacía que el corazón de los difuntos se encogiera de miedo; pero gracias a las instrucciones del *Libro de los muertos* todos tenían la seguridad de no terminar devorados.¹⁹ Si pese a todo Ammit terminaba saboreando el corazón de un difunto, el destino de éste era convertirse en uno de esos muertos que deambulaban desesperanzados por el más allá.

Como hemos visto, la preocupación de los egipcios por preservar los cuerpos de los difuntos se explica porque, para poder alcanzar el más allá y convertirse en un *akh* inmortal, el ser humano ha de con-

servarse completo. Es cierto que está formado por cinco elementos distintos y autónomos; pero se trata de un entidad indivisible, en la cual cada parte necesita de las demás. La interacción entre los diversos componentes de la persona no cesa tras la muerte del cuerpo físico; en realidad, la parte inanimada del mismo continúa relacionada con el mundo de los vivos, sobre el cual puede influir. Si se pierde o destruye el cuerpo del difunto no sólo le será imposible renacer en el más allá, sino que su existencia cesará por completo: el individuo habrá dejado de existir definitivamente.

Resulta obvio que en ciertos casos era imposible recuperar el cuerpo sin vida de un difunto; mas la ideología egipcia supo arreglar tal tesitura y buscar un hueco a los desgraciados fallecidos en circunstancias tan penosas. Este caso particular de acceso al otro mundo sin cadáver es el de las personas ahogadas en el río. En la mayor parte de las ocasiones, recuperar estos cadáveres era una empresa imposible, pues la corriente y los cocodrilos daban buena cuenta de ellos. La solución fue considerarlos un tipo especial de difunto, a los que Horus se encargaba de conducir sanos y salvos hasta el otro mundo, pese a carecer de tumba, de momia y no haberse beneficiado de los correspondientes rituales funerarios:

Dejad que vuestras cabezas vayan hacia delante, oh ahogados. Que vuestros brazos se muevan, oh vosotros que estáis bajo el agua. Estirad vuestras piernas, oh vosotros que nadáis. Dejad que el aliento sea para las ventanas de vuestras narices, vosotros que os acucilláis dentro del agua. Vosotros que domináis vuestras aguas, debéis estar contentos de vuestra frescura, tenéis que moveros hacia la inundación primigenia [...]. No debéis perecer.

Novena hora del *Libro de las puertas de Ramsés VI*.²⁰

Sin duda, el hecho de desaparecer dentro del agua que mantenía vivo al país era el elemento básico que explica este tratamiento especial, que en modo alguno suponía una renuncia al juicio de Osiris. En el resto de casos en los cuales el cuerpo desaparecía no se tenían tantos miramientos. No olvidemos que como castigo máximo, el rey

Nebka ordenó quemar y esparcir las cenizas de la adúltera mujer del sacerdote Webaoner, como se narra en *El rey Khufu y los magos*.

El único modo de asegurarse un renacimiento tranquilo en el más allá era organizar las cosas para ser embalsamado e inhumado en una tumba duradera, donde apareciera innumerables veces el nombre del difunto, repleta de textos que señalaran el camino y, a ser posible, acompañado de un par de estatuas donde figurara bien visible: «Soy una imagen del difunto (nombre del fallecido)». Cuantos menos riesgos se corrieran, mejor.

3

El proceso de la momificación

La momificación es uno de los varios procesos mediante los cuales la descomposición de un cuerpo humano se ve interrumpida, resultando de ello la conservación del mismo. Los egipcios llegaron a ser unos maestros en este arte y, en muchos casos, la momia se conserva tan bien que resulta turbador observarla. Uno siente que se está inmiscuyendo en el sueño de alguien, y la sensación de incomodidad, de intrusismo, puede llegar a ser abrumadora. Mirar el rostro de un faraón fallecido hace cuatro mil años no deja indiferente a nadie (Fig. 3.1); por eso la exposición de las momias reales del Museo de El Cairo siempre está repleta de visitantes y las vitrinas de la sala de momias egipcias del Museo Británico presentan una mancha continua a media altura, justo donde los niños apoyan las manos en el cristal para librarse de los reflejos y contemplar atónitos los cuerpos resecos. Explicarles el proceso de creación de lo que están viendo puede resultarles asqueroso... o fascinante.

El cuerpo humano es un complejo sistema formado por un 7 por 100 de tejidos duros mineralizados —huesos y



FIGURA 3.1. Cabeza de la momia de Seti I. Reino Nuevo. Museo de El Cairo.



Foro 2. Isis, transformada en milano, siendo fecundada por la momia de Osiris. Templo de Seti I en Abydos, XIX dinastía.



Foro 3. Horus y Anubis realizando ofrendas a Osiris y Tauseret. Tumba de dicha soberana en el Valle de los Reyes, XIX dinastía.



Foro 4. Los primeros intentos de momificación. Momia B85 de Hieracópolis, conocida como «Paddy».



Foto 5. Vista posterior del sudario de la «Dama blanca». Tebas, XX dinastía (?).



Foto 6. Plañideras en la tumba de Ramose (TT 55). Tebas, XVIII dinastía.



Foto 7. Estela funeraria con la fórmula de invocación. Museo Británico, Reino Antiguo.

sujeta luego mediante cuatro o cinco tiras horizontales. El sudario podía estar inscrito con textos funerarios del *Libro de los muertos*. Por otra parte, cuanto más rico era el difunto, más vendas y de mejor calidad se utilizaban en él, lo mismo que sucedía con los amuletos entreverados en las capas de tela.

Estos catorce pasos, que bien pueden ser algunos más o algunos menos, según decidamos agrupar cada una de las acciones realizadas sobre el cadáver, garantizaban una perfecta conservación del cuerpo.¹⁶ Evidentemente, no siempre el difunto poseía bastantes bienes como para permitirse tales dispendios y muchas fueron las momias donde alguno de ellos no se realizó o se practicó con menos atención.¹⁷ Con toda seguridad las momias de los soberanos de Reino Nuevo gozaron del tratamiento completo; pero en bastantes casos su lamentable estado de conservación no permite verificarlo.

El arte de la momificación llegó a su culmen en el Tercer Período Intermedio, sobre todo durante la XXI dinastía, cuando los embalsamadores pusieron todos sus esfuerzos en conseguir del cuerpo

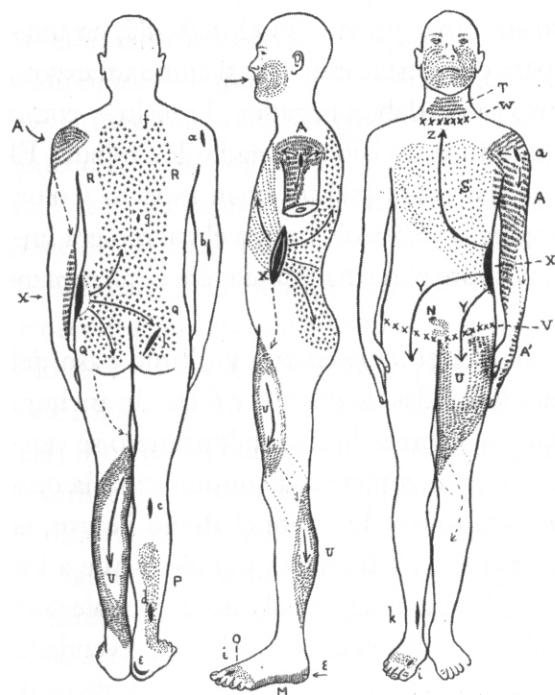


FIGURA 3.7. Localización de las incisiones y dirección del relleno en las momias de la XXI dinastía.

desechado el aspecto más natural posible. El proceso general era idéntico al del Reino Nuevo; pero además, como si fueran modernos cirujanos plásticos, realizaban en la piel hasta diecisiete incisiones subcutáneas, que luego rellenaban con serrín, arena y barro (Fig. 3.7). En el *Papiro Rhind* aparecen mencionadas distribuidas como sigue: cuatro en la cabeza, cuatro en el tórax, dos en los brazos, dos en las piernas, una en el abdomen y una en la espalda; pero casi nunca se practicaban más allá de la mitad. Gracias a ellas el cuerpo no perdía su sinuosidad: nalgas, caderas, piernas, cuello, pies, todo recuperaba el volumen perdido.¹⁸ En realidad, la momia de Amenhotep III ya presenta algunos rellenos similares, pero parece que la técnica no cuajó por entonces.

En ocasiones el trabajo de los embalsamadores de la XXI dinastía no ha resistido el paso del tiempo todo lo bien que se esperaba, y esto ha dado lugar a interpretaciones chuscas por parte de algunos historiadores. Los egiptólogos victorianos que vieron la momia de la «esposa del dios Amón» Maatkare —encontrada en el *cachette* de Deir el-Bahari (véase el capítulo 9)— no dudaron en atacar con saña su «virtud». Para desempeñar este cargo una mujer tenía que permanecer virgen, y ahí estaba su momia, con un feto momificado a sus pies y un sospechoso abultamiento en el vientre, señal inequívoca de su preñez. Tiempo después, los rayos X vinieron a reivindicar su buen nombre: el «feto» resultó ser la momia de una mascota, y el volumen de su vientre, el resultado de un exceso de celo por parte de los embalsamadores, que pusieron demasiado relleno, acumulado luego por acción de la gravedad.

En esta época, la incisión lateral pasó a ser vertical en la mayor parte de las ocasiones y solía suturarse, para cubrirse luego con una placa de metal o cera con un ojo *wadjet* grabado en ella. Antes, en el abdomen se habían metido pequeños sacos con las vísceras, cada uno acompañado de una figura de fayenza del hijo de Horus¹⁹ encargado de proteger cada órgano concreto. Era un modo de completar mágicamente el cuerpo del difunto. Lista la momia para ser vendada, se le daban ya los últimos retoques al cadáver. Los cuerpos masculinos se pintaban de color ocre rojo y los femeninos de color amarillo, como

valle del Nilo. Es probable que se trate de una evolución de la clásica tradición romana de las máscaras funerarias de los antepasados mezclada con los típicos cartonajes egipcios.

Hablar de los embalsamadores, los encargados de realizar la tarea que hemos descrito en estas páginas, es complicado, porque apenas existen datos sobre ellos. Su labor debía de ser bastante penosa. No obstante, la momificación era la duplicación terrenal del proceso sufrido por el dios Osiris a manos de su esposa Isis, por lo cual sus principales actores rituales tenían un tanto de sacerdotes. En principio el embalsamamiento estaba dirigido por un *hery seshet* o «jefe de los secretos» (identificado con el dios Anubis mientras realizada su labor directiva), al que acompañaban un *khetemu netjer* o «porta-sellos del dios» y un *hery hebet* o «sacerdote lector». Los que realmente estaban en contacto directo con los cadáveres eran los *wet* o «embalsamadores».

Al ser un proceso místico y técnico, durante los reinos Antiguo y Medio la momificación fue un presente de calidad ofrecido por el rey a sus subordinados. Esto implica la existencia de un único grupo de embalsamadores reales (numeroso) que se encargaba de los cuerpos en la capital y, en determinados casos, el rey enviaba a provincias para realizar su labor, como vemos en este texto del Reino Antiguo:

Cuando este Iry regresó de la Residencia trajo un decreto que confería los cargos de *haty-a*, portador del sello del rey del Bajo Egipto, compañero único y sacerdote lector a este Mekhu. También trajo [...] dos embalsamadores, un sacerdote lector superior, uno que se encuentra en su tarca anual, al inspector del *wabet*, plañideras y todo el equipo del *per-nefer*.

*Inscripción de Sabni.*²¹

Con el paso del tiempo, al generalizarse la momificación aumentó el número de talleres, muchos de los cuales quedaron fuera de la jurisdicción real. No obstante, ser embalsamado en los talleres de la Residencia (el palacio real) siempre significó la seguridad de un tratamiento de la mejor calidad.

Los rituales de enterramiento

Los egipcios pensaban que, al fallecer, el ser humano sufría una especie de ruptura, una separación de sus elementos constitutivos que sólo la magia de los rituales y las ceremonias funerarias podía recomponer. Gracias a ella, tras pasar el juicio de Osiris, el *ba* se unía con el *ka* y el ser humano renacía en el más allá, donde gozaba de una vida eterna en el mundo de los muertos. El primero de los rituales funerarios destinados a asegurar el renacimiento del difunto tenía lugar durante el largo proceso de convertir su cuerpo en una momia (Fig. 4.1). En muchos casos, el difunto lo dejaba todo bien especificado meses o años antes de fallecer:

Además, he encargado por contrato al sacerdote lector Tjebut, hijo de Antef, hijo de Nysu-Montu, hijo de Antef, realizar el ritual en el taller del embalsamamiento y leer el ritual para mi majestad durante la

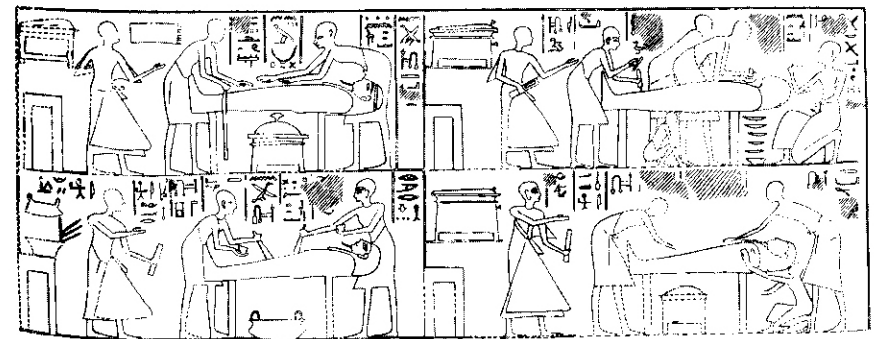


FIGURA 4.1. Escenas de momificación en la tumba de Tjay (TT 23). Tebas, XVIII dinastía.

de se describen estos pasos está dividido en dos partes; en la primera se indica a los embalsamadores qué hacer con el cuerpo, mientras que la segunda contiene los rituales que han de leerse mientras sucede lo anterior. Un ejemplo de este tipo de texto ritual son las primeras frases que deben pronunciarse mientras se vendan las piernas del difunto:

¡Oh Osiris (nombre del difunto)! ¡Por ti viene el precioso aceite para regenerar tu capacidad de andar! ¡Para ti viene el aceite mineral que ennegrece, para que tus orejas estén listas en cualquier país, que el espacio por el que marchas sobre la tierra sea vasto, que tus pasos sean grandes en los templos! [...]

*Papiro Bulaq III y Papiro Louvre 5158.*³

En realidad, este ritual de embalsamamiento de época de los césares es una versión muy resumida del proceso en cuanto a sus aspectos técnicos. Siguiendo estas parcas instrucciones sería imposible conseguir una momia como la de Ramsés II. No obstante, se ajustan perfectamente a las momias que conocemos de la época romana, en las cuales no se trataba tanto de conservar el cuerpo (en ocasiones vendado sin eviscerar) como de conseguir un bonito paquete en forma de momia. En este ritual, las dos únicas menciones a la técnica de embalsamar propiamente dicha aparecen en el paso 3.º y en el 5.º. El primero de ellos se titula «Introducir las entrañas en un vaso»:

Ahora bien, después de esto, se extraen las entrañas una segunda vez y se introducen en un vaso de fayenza que contenga el ungüento de los Hijos de Horus, para que este ungüento del dios impregne el cuerpo divino, puesto que las entrañas son regeneradas por el humor que sale del cuerpo divino.

[---] con ellos el rostro de este dios para que pueda verlos.

Recitarás sobre ella la misma fórmula por segunda vez, dejando reposar las entrañas en un receptáculo, hasta que las vaya a necesitar de nuevo.

*Papiro Bulaq III y Papiro Louvre 5158.*⁴

El título del segundo es «nota técnica» y hace honor al mismo:

Ahora bien, después de eso, tras masajear su espalda con el aceite derramado sobre un pedazo de tela, según la costumbre que tenía en tierra, ten cuidado de no colocarlo sobre el pecho o sobre el vientre, rellenos como están de productos medicinales, puesto que si no los dioses que se encuentran en el interior de su abdomen serán expulsados del lugar que deben ocupar. Colocarás el rostro elevado, como estaba hasta entonces.

*Papiro Bulaq III y Papiro Louvre 5158.*⁵

La nota técnica refleja a la perfección que los embalsamadores no conocían su oficio como antaño. Era necesario recordarles pequeñas minucias, como la de no volcar el cuerpo del lado de la incisión, para que no se salieran los paquetes de vísceras colocados con tanto cuidado en su interior.

Terminado el embalsamamiento, tenía lugar el entierro propiamente dicho. Era toda una ceremonia y, según la importancia del difunto, podían llegar a participar en ella muchas personas. No sólo la familia inmediata, sino también amigos, trabajadores y deudos. Si el personaje había ocupado un puesto importante en la Administración, tampoco faltarían los curiosos, encantados de disfrutar del espectáculo de los ricos y poderosos luciendo sus mejores galas y, cómo no, con la visión del rico ajuar funerario destinado a la tumba. Entre ellos no faltarían, ojo avizor, quienes a buen seguro intentarían saquear la tumba en cuanto se presentara la ocasión. Todas las riquezas del muerto pasaban ante sus ojos y podían tomar cumplida nota de ellas.

Las referencias a la procesión funeraria en la decoración de las tumbas son innumerables; se trata casi de un elemento imprescindible de las mismas. Las etapas básicas del entierro fueron siempre iguales: duelo en casa del difunto, procesión del ataúd desde casa del difunto hasta la orilla del río, cruce del Nilo, traslado desde la orilla hasta la necrópolis, ceremonias delante de la tumba e inhumación del difunto. Así nos lo cuenta un texto precioso, la carta dirigida por Senuseret I a Sinuhe. Con la intención de ponerle los dientes largos al famoso exiliado y convencerlo de que regresara a Egipto, el faraón le describe la lujosa ceremonia funeraria que le tiene destinada a su regreso:

Piensa en el día del entierro, en el partir hacia el estado de bienaventurado. Se te asignará «una noche» con ungüentos y bandas de momia que provienen de las manos de Tait. Se te hará un cortejo fúnebre el día del entierro: el sarcófago interior de oro, la cabeza [máscara] de lapislázuli, el cielo sobre ti, tú colocado en el ataúd; los bueyes te arrastrarán y los cantantes avanzarán delante de ti. Se ejecutará la danza *muu*, se leerá en voz alta la lista de las ofrendas funerarias y se matarán animales en la entrada de tu capilla. Tus pilares, contruidos con piedra blanca, estarán en medio de las tumbas de los príncipes. No morirás en tierra extranjera, los asiáticos no te meterán en tu tumba, no serás colocado en una piel de morueco y no se hará tu túmulo. Durante mucho tiempo has recorrido la tierra, piensa en la enfermedad y vuelve a Egipto.

Sinuhe.⁶

Durante el Reino Nuevo se celebraron muchos más pasos intermedios que durante el Reino Antiguo y el Reino Medio (la época de Sinuhe). No se conoce ninguna tumba donde aparezcan representadas todas las escenas que componían un entierro completo; la que más se acerca es la tumba del visir Rekhmire (TT 100). Tampoco se conoce ningún papiro o inscripción donde se enumeren una a una, por lo que es difícil saber a ciencia cierta cuándo y dónde se celebraban. Con toda probabilidad cada funeral fue un caso único. Eran las posibilidades económicas del difunto y los deseos de sus deudos los que tenían la última palabra sobre qué etapas se celebraban de verdad y cuáles se dejaban para ser representadas luego en las paredes de la tumba, y así completar el ritual simbólicamente.

Los relieves parecen indicar que, con anterioridad al comienzo de la procesión funeraria propiamente dicha, se producía un duelo en casa del difunto, quizá para generar el estado de ánimo adecuado para la ceremonia. Las mujeres lloraban dentro del domicilio del muerto, «arrancándose» los cabellos, «rasgándose» las vestiduras, en ocasiones con el pecho al descubierto y arrojándose polvo sobre la cabeza. Entre ellas no sólo se contaban miembros de la familia, sino también plañideras profesionales (Foto 6). En el Reino Nuevo una cinta blanca o azul claro servía para diferenciar a las mujeres de la familia de aquellas que no lo eran. Los hombres, por el contrario,

expresaban su dolor en el exterior de la casa, de una forma no mucho más circunspecta.

Terminado el duelo comenzaba la procesión funeraria; una escena que en la tumba de Ankhmahor (Reino Antiguo) se titula «Salir de la casa de la heredad hacia el bello oeste». Un gran cortejo partía de la vivienda con un orden bastante preciso. Encabezaban la procesión un montón de ofrendas funerarias en forma de alimentos y coronas de flores, transportadas por sirvientes y familiares. Tras ellas venía el cofre con los cuatro vasos canopos para las vísceras del difunto, al cual seguía los pasos todo el ajuar funerario, destinado a acompañar al muerto dentro de la tumba: muebles, *shabtis*, ungüentos, afeites, etc. A continuación venían las estatuas *ka* del difunto (destinadas al *serdab* de la tumba) y el ataúd.

El ataúd era sacado de la casa a hombros de amigos de la familia o bien colocado sobre un trineo y arrastrado por éstos. Delante y detrás de él iban dos compungidas plañideras, identificadas con las diosas Isis y Neftis, encargadas del renacimiento de ese Osiris en el cual se pensaba se había convertido el difunto. El papel de la primera de ellas, como no podía ser de otro modo, le correspondía a la mujer del muerto, que era conocida entonces como la «milano mayor»; la otra, que representaba a Neftis, era llamada la «milano menor». Detrás venían varios personajes relevantes en el desarrollo de la ceremonia: primero el «portador del sello del dios», con cetro, bastón y una banda de tela colgando del hombro, cuyas tareas serían asumidas a partir del Reino Medio por el sacerdote *sem*; le seguía el «embalsamador de Anubis», quien había dirigido la momificación y vendado la momia; y, por último, el «sacerdote lector», con una banda de tela cruzada sobre el pecho y en la mano el rollo de papiro con las palabras del ceremonial, no en vano era conocido como «Aquel que realiza el ritual». La cola de la procesión la formaban las vociferantes plañideras, con sus descompuestas vestimentas, sus despeinados cabellos⁷ y sus gritos desgarradores, quienes dejaban tras de sí un eco de polvo, tristeza y algarabía que se iba perdiendo en el horizonte según se aproximaba la procesión a la ribera del Nilo.

Al llegar a la orilla, el sacerdote *sem*, como director general de la ceremonia que era, debía mostrar sus dotes organizativas y tener listo

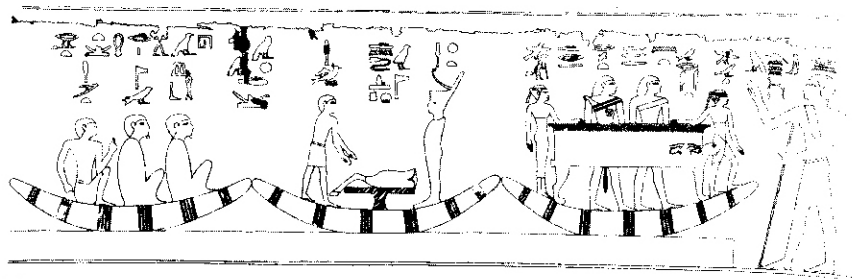


FIGURA 4.3. El ajuar funerario cruza el Nilo. Tumba de Antefoker (TT 60). Tebas, XII dinastía.

el transporte para todo el mundo. No le sería difícil conseguirlo, pues con seguridad todos los participantes que disponían de una embarcación la prestarían gustosos para la ceremonia. El sarcófago se embarcaba en la nave «almirante», el barco *uret*, y allí era colocado dentro de un santuario adornado con flores y símbolos de resurrección. Los dos «milanos» se colocaban a proa y popa. Entonces, bien a vela, bien remolcado por barcos de remos, el barco «fúnebre» comenzaba la travesía que, como se dice en la tumba de Hetepherakhty (Reino Antiguo), consiste en «navegar mientras el ritual es llevado a cabo por el «sacerdote lector»». Rodea al barco «fúnebre» una flotilla, sobre cuyas cubiertas hombres y mujeres lloran al difunto. El ajuar, las estatuas, el buey para el sacrificio, el banquete funerario y los vasos canopos cruzaban del mismo modo en otras embarcaciones (Fig. 4.3).

Tras acostar las embarcaciones en la otra orilla y desembarcar cortejo y objetos, el sarcófago era conducido a una cabina que en ocasiones se identifica con la estructura donde tuvo lugar el embalsamamiento del muerto. Si esto era así, la momia del difunto sólo se incorporaba a la procesión en este punto. No obstante, no parece muy lógico pensar que el lugar del embalsamamiento estuviera aquí situado, pues así se obligaba a trasladar el cadáver hasta la orilla occidental antes del funeral. Dado que el ritual funerario incluía esta travesía como un importante elemento ideológico (remedio del viaje del difunto hasta el otro mundo), para el muerto resultaría más sencillo alcanzar la otra vida si realmente cruzaba el río una vez momificado. Se ha sugerido que, si el domicilio del difunto se encontraba en la

ribera opuesta del Nilo, para satisfacer las necesidades del ritual la procesión funeraria necesitaría cruzar luego un canal de riego que simulara ser el Nilo.

Sea como fuere, lo cierto es que una vez cruzado el río, la procesión funeraria comenzaba su andadura por la orilla occidental, deteniéndose en dos ocasiones para que el sarcófago con la momia del difunto recibiera varios rituales purificadores.⁸ Durante la segunda parada se realizaban también varias cortas procesiones rituales, las cuales representaban peregrinaciones que el difunto debía realizar a varias ciudades sagradas de Egipto. Durante el Reino Antiguo se trataba sólo de las ciudades de Sais (lugar de culto de la diosa Neith) y Buto (lugar de culto de la diosa cobra Wadjet), situadas en el Delta; pero durante el Reino Nuevo se incorporaron a este circuito las ciudades de Heliópolis (lugar de culto del dios Ra) y Abydos (lugar de culto del dios Osiris).

La llamada peregrinación a Abydos se convirtió en una parte importante del tránsito del difunto hacia el más allá. Su función no está muy clara, pero parece tratarse de una copia de un antiguo ritual de la realeza, durante el cual la momia del faraón era conducida a esta ciudad. Ello permitía al soberano rendir tributo al dios en el cual se iba a convertir, a la vez que presentaba sus despojos reales a la curiosidad de sus súbditos, quienes comprobaban el fallecimiento del soberano con sus propios ojos. En el caso de los particulares se desconoce casi todo sobre las peregrinaciones, tanto a esta ciudad como a las demás. No se sabe si tenían lugar en vida o si bien las realizaba una estatua o la propia momia del difunto. También se ignora si era necesario viajar físicamente hasta las ciudades correspondientes, o si bastaba con acercarse a un punto concreto de la necrópolis, identificado simbólicamente con el lugar donde fue inhumado el dios de los muertos.⁹

Seguidamente la procesión se recomponía y, sobre un trineo arrastrado por bueyes o servidores, el ataúd del difunto se encaminaba hacia la tumba. Para facilitar el desplazamiento reduciendo la fricción, a la vez que se realizaba una libación por el difunto, delante del trineo se derramaban agua y leche. Detrás, los participantes en la procesión cantaban y bailaban seguidos por la misteriosa figura del

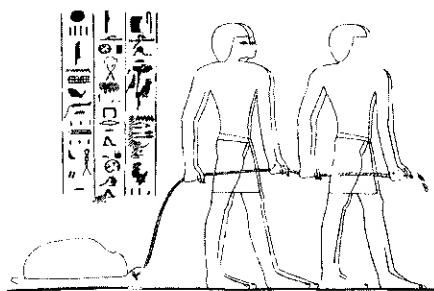


FIGURA 4.4. El *tekenu* de la procesión funeraria de Amenemhet.

persona completamente envuelta en una piel de animal. En algunas ocasiones se aprecia la cabeza de la persona o sobresale un pie por la parte posterior del sudario, pero en otras es un paquete sin rasgos distintivos. Se ha sugerido que el *tekenu* (identificado a veces con la placenta del difunto) sería una reminiscencia de los antiguos sacrificios humanos realizados para los faraones de las dos primeras dinastías. Ahora un sacerdote hacía las veces de servidor sacrificado, siendo trasladado envuelto hasta la tumba, donde era liberado. Varias personas tiran de las cuerdas del trineo del *tekenu*, al que sigue un cofre con el material necesario para realizar la «apertura de la boca».

En un momento dado del traslado hacia la tumba, el sacerdote que encabezaba la procesión pedía permiso en voz alta para penetrar en la necrópolis y realizar el enterramiento. Un grupo de bailarines *muu* tocados con su distintivo gorro¹⁰ se acercaba entonces y concedía este permiso con una danza (Fig. 4.5). La palabra *muu* significa

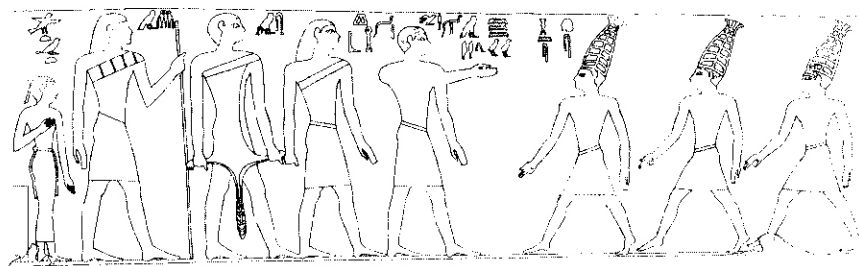


FIGURA 4.5. Bailarines *muu* ante los sacerdotes de la procesión funeraria. Tumba de Antefoker (TT 60). Tebas, XII dinastía.

tekenu, arrastrada sobre un trineo (Fig. 4.4).

Aparecido por primera vez durante el Reino Medio, no se sabe a ciencia cierta qué era o qué función cumplía el *tekenu* en el ritual funerario. A primera vista, tal cual aparece en los relieves se trata de un bulto que puede corresponder al de una

«aquellos que pertenecen al agua» y parece que una de las funciones de estos bailarines era la de servir como guardianes de la necrópolis.

Durante el Reino Antiguo el ritual de ofrendas se hubiera celebrado nada más llegar a la tumba; durante el Reino Nuevo las cosas eran un poco más elaboradas. Los mismos bailarines *muu* que habían concedido acceso a la necrópolis recibían ahora al difunto delante de la tumba, celebrando un baile que caracterizaba la segunda de sus funciones: actuar como los barqueros que conducirían al difunto desde este mundo hasta el otro. A continuación se realizaban varios rituales más. En uno de ellos el sacerdote *ka* tiraba del ataúd vacío hacia el oeste, la tierra de los muertos, mientras el embalsamador hacía lo propio hacia el este, la tierra de los vivos.¹¹ El *tekenu* sufría un ritual semejante. Una vez terminado, la momia era sacada del ataúd y colocada en posición vertical delante de la entrada de la tumba. Todo estaba listo para el comienzo de los dos rituales imprescindibles para el futuro bienestar del difunto: la «apertura de la boca» y la «invocación de ofrendas».

Durante la ceremonia de la «apertura de la boca» (Fig. 4.6), el oficiante tocaba con un instrumento adecuado los diversos orificios del cuerpo embalsamado del difunto: ojos, nariz, boca y oídos. Gracias a este toque mágico la momia «renacía», pues recuperaba el uso de sus sentidos.¹² Al disponer de éstos, la momia podía respirar, ver y escu-

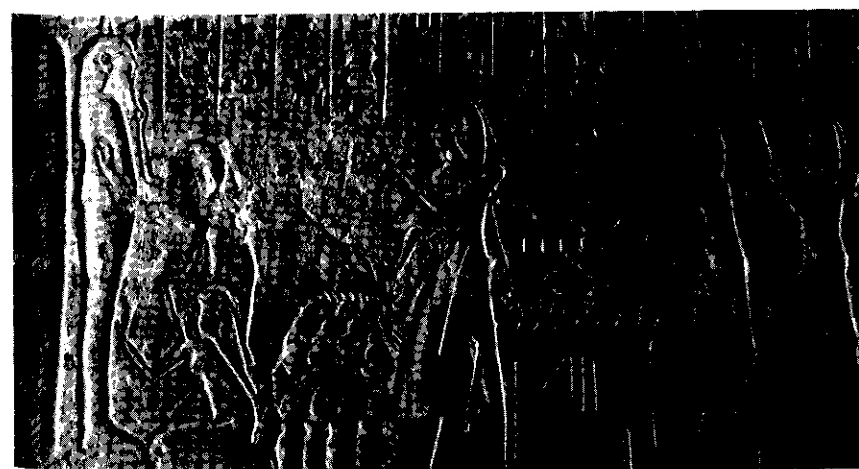


FIGURA 4.6. La ceremonia de la apertura de la boca. Tumba de Ptahemheb (TT 193), XIX dinastía. Necrópolis de Asasif.

char; pero lo que es más importante, también comer y beber. Ahora estaba en condiciones de poder disfrutar de las ofrendas que le serían presentadas por los encargados de mantener vivo su culto funerario.

La «apertura de la boca» era tan importante para el difunto que la obligación de celebrarla recaía en su hijo primogénito, quien actuaba en ella como sacerdote *sem*. Gracias a la piel de leopardo que llevan sobre la ropa y a la trenza de la juventud, típica de los niños, es fácil reconocerlos en los relieves y pinturas de las tumbas. Si bien es cierto que no tardaron en aparecer personas especializadas en realizar la «apertura de la boca», la ideología seguía considerando a los vástagos del difunto como los únicos cualificados para la tarea: mientras la celebraba, el oficiante se transformaba en su hijo. Esto explica por qué el general Ay aparece representado en las paredes de la tumba de Tutankhamon vestido como un sacerdote *sem* y con la corona azul en vez de la trenza de la juventud, mientras toca con la azuela la boca de la momia real. Así quedaba inmortalizado como heredero del difunto soberano y legitimaba su ascenso al trono de Egipto. Al haber actuado como un hijo verdadero, ocupándose del enterramiento y realizando la «apertura de la boca», se convertía en su heredero con todas las de la ley.

El origen de este ritual se remonta al menos a comienzos de la IV dinastía. Encontramos menciones a un ritual de animación de la estatua en los anales de Khufu de la *Piedra de Palermo*: «Dar a luz y abrir la boca de estatuas del Horus Khnum-Khufu y de todos los dioses»,¹³ y en las inscripciones de la tumba de Metjen, donde se comenta que la ceremonia se repetía cuatro veces. La «apertura de la boca», llamada entonces «ritual de ofrendas», aparece descrita por primera vez en los textos de la pirámide de Unas:

Tu boca está en disposición de funcionar, pues he abierto tu boca para ti, he abierto tus ojos para ti. Oh rey, he abierto tu boca para ti con la azuela de hierro que separa abriendo la boca de los dioses. Oh Horus, abre la boca de este rey. Oh Horus, abre la boca de este rey. Horus ha abierto la boca de este rey; Horus ha abierto la boca de este rey, con lo cual abre la boca de su padre, con lo cual abre la boca de Osiris, con el hierro surgido de Seth, con la azuela de hierro que abre la boca de los

dioses. La boca del rey se ha abierto con ella y él va y habla con la Gran Eneada en la Mansión del Príncipe que se encuentra en Iunu y se hace con la corona *Ureret* delante de Horus, Señor de los miembros del *pat*.

Textos de las pirámides.¹⁴

Durante el Reino Medio parece haberse desarrollado una segunda versión del ritual de la «apertura de la boca», donde los dioses Horus y Ptah eran los encargados de abrir la boca del difunto; la encontramos recogida en los *Textos de los sarcófagos* I, 65. Esta tradición continuó durante el Reino Nuevo transformada en el capítulo 23 del *Libro de los muertos*. Al mismo tiempo fue evolucionando la versión derivada de los *Textos de las pirámides*, que era conocida en el Reino Nuevo con el título de *La realización de la «apertura de la boca» para la estatua en el Hut-nebu*. Ahora el acto de dar vida a las momias y estatuas constaba de cinco elementos independientes, pero relacionados entre sí: un ritual de estatua, un ritual de ofrendas, un ritual de embalsamamiento, un ritual de enterramiento, un ritual de sacrificio de animales y un ritual templario, todos ellos combinados en un único y prolijo ritual compuesto por 75 acciones diferentes.¹⁵ Ninguna tumba contiene representadas todas estas acciones en sus paredes, la que cuenta con un número más elevado es la de Rekhmira (TT 100), donde se pueden ver 51 de ellas.

En la «apertura de la boca» se empleaban unos instrumentos muy concretos (Fig. 4.7). El primero en utilizarse durante la ceremonia fue el llamado cuchillo de hoja de «cola de pez» o cuchillo *peshef-kef*.¹⁶ Su peculiar hoja no parece tener una función evidente, pero se ha sugerido que quizá fuera utilizado para cortar el cordón umbilical tras el nacimiento. En los *Textos de las pirámides* se menciona que la boca de la momia del faraón se abría con las llamadas cuchillas *netjeruy*. Fabricadas con hierro meteorítico,¹⁷ el origen celeste del material sin duda dotaba a estas hojas de un importante poder mágico. Al proceder del lugar donde habitaban los dioses, su efectividad quedaba asegurada. En otras ocasiones, la «apertura de la boca» se realizaba con la pata de un toro, quizá con la intención de traspasar al difunto el poderío del animal, y también con una azuela de hierro (Fig.

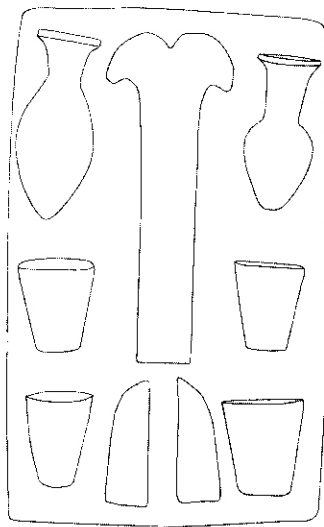


FIGURA 4.7. Ofrenda en miniatura con las herramientas para realizar la «apertura de la boca». Reino Antiguo.

4.6). Este último es el instrumento que casi siempre aparece representado en las imágenes de la ceremonia fechadas en el Reino Nuevo. Para poder repetir la ceremonia tantas veces como fuera necesario durante la eternidad, en las tumbas se solía dejar como ofrenda una «caja de herramientas» en miniatura con los instrumentos que acabamos de mencionar. Se trata de una losa de piedra que tiene tallados en su superficie huecos para dos hojas *netjerwy*, un cuchillo *peshef-kef*, dos botellas-*hates* (una blanca y otra negra) y cuatro vasos-*he-net* (la mitad en piedra blanca y la otra en piedra de color) (Fig. 4.7).

Una vez la momia recuperaba su capacidad para alimentarse, era el momento de llevar a cabo un segundo ritual, llamado por los egipcios «Venir al escuchar la voz». El objeto del mismo era hacerle saber al difunto que estaba a punto de realizarse el ritual de las ofrendas y se requería su presencia para alimentarse de ellas. Era el momento en que se sacrificaba el buey que había participado en la procesión funeraria y se le presentaba la pata delantera derecha a la momia (ofrenda *khepesh*). Tras ser adecuadamente consumida por el *ka* del difunto, la pata y el resto del animal pasaban a formar parte de las vituallas que no tardarían en consumirse durante el banquete funerario.

Tras esta invocación de ofrendas, la primera de una serie eterna, se introducían en la tumba el difunto y todo el ajuar funerario traído en procesión. No debía de ser tarea sencilla hacer descender la momia y el ataúd por el pozo que conducía a la cámara funeraria, pero tras algunos sudores todo quedaba en su sitio. Tras cerrarse y sellarse la entrada a la tumba, los sacerdotes recitaban los conjuros adecuados, destinados a mantener intacto su contenido para la eternidad. El ritual funerario había concluido y en ocasiones un texto en el inte-

rior de la tumba recogía sus etapas fundamentales, inmortalizándolas en piedra, listas para ser repetidas cuantas veces se leyera el texto:

Bajar hasta la casa de eternidad en completa paz, que su honor pueda estar junto a Anubis, el Primero de los Occidentales, después de que una invocación de ofrendas se haya hecho para él en el tejado de la tumba, tras haber atravesado el lago, después de que haya sido beatificado por el sacerdote lector, por el bien de su muy grande honor con el rey y Osiris.

Cruzar el firmamento en completa paz, subir la montaña de la necrópolis, que le cojan la mano sus padres y su *ka* y todo jefe venerado, haciendo una invocación de ofrendas para él en el tejado de su casa de eternidad, cuando ha alcanzado una buena y provechosa edad en presencia de Osiris.

Falsa puerta de Ptahhotep.¹⁸

Ahora comenzaba el banquete funerario, en el cual tomaban parte todos aquellos que habían participado en la procesión. Dependiendo de las posibilidades de cada uno, se trataría de una celebración más o menos espléndida, pero siempre llena de alegría y ganas de vivir. Las tumbas de los nobles del Reino Nuevo en Tebas nos muestran imágenes repletas de hombres y mujeres vestidos con sus mejores galas, adornados con conos de perfume sobre la cabeza¹⁹ mientras escuchan la música y se deleitan con las cabriolas de las bailarinas. Púberes sirvientas, vestidas sólo con un estrecho cinturón, sirven bebida sin cesar. En los relieves y pinturas, hombres y mujeres aparecen segregados por sexos; pero seguramente participando del banquete en la misma habitación (¿el patio de la tumba, la casa del difunto?). La intención no era sólo celebrar al muerto y su marcha al otro mundo, sino también generar la tensión sexual que aquél necesitaba para renacer en el más allá. Eran momentos de felicidad y desinhibición:

¡Tráeme dieciocho copas de vino!
Mira, quiero emborracharme.
¡El interior de mi cuerpo
está seco como la paja!

Tumba de Pahery.²⁰

Todos tienen obligación de divertirse, nadie puede escapar al jolgorio. Si bien la familia está apenada por la pérdida de un ser querido, también se alegran, pues saben que en realidad no ha desaparecido, gracias al funeral ha conseguido la vida eterna.

Horas después, satisfechos por haber colaborado en la transformación del difunto en un *akh*, los participantes en el funeral se retiran a sus casas. El lugar se va quedando silencioso mientras se limpian y recogen los restos del festín para enterrarlos de forma ritual.²¹

Al igual que le sucedía estando vivo, el difunto necesitaba alimentarse diariamente para poder subsistir en el más allá. Si no recibía sus vituallas de forma regular, convertirse en *akh* no le habría servido de nada. Al igual que la tarea de enterrarlo, la de presentarle a diario las ofrendas recaía teóricamente en el primogénito del muerto, que actuaba entonces como *hem-ka* o «servidor del *ka*». Realmente, en la mayoría de las ocasiones el «servidor del *ka*» era una persona contratada para realizar la tarea. Es más, muchas veces se trataba de una persona que había estado trabajando para el difunto cuando éste vivía. Como la muerte no interrumpía la existencia de un ser humano, en realidad el «servidor del *ka*» no hacía sino continuar con la relación patrono-empleado mantenida hasta entonces. Ser elegido para encargarse del culto funerario de alguien era una responsabilidad más que bien recibida. Después de ser presentadas sobre la mesa de ofrendas ante la falsa puerta de la tumba, donde su esencia alimentaba el *ka* del difunto, todas las vituallas eran recogidas por el «servidor del *ka*», pues constituían su salario. Si el difunto era una persona de posibles, el «servidor del *ka*» conseguía una más que adecuada remuneración por sus servicios.

Las ofrendas del culto funerario procedían de una «fundación piadosa». Antes de fallecer, el difunto dejaba estipulado que determinados ingresos de determinadas propiedades agrícolas, ganaderas o fabriles estarían destinados a su culto funerario.²² Un contrato legalmente reconocido formalizaba la cesión. Podía tratarse de una única unidad de producción, pero lo normal es que las ofrendas procedieran de varias fuentes distintas. En la decoración de las tumbas suele haber un panel en forma de cuadrícula donde se detallan estos



FIGURA 4.8. Estela de ofrendas. Guiza, IV dinastía.

bienes (Fig. 4.8) y otro donde los distintos orígenes de los bienes aparecen representados en forma de portadoras de ofrendas, acompañada del nombre de la heredad que las ha producido.²³

La obligación del «servidor del *ka*» era realizar a diario la invocación de ofrendas (Fig. 4.9), se colocaba delante de la falsa puerta de la tumba con un brazo extendido y recitaba la ofrenda tal cual estaba escrita en ella. El texto siempre era idéntico en cuanto a su estructura: «Una ofrenda que el rey concede, que el dios concede, consistente en mil hogazas de pan, mil jarras de cerveza, mil bueyes, mil aves, mil piezas de tela, mil vasos de alabastro y un millar de todas las cosas buenas de las que vive el dios, para el *ka* de (nombre del difunto)». Es la conocida fórmula *hetep di nesu* (Foto 7). Después de pronunciarla, el sacerdote se arrodillaba frente a la mesa de ofrendas (Fig. 5.12) y colocaba en ella las ofrendas físicas. Resulta más que posible que aquéllas no llegaran nunca o casi nunca a ser expuestas sobre la mesa de ofrendas (sólo en ocasiones especiales), pasando

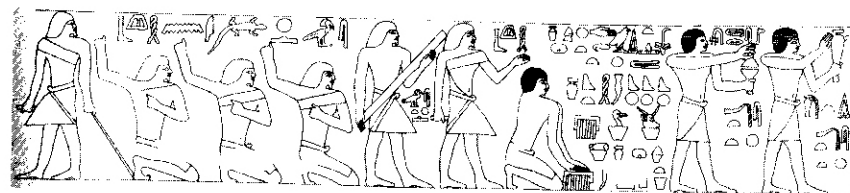


FIGURA 4.9. Invocación de ofrendas para la princesa Watetkhethor. Mastaba de Mereruka. Saqqara. VI dinastía.

directamente a la despesa del «servidor del *ka*». Trasladarlas a la tumba y desde ahí a casa era una tarea pesada y reiterativa. Es fácil comprender que el encargado del culto funerario simplificara sus tareas aprovechándose de que al *ka* del difunto le bastaba con la lectura de la invocación de ofrendas y una pequeña libación.

Tras la lectura de la fórmula de ofrendas y la exposición de las mismas, el «servidor del *ka*» se arrodillaba con el brazo izquierdo cruzado sobre el pecho y el derecho flexionado y alzado junto a la cabeza, con ambos puños cerrados. Este gesto ritual se conoce como *sahet* o «hacer que se convierta en *akh*», que no es sino el objetivo final del ritual. Por último, tras leer un rollo de papiro con algunos textos adecuados, el sacerdote salía de la tumba caminando hacia atrás mientras limpiaba sus pasos con una escoba. La ofrenda diaria había terminado. En el caso de los cultos funerarios más ricos, es posible que intervinieran varios sacerdotes, cada uno encargado de una tarea concreta.²⁴

El «servidor del *ka*» no era el único cualificado para realizar ofrendas al difunto. Las tumbas egipcias estaban pensadas de tal modo que cualquiera pudiera entrar en ellas y leer la fórmula *hetep di nesu* en beneficio del muerto allí enterrado. Muchas tumbas contienen también una «llamada a los vivos», un texto en el exterior que comienza con una frase de este tipo: «Oh tú que pasas por delante de mi tumba...», donde se pide al paseante que penetre en la mastaba o hipogeo para leer la fórmula de ofrendas, lo cual le reportará no sólo la satisfacción de una buena acción, sino también el beneplácito del difunto y los dioses, quienes harán innumerables cosas buenas para él. Y es que, al contrario que nuestros cementerios, las necrópolis egipcias eran lugares en plena ebullición, siempre repletos de gente. No sólo se celebraban sin cesar los ruidosos funerales que ya conocemos, sino también las ceremonias diarias de las ofrendas, a los cuales hay que sumar la algarabía generada por quienes construían las tumbas. En el antiguo Egipto un cementerio era algo vivo.

Además de por la obligación de las ofrendas diarias, las necrópolis eran visitadas en determinados días de fiesta, cuando todo el mundo se trasladaba a ellas para pasar la jornada y honrar a sus muer-

tos. En algunas tumbas, el difunto incorporó un texto donde especificaba cuáles eran las fechas concretas. No quería dejar nada al azar y de paso le recordaba a su «servidor del *ka*» cuáles eran sus obligaciones:

Una ofrenda que dan el rey y Osiris Khentiamentiu, señor de Abydos, para que la ofrenda le sea concedida en su tumba que se encuentra en la necrópolis en la fiesta del Comienzo del Año, la fiesta Thot, la fiesta *Oaug*, la fiesta de cada Primer Año, la fiesta de Sokaris, la fiesta del mes «del calor», la fiesta del mes «del corte (?)», la fiesta de la procesión de Min, en cada fiesta de mes y de medio mes, en el primer día de cada mes, cada día por el día durante la duración de la eternidad, puesto que yo era alguien amado de su padre, alabado por su madre.

Dintel de la VI dinastía (Saqqara).²⁵

En Tebas, asimismo, tenía lugar una fiesta donde la visita a los cementerios era costumbre: la «bella fiesta del valle». Su origen parece remontarse al Reino Medio, y durante la misma los sacerdotes partían en procesión desde Karnak. Llevaban consigo la estatua de Amón-Ra y las estatuas de los antecesores del faraón. Con ellas cruzaban el río y se dirigían a un antiguo santuario dedicado a Hathor situado en el circo de Deir el-Bahari. Durante el Reino Nuevo, cuando abandonaban el santuario de la diosa se dedicaban a recorrer en procesión los templos de millones de años²⁶ de la orilla occidental. Tras terminar el recorrido en Medinet Habu se encaminaban a la orilla del río, desde donde cruzaban hasta el templo de Luxor, para luego regresar al templo de Karnak. La tradición señalaba que en este momento del año las familias debían ponerse sus mejores galas y dirigirse a las tumbas de los antepasados para celebrar allí una fiesta. Muy probablemente, en este tipo de celebraciones especiales se prescindía de los «servidores del *ka*» contratados, y era el hijo primogénito del difunto quien celebraba la invocación de ofrendas. Nadie mejor que la persona adecuada para que un ritual alcanzara toda su potencia.

Tumbas de ricos y pobres

Si bien todos los habitantes del valle del Nilo terminaron por tener la capacidad de acceder al otro mundo y allí vivir eternamente transformados en un *akh*, para poder conseguirlo necesitaban disponer de una entrada al mismo. Como además se trataba de accesos personales e intransferibles,¹ podríamos decir que cada egipcio se vio en la necesidad de tener que construir su propia puerta al mundo de los muertos. Nos estamos refiriendo, como no, a las tumbas.

La presencia del cuerpo del difunto, de su ajuar funerario, de una mesa de ofrendas y de una estela de falsa puerta convertía a las tumbas en lugares de tránsito entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Evidentemente, como ya vimos en el capítulo anterior, la presencia y calidad de toda esta parafernalia dependió de la riqueza y posibilidades de cada uno. En realidad, la mayor parte de los egipcios se enterró de forma sencilla: en la arena del desierto, con sólo algunos objetos utilizados durante su vida y con la esperanza de que sus descendientes realizaran de vez en cuando alguna ofrenda en su nombre.

La costumbre de la inhumación comenzó durante el Período Predinástico, cuando Egipto no era todavía un Estado unificado y en la parte sur del país los muertos se enterraban de forma distinta a los de la zona septentrional. El tipo de tumba era igual. Como el terreno inundable no era adecuado para situar los sepulcros, pues la crecida podía deshacerlos y terminar por esparcir su contenido, las necrópolis egipcias siempre estuvieron situadas en el desierto.

Las tumbas predinásticas eran agujeros ovalados de aproximadamente un metro de longitud en los cuales se introducía el cadáver en

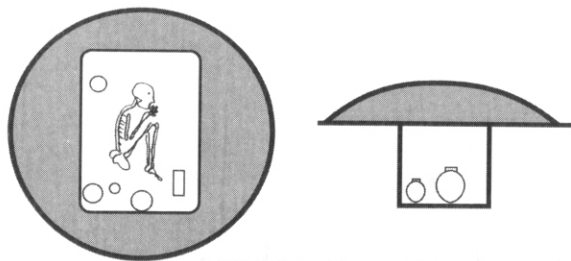


FIGURA 6.1. Esquema de una tumba predinástica.

lizado durante todo el período faraónico por los egipcios con menos recursos económicos.

La principal diferencia entre las tumbas predinásticas del Alto Egipto y las del Bajo Egipto se encuentra en el ajuar funerario que acompaña a los muertos. En las culturas septentrionales (Fayum, Merimde, Omari y Maadi) los difuntos se enterraban casi sin él. En El Fayum sólo se ha encontrado una tumba² y en Merimde algunos muertos no presentan orientación preferente. Por su parte, en Omari los muertos fueron enterrados desnudos sobre una estera, en posición fetal, sobre el costado izquierdo, con la cabeza orientada al sur y las manos a la altura de la cabeza. El ajuar se limita a un recipiente de cerámica lleno de arena. Los habitantes de Maadi, por el contrario, preferían enterrarse sobre el costado derecho, con la cabeza unas veces hacia el norte y otras hacia el sur.

En las culturas meridionales coetáneas de las anteriores (badariense, amraciense y gerzeense), los enterramientos presentan una diferencia sustancial con respecto al norte y es la existencia de un importante ajuar funerario que nunca falta ¡siempre que los saqueadores no lo encontraran primero! Los muertos badarienses se enterraban en posición fetal, con la cabeza hacia el sur y mirando al este, acompañados siempre por recipientes de cerámica, peines de marfil, paletas de maquillaje, cuentas, etc. Como bien dejan ver los enterramientos, la estructuración de la sociedad egipcia comenzó en esta época; pues hay algunos objetos de gran prestigio, como pueda ser un cetro, que sólo encontramos en muy raros casos. Dada la dignidad que confiere este objeto en épocas posteriores, su presencia en una tumba sin duda

posición fetal (Figs. 2.1, 5.1 y 6.1; Foto 4). El conjunto ganaba estabilidad al ser la boca del agujero siempre más ancha que el fondo. Este sencillo modelo de tumba fue uti-

lizado durante todo el período faraónico por los egipcios con menos recursos económicos. distingue a su dueño del resto de la sociedad. Durante el amraciense y el gerzeense, conocidos también como Nagada I y Nagada II respectivamente, esta diferenciación social no cesó de aumentar. Al final, en el sur del valle del Nilo se produjo la aparición de una sociedad estratificada cuya cultura material se extendió hacia el norte y terminó desplazando a la del Bajo Egipto. Por entonces, las tumbas meridionales comienzan a mostrar de forma cada vez más evidente las diferencias de riqueza de sus dueños. Al principio siguen siendo agujeros ovalados en el suelo, pero luego pasaron a tener las paredes rectas. Es en este momento cuando las tumbas de los miembros de la elite egipcia, en especial las de sus gobernantes, comienzan a distinguirse con claridad de las del resto de la sociedad. La aparición de los primeros protoestados, los cuales no tardaron en amalgamarse en una entidad política que unificó todo Egipto, condujo a la creación de las mastabas. Éstas, junto a los hipogeos, fueron las tumbas de la clase alta egipcia hasta la desaparición de la cultura faraónica.

A mediados del siglo XIX, los trabajos de Auguste Mariette (1821-1881) sacaron a la luz una serie de tumbas que sus obreros no tardaron en llamar *mastabas*, palabra árabe que significa «banco». Su forma, rectangular y con paredes en talud, les recordaba al banco corrido que tienen las casas tradicionales egipcias en la fachada (Fig. 6.2). La expresión arraigó y así es como se conocen hoy día este tipo de tumbas, tan representativas del antiguo Egipto.

El principal cementerio de mastabas de la I y II dinastías se encuentra en Saqqara, donde se enterraron los miembros más importantes de la corte. Se trata de unos inmensos edificios de ladrillo (de hasta 57 por 26 metros de lado) cuya superestructura, al contrario de lo que pudiera parecer, no era maciza (Fig. 6.3). En realidad estaba compartimentada en infinidad de almacenes (hasta medio centenar



FIGURA 6.2. La mastaba del hotel Marsam, en la orilla oeste de Tebas.

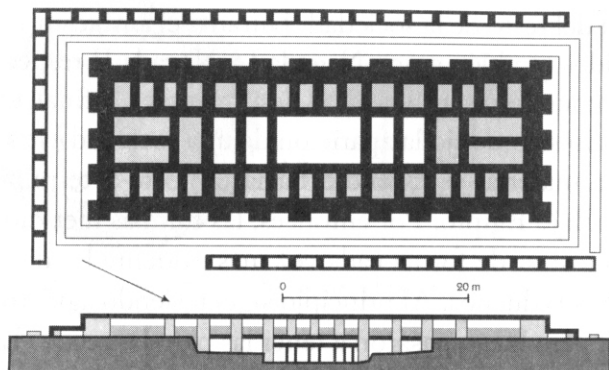


FIGURA 6.3. Planta y sección de la mastaba 3504. Saqqara, I dinastía.

en algunas ocasiones) donde se depositaban las ofrendas menos ricas, como jarras de aceite, de vino, vajillas de cerámica, herramientas de madera, flechas, etc. Las fachadas de las mastabas de la I dinastía están formadas por una serie continua de nichos a base de entrantes y salientes (Fig. 6.4). Es lo que se conoce como decoración en «fachada de palacio», pues se supone que se trata de una imitación del aspecto exterior de la residencia del faraón. Además, estos nichos estaban pintados de tal modo que imitaban las esterillas de caña que decoraban y ayudaban a proteger de la intemperie a los ladrillos del palacio. Durante la II dinastía la fachada de las mastabas pasó a ser lisa y estar pintada de blanco. En la cara este de estas superestructuras se situaron dos nichos destinados a la presentación de ofrendas, uno en el extremo norte y otro en el extremo sur. La capilla meridional era de mayor tamaño, pues se consideraba más importante y estaba dedicada al difunto; la capilla septentrional estaba destinada a su esposa.³

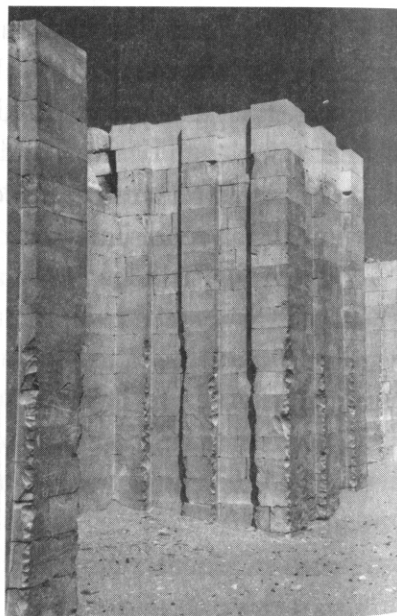


FIGURA 6.4. El muro del recinto del complejo funerario de Netjer-khet (Djoser), decorado en «fachada de palacio». Saqqara, III dinastía.

La subestructura de las mastabas de la I dinastía consistía en una excavación rectangular de varios metros de profundidad, en el interior de la cual se levantaban una serie de muros de ladrillo con los que se delimitaban dos tipos de espacios: la cámara funeraria y los almacenes (por lo general, dos a cada lado de la cripta). Durante la II dinastía el número de habitaciones subterráneas aumentó notablemente. Las habitaciones interiores no fueron accesibles hasta la II dinastía, cuando se incorporó una escalera, bloqueada mediante una serie de rastrillos de piedra tras el enterramiento.

La separación definitiva entre las tumbas reales y las de la nobleza se produjo en la III dinastía, cuando se construyó la primera pirámide (Foto 13). Las escaleras de acceso de la II dinastía no tardaron en ser combinadas con un pozo, antes de desaparecer sustituidas por un sencillo acceso vertical construido a través de la superestructura y bloqueado tras la inhumación. Del mismo modo, si hasta la III dinastía la cámara funeraria se excavaba en la cara sur del fondo del pozo, a partir de la IV dinastía pasó a estar siempre situada en la pared occidental. Al mismo tiempo, las numerosas habitaciones subterráneas de la II dinastía dejaron paso a una estancia única, donde se depositaba el sarcófago del difunto.

A partir del momento en que se instituyeron el pozo y la cámara única, la subestructura de las mastabas dejó de modificarse, excepto en los detalles. No sucedió lo mismo con la superestructura, donde la protección del nicho de ofrendas produjo notables variaciones en la misma. En ocasiones, paralela frente a la mastaba se construía una pared protectora, la cual creaba un pasillo de acceso hasta el nicho sur y dio lugar a la aparición de las mastabas de corredor (Fig. 6.5.C). Otras soluciones adoptadas fueron aislar el nicho del exterior mediante una pequeña habitación aneja a la fachada (Fig. 6.5.A) o incorporar el nicho al núcleo de la mastaba. Se produjo así la aparición de las primeras habitaciones interiores, casi siempre en forma de capilla cruciforme (Fig. 6.5.B). Estos tres tipos de mastaba se volvieron habituales durante la IV dinastía, cuando los más pudientes abandonaron la construcción en ladrillo en favor de la construcción a base de bloques de caliza. A partir de la V dinastía, la tendencia fue

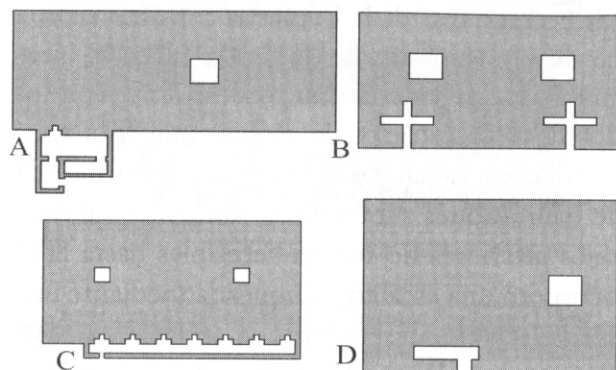


FIGURA 6.5. Modelos de diferentes tipos de mastaba. A) Con capilla exterior; B) con capillas cruciformes; C) con corredor exterior; D) con capilla en forma de «L».

incluir cada vez más estancias en el seno del núcleo de la mastaba. Los menos ricos se limitaban a incorporar la capilla y poco más, apareciendo algunos tipos nuevos, como la capilla en forma de L (Fig. 6.5.D). Sin embargo, quienes poseían mayores recursos construyeron cada vez más y más habitaciones dentro de la superestructura de sus tumbas, hasta terminar llenando todo el espacio disponible, como sucede en las mastabas de Mereruka o Ptahshepshe (Fig. 6.6). El interior de estas mastabas contaba con una puerta de entrada, un vestíbulo, una sala con columnas, un patio columnado y diversas habitaciones destinadas al culto del difunto y su familia. El incremento en el número de metros cuadrados de superficie disponible implicó un aumento simultáneo de la decoración parietal de las mastabas, hasta el punto de que también comenzaron a decorarse las hasta ahora desnudas paredes de la cámara funeraria.

Un elemento interesante incorporado al núcleo de la tumba a finales de la III dinastía es el *serdab*, una palabra árabe que significa «sótano» o «bodega». Se trata de una habitación aislada y sin accesos, comunicada con el exterior mediante un ventanuco a la altura de los ojos. Su función era contener una estatua del difunto como salvaguardia en caso de desaparición de la momia, para así permitir al *ba* regresar sin problemas a su lugar de reposo eterno.

Las mastabas no fueron el único tipo de tumba utilizado por los egipcios, quienes también recurrieron a los hipogeos, es decir, las tumbas excavadas en la roca. A partir de finales de la IV dinastía, el

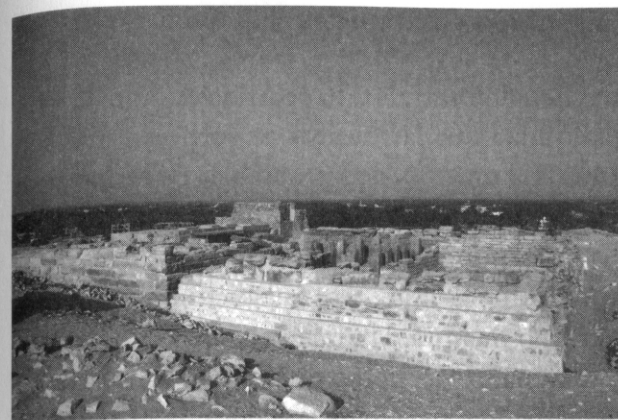


FIGURA 6.6. Vista de conjunto de la mastaba de Ptahshepshe desde el suroeste. Abusir, V dinastía.

menor coste y la mayor durabilidad que suponía excavar en la ladera de una montaña, o bien utilizar los huecos dejados en ella por los canteros, condujo al desarrollo de este tipo de tumba. Dado que en la mayor parte de las ocasiones los cortesanos se enterraban en torno al complejo funerario del faraón, este tipo de tumba fue más habitual entre la elite provincial, cuyo número aumentó a finales del Reino Antiguo. En las necrópolis de fuera de Menfis, un hipogeo les permitía contar con una tumba situada en lo alto de la ladera de una montaña, bien visible desde la población cercana. Un magnífico ejemplo del uso de la tumba como símbolo de poder.

En un primer momento, los hipogeos del Reino Antiguo no eran más que una entrada excavada en la pared de roca y un vestíbulo transversal con una estela de falsa puerta en la pared occidental. Luego el vestíbulo se amplió hasta quedar transformado en una sala columnada, tras la cual había más habitaciones. El *serdab* fue reemplazado por nichos, donde se esculpían estatuas del difunto y sus familiares (Fig. 6.9).

Resulta curioso comprobar que, pese a toda su magnificencia, o quizá debido a ella, los enterramientos de la elite del Reino Antiguo eran más bien sencillos. Las pocas tumbas encontradas sin saquear nos muestran el sarcófago del difunto rodeado por unos cuantos recipientes cerámicos, los vasos canopos, alguna caja de madera y poco más. Los funcionarios de menos categoría podían incluso ser ente-

rrados sin ajuar de ningún tipo. Parece como si la tumba y el ataúd bastaran por sí solos.

La desaparición del Estado centralizado ocurrida durante el Primer Período Intermedio hizo que las tumbas se volvieran más sobrias y menos llamativas. La mayoría de los notables de la época se enterraron en tumbas de escasas dimensiones y profundidad. Al mismo tiempo, rota la influencia normalizadora de los talleres de la corte, las tumbas se volvieron más libres y se sacudieron ligeramente el yugo del canon cortesano menfita. Un buen ejemplo de ello es la tumba que Ankhtifi, gobernador del nomo de Edfu, se construyó en Moalla. Su aspecto desgarrado y alejado de la rigidez menfita refleja a la perfección las tendencias de la época (Foto 8).

En Tebas, lugar de origen de la dinastía que unificó de nuevo las Dos Tierras tras el Primer Período Intermedio, apareció un nuevo tipo de tumba excavada en la roca, resultado de la amalgama de las prácticas funerarias tebanas, la costumbre menfita de enterrarse cerca del soberano y la orografía del lugar. Se trata de las tumbas *saff*²⁴ (necrópolis de El-Tarif) (Fig. 6.7 y Foto 9), que consisten en un patio delimitado mediante un muro y en cuyo extremo oeste hay una fachada formada por una serie de entradas excavadas en la ladera de la colina. Tras ellas hay un corredor transversal paralelo a la fachada. En un punto de la pared oeste, se abre un largo pasillo que va a parar a una cámara funeraria cuadrada. Avanzado el reinado, los hipogeos tebanos modificaron su planta, prescindiendo tanto de los pilares

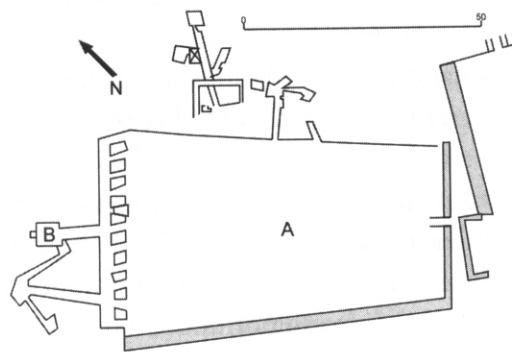


FIGURA 6.7. Tumba de Inyotef (TT 386). Tebas, XI dinastía.

como del corredor transversal, al tiempo que se ampliaba el pasillo que conduce a la cripta.

Los nobles regresaron a las mastabas a partir de la XII dinastía, cuando la capital del país retornó al norte. Construidas con adobes y luego revestidas con caliza

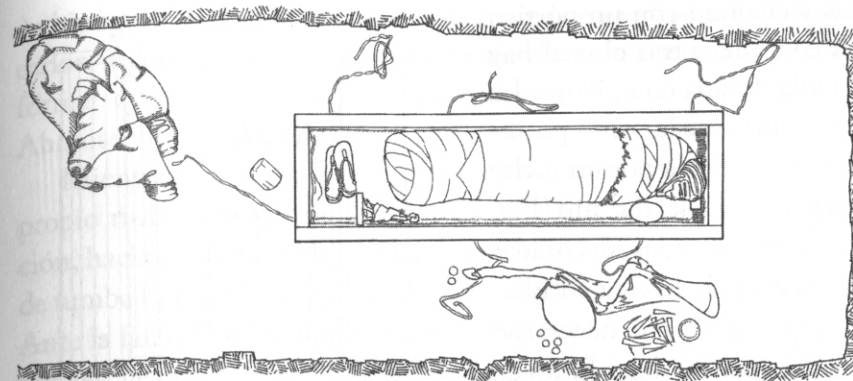


FIGURA 6.8. Dibujo del contenido de la tumba de Wah en el momento de ser descubierta, XII dinastía. Tebas oeste.

de calidad, se distinguen dos tipos principales: mastabas con habitaciones en la superestructura (Lisht y Menfis) y mastabas de estructura externa maciza con la fachada decorada (Lahun y Dashur). Ni que decir tiene que los hipogeos siguieron utilizándose. Un ejemplo puede ser la tumba de Wah (XII dinastía), situada en un rincón del patio de la tumba de Meketra, cerca de Deir el-Bahari.

Un vistazo superficial podría llevar a considerar la tumba de Wah (Fig. 6.8) una sencilla habitación groseramente excavada que sólo contenía un sarcófago de madera y una ofrenda, como perteneciente a un personaje de escasa riqueza. Nada más lejos de la realidad. Al abrirse el sarcófago y estudiarse el contenido se comprobó que Wah era una persona con recursos. La momia estaba envuelta en cuarenta capas de tela (¡un total de 836 m² de lino!) y acompañada por un espejo de cobre, una estatuilla funeraria, un reposacabezas, unas sandalias y tres gruesos bastones de madera de acacia. Sin contar con la máscara de cartonaje (de rostro dorado), la momia estaba adornada con un collar de cuentas de oro, otro de cuentas de plata y cuatros escarabeos (uno de fayenza, uno de lapislázuli y dos de plata). Como corresponde a un «supervisor del granero», Wah se enterró con cierto lujo, incluido un sarcófago de gruesos tablones de madera importada.

Un ejemplo de una importante necrópolis provincial es la de Beni Hassan, donde las tumbas tienden a ser más profundas que an-

chas y cuentan con un pórtico con columnas, tras el cual hay una sala dotada con pilares. La parte central de la pared posterior está ocupada por un nicho para la estatua del difunto (Fig. 6.9) y las paredes decoradas con escenas de la vida cotidiana (Fig. 6.10), tan necesarias para el bienestar del difunto en el otro mundo.

Durante el Segundo Período Intermedio, las pocas tumbas que se han descubierto dan la impresión de un empobrecimiento generalizado, acompañado en el norte por la introducción de nuevos objetos en el ajuar. La presencia de los hyksos en el Delta fue un elemento determinante y en alguna tumba de Tell el-Daba se ha encontrado al difunto enterrado junto a un grupo de asnos sacrificados, una costumbre completamente ajena a los egipcios. En las provincias, convertidas casi en reinos independientes, aquellos que poseían más riqueza se enterraban

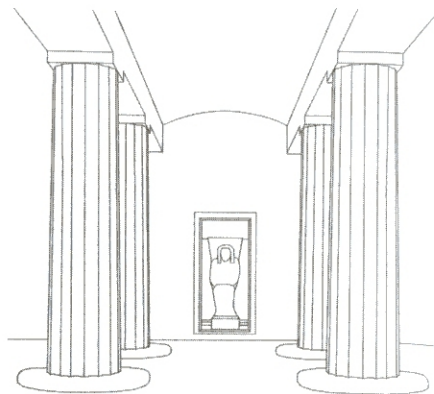


FIGURA 6.9. Reconstrucción del interior de la tumba de Amenemhat. Beni Hassan, tumba n.º 2, XII dinastía.

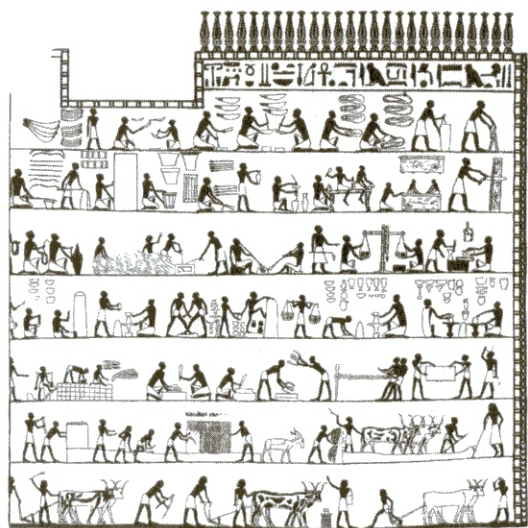


FIGURA 6.10. Decoración de la pared oeste de la cámara principal del hipogeo de Amenemhat. Beni Hassan, tumba n.º 2, XII dinastía.

en hipogeos formados por una única habitación y decorados según el canon menfita, pero de nuevo liberado de gran parte de la rigidez formal que tan reconocible vuelve al arte egipcio. La tumba de Ahmose, hijo de Abana, en Elkab refleja esto a la perfección.

Mientras tanto, en Tebas la evolución de los hipogeos siguió su propio ritmo, a partir de las tumbas *saff*. El resultado fue la aparición, hacia comienzos de la XVIII dinastía, de lo que sería el modelo de tumba típico del Reino Nuevo, con planta en forma de T invertida. Ante la fachada de la tumba se delimita un patio cuyas dimensiones pueden llegar a ser muy importantes, dependiendo de la relevancia social del difunto. Al fondo, excavada en el centro de la fachada tallada en la ladera occidental de la colina, hay una entrada flanqueada en ocasiones con textos y relieves. Desde allí se accede a un vestíbulo transversal decorado, que además cuenta con una estela en la pared septentrional y una falsa puerta en la pared meridional. En el punto central de la pared oeste del vestíbulo comienza un corredor de regulares dimensiones. La pared norte suele estar decorada con la «apertura de la boca» y la pared sur con la procesión funeraria. En el extremo occidental del corredor hay un nicho con una estatua del difunto, conjunto que forma la capilla de la tumba. Este tipo de tumba, del cual la de Rekhmire (TT 100) constituye un modelo perfecto (Fig. 6.11), es el más habitual, pero las variantes son muchísimas. El acceso a la cámara funeraria se realiza mediante un pozo o una rampa, que puede estar situado en diversas partes de la tumba, incluida la capilla. La cripta que contiene el sarcófago es una habitación cuadrangular peor terminada que las superiores y por lo general sin decorar, si bien se conocen

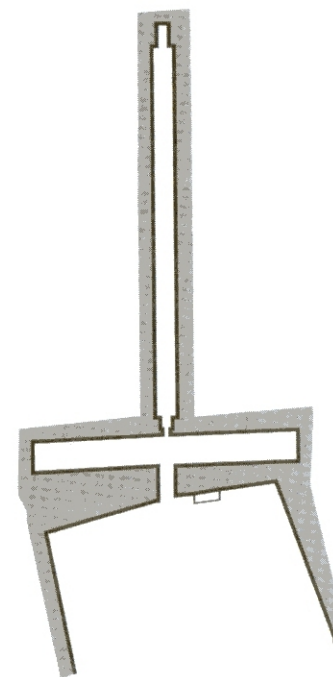


FIGURA 6.11. Planta de la tumba de Rekhmire (TT 100). Tebas, XVIII dinastía.

importantes excepciones a esta regla, como la tumba de Sennefer (TT 96) o la de Djehuty (TT 11).

El punto de inflexión que supuso el reinado de Amenhotep III en la historia de Egipto se vio reflejado también en la aparición de un nuevo tipo de tumba, de mayores dimensiones y dotada de varios patios y salas columnadas; un buen ejemplo del cual es la de Kheruef (Fig. 6.12). La tumba de Ramose (TT 55) también es notable, no sólo por ser una de las más representativas de este modelo, sino porque su decoración combina escenas de estilo típicamente menfita

(Fotos 6 y 10), con otras de estilo amárnico. Esta tendencia a las grandes tumbas que imitaban los elementos de los templos continuó durante el final de la XVIII dinastía y la época ramésida, si bien no son muchos los ejemplos conocidos. La gran mayoría de las tumbas fueron de dimensiones más modestas y con una planta menos ambiciosa.

Representativa de la tumba destinada al difunto, su esposa y sus descendientes puede ser la de Noferkhawet y Rennofer (XVIII dinastía), situada en Asasif, junto al comienzo de la calzada de Montuhotep II. Consiste en un pozo con una primera cámara y debajo de ella dos cámaras más, excavadas a ambos lados del acceso. La habitación de la izquierda se destinó a los creadores de la «dinastía», que reposaron intactos en ella hasta que fueron descubiertos por H. E. Winlock. En la habitación del lado derecho se enterraron en un primer momento su hija Ruyu, su hijo Amene-mhat y un personaje desconocido llamado Bakamun, conocido familiarmente

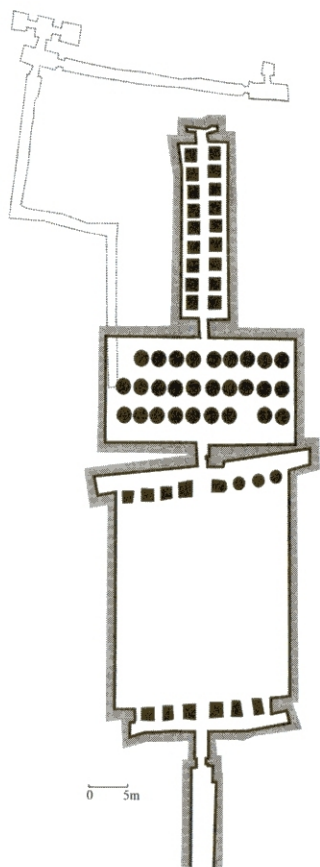


FIGURA 6.12. Planta de la tumba de Kheruef (TT 192). Tebas, XVIII dinastía. La línea de puntos indica habitaciones subterráneas.

como Baki. Se trata de cinco cuerpos sin eviscerar tratados con natrón y brea. Fueron enterrados en sarcófagos antropomorfos acompañados de un papiro funerario para cada uno, además de vasos canopos para tres de ellos y otros elementos típicos del ajuar funerario. Pasado algún tiempo desde estos primeros enterramientos, el muro que aislaba la cámara derecha fue abierto en varias ocasiones para ir acomodando a nuevos familiares según fueron falleciendo. Se trata de los cuerpos de una mujer adulta, un niño menor de seis meses, una niña de un año, un niño de seis años y otro de nueve años. Sin embalsamar, todos ellos fueron envueltos en unos pedazos de tela basta y colocados dentro de ataúdes de acabado grosero, tres rectangulares y dos antropomorfos para niños. Fueron depositados sin más ajuar que un anillo de esteatita y un cacharro de cerámica. La tumba, sin superestructura, es un claro ejemplo de hipogeo-mausoleo y fue encontrada intacta, si bien bastante afectada por la humedad y la caída de fragmentos del techo.

A finales de la XVIII dinastía Tebas dejó de ser la capital de Egipto, cediéndole el puesto a Menfis, lo que supuso un impulso para la construcción en Saqqara de nuevas tumbas de nobles. Algunas fueron excavadas en el reducido acantilado situado frente a Menfis, como la tumba del visir Aper-el. Otras, por el contrario, fueron construidas y excavadas en la meseta menfita con el aspecto de pequeños templos: con un pylon, un patio, una sala hipóstila y varios santuarios al fondo. Además están dotadas de una estructura subterránea más compleja y de mayores dimensiones, que tiende a imitar y utilizar elementos tomados de las tumbas reales del Valle de los Reyes, con corredores que descienden hacia la cripta con un par de cambios de dirección. El más representativo de este tipo de tumbas es el grupo formado por las de Horemheb (construida cuando todavía era general), Maya y Ramose (Fig. 12.4). Se trata de un tipo de tumba surgido como respuesta a la religión amárnica, según la cual la vida de ultratumba dependía únicamente del faraón y los únicos templos donde podían celebrarse el culto eran los templos de Amarna. Desaparecida la herejía, parece como si los dueños de las tumbas hubieran querido asegurarse de contar siempre con un templo pro-

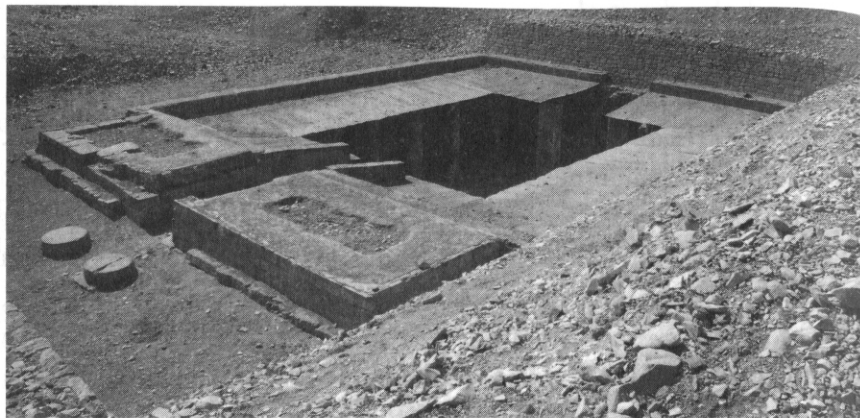


FIGURA 6.13. Tumba de Merneptah, TT 23. En primer plano se ven los dos pilonos y la escalera que conduce al patio porticado. Tebas oeste, XIX dinastía.

pio en el que adorar a los dioses con la menor interferencia posible del soberano.

Las tumbas tebanas de la XVIII dinastía estaban precedidas por un patio delimitado por un muro con la parte superior redondeada, en algunos casos con una pequeña plataforma donde situar la momia durante la «apertura de la boca». En el patio también solía encontrarse el pozo de inhumación.⁵ Durante la época ramésida el aspecto de los patios cambió. Los muros crecieron en altura y se conocen casos de patios con pórticos; por su parte, el muro frontal del patio se transformó en un par de pequeños pilonos (Fig. 6.13).

Otro elemento importante de las tumbas de los nobles del Reino Nuevo es que algunas parecen haber estado coronadas por una pequeña pirámide de adobes. En el caso de las grandes «tumbas templo» de Saqqara, la pirámide se sitúa en el extremo del «complejo», por lo general encima del santuario principal. Estas pirámides son un elemento imprescindible de las tumbas familiares de la necrópolis de Deir el-Medina. Allí, en el poblado habitado por los artesanos y escribas que excavaron y decoraron las tumbas del Valle de los Reyes, el espacio era tan limitado que las tumbas se utilizaron durante varias generaciones. Las más ricas contaban con un patio, varias salas y una amplia cámara funeraria (Fig. 6.14). Su decoración suele ser excelente; al fin y al cabo eran los artesanos de los reyes, es decir, ellos

mismos, quienes se encargaban de adornarlas.

Durante la Baja Época apareció en Tebas un nuevo tipo de tumba muy llamativa y espectacular, que podemos ver en la necrópolis de Asasif, situada frente a los templos funerarios de Deir el-Bahari (Foto 11). Se trata sobre todo de los mauso-

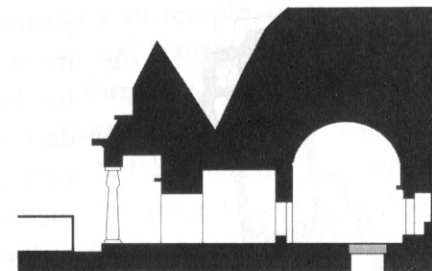


FIGURA 6.14. Sección de una típica tumba de Deir el-Medina.

leos de los altos funcionarios de la XXV y la XXVI dinastías, miembros de la administración de las propiedades de la «divina adoratriz de Amón». Siguen conservando todos los elementos visibles en tumbas anteriores, si bien dispuestos de un modo diferente (Fig. 6.15). En el exterior se presentan como un gran recinto delimitado por un grueso muro de ladrillo, al que se accede atravesando un pilono. Desde allí, una escalera permite pasar a la parte de la tumba construida bajo el nivel del suelo, donde se colocan todos los elementos de las tumbas anteriores: un patio y las habitaciones de culto, en algunos casos de planta muy compleja. Las cámaras funerarias parecen ser una imitación de la planta de las tumbas reales ramésidas.

A pesar de todas estas variaciones y modificaciones, las tumbas egipcias mantuvieron siempre los elementos necesarios para desempeñar todas las funciones que se esperaba de ellas. En primer lugar estaba la función de «secreto», destinada a proteger y guardar el cuerpo del difunto, tanto de las inclemencias de la intemperie como de la depredación de los saqueadores de tumbas. En segundo lugar tenemos la función «conmemorativa» o «biográfica», destinada no sólo a preservar la memoria del difunto, sino a mantenerla viva exponiendo a los visitantes de la tumba quién había sido el difunto y cuáles sus logros o aportaciones a *maat*. La tercera función es la «cultural», que permitía al difunto recibir adoración y alimentos, gracias a los cuales podía mantenerse vivo eternamente. El tránsito diario realizado por el *ba* y el *ka* del difunto desde la esfera de los muertos a la de los vivos explica la cuarta función de la tumba, la de servir como «zona de

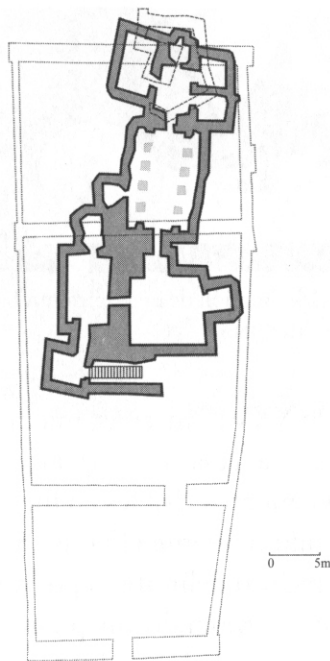


FIGURA 6.15. Planta de la tumba de Ankhor (TT 414). Tebas, XXVI dinastía. La línea de puntos señala la superestructura y la línea rayada la subestructura.

paso». Esta función aparece simbólicamente en algunos de los elementos de la tumba, que hacen las veces de «pista de despegue y aterrizaje» que permite partir/llegar de un mundo al otro. Finalmente, la quinta función, que engloba a todas las anteriores, es la de servir de «punto de contacto» entre el mundo de los vivos y el de los muertos.

Parece evidente que el aspecto «secreto» y el «conmemorativo» son en principio incompatibles entre sí, pues el primero requiere interceptar el paso a los visitantes, que son el elemento vital del segundo. Sin embargo, los arquitectos faraónicos se esforzaron por acomodar todos estos aspectos en un único monumento y para ello fueron adoptando distintas soluciones que se modificaron con el tiempo, al ritmo de las variaciones ideológicas.

Durante el Reino Antiguo, cuando las mastabas eran la norma y los hipogeos la excepción, la función de «secreto» recaía tanto en la cámara funeraria como en el *serdab* que contenía la estatua del difunto. La función de «zona de paso» la encontramos en el pozo que comunicaba con la cripta, mientras que la función «conmemorativa» recaía en las inscripciones autobiográficas y los textos e imágenes de las paredes. La falsa puerta y la mesa de ofrendas satisfacían las necesidades de la función «cultural».

Durante el Reino Medio se produjo un cambio en la arquitectura de las tumbas de los particulares, influidas por aspectos de los complejos funerarios del período anterior. El elemento más visible de esta modificación es la práctica desaparición de las mastabas en favor de los hipogeos. Las tumbas excavadas en la roca adoptaron la distribución este-oeste y la separación de espacios típica de los templos de

las pirámides, con su templo «interior» y su templo «exterior». El resultado fue la aparición de las tumbas *saff*, transformadas durante la XVIII dinastía en la típica tumba en forma de T invertida, cuyos elementos cumplen a la perfección las cuatro funciones de los sepulcros egipcios. La capilla con estatuas y la falsa puerta permiten la función «cultural», el vestíbulo transversal y el corredor que nace de él cumplen con la función «zona de paso», mientras que la estela autobiográfica hace lo propio con la función «conmemorativa» y la cámara funeraria —oculta en el subsuelo— satisface las necesidades del «secreto».

Durante la época ramésida se produjo la definitiva incorporación a la superestructura de la tumba de las pirámides de ladrillo, lo cual permite ofrecer una nueva lectura de los sepulcros, a tres niveles. El primero, compuesto por la pirámide y los demás elementos en superficie de la tumba, como el patio, está relacionado con el culto al sol. El segundo, compuesto por las cámaras excavadas horizontalmente en el interior de la montaña e identificado como el monumento social del difunto, está destinado a los distintos cultos y ceremonias. Por último, el tercero está formado por las habitaciones subterráneas y el acceso a las mismas, relacionados con el culto a Osiris y el más allá. La influencia del culto solar se deja sentir en la ideología funeraria y ahora el difunto, además de para recibir sus ofrendas, llega del otro mundo para poder adorar a Ra. Éste es el motivo por el cual la tumba termina adoptando unos rasgos cada vez más templarios. No es que se transformara en un templo para el difunto, sino en un templo donde aquél puede adorar al dios sol. De hecho, la parte sur del pasaje de entrada a la tumba se decora con imágenes del difunto saliendo del hipogeo para adorar al sol, y del difunto entrando en la tumba en la parte norte.

Las tumbas egipcias no eran sólo el continente de la momia del difunto y su ajuar funerario, sino construcciones repletas de simbolismo e ideología, decoradas con escenas que explicaban y satisfacían esas mismas características.

La paleopatología

Además de su interés como documento del modo de entender la vida que tenían los egipcios, las momias son para los paleopatólogos una constante fuente de información. El objetivo de estos investigadores es «[...] demostrar la presencia de las enfermedades en los restos humanos y de animales procedentes de los tiempos antiguos». ¹ En el caso del Egipto faraónico se pueden considerar unos privilegiados, pues tienen a su disposición toda la gama de posibles fuentes de información. Además de las fuentes secundarias, como son las representaciones artísticas (imágenes y estatuas) y los textos (literarios, autobiografías), casi siempre pueden recurrir a la fuente primaria: los cuerpos de las momias. Junto a los estudios osteológicos, las excelentes cualidades conservantes del natrón y las técnicas de los embalsamadores egipcios hacen que las muestras de tejido de las momias egipcias puedan ser rehidratadas y estudiadas con una cierta facilidad, cada vez mayor cuanto más sofisticados y precisos se van haciendo con el tiempo los sistemas de análisis biológico.

El estudio de las enfermedades de los antiguos egipcios nos permite acercarnos a ellos de un modo mucho más personal. Saber de los atroces dolores sufridos por una mujer fallecida mientras daba a luz o de las insuficiencias alimentarias de los niños de un poblado, sin duda consiguen hacer más vívida y real nuestra reconstrucción de la sociedad faraónica. Ello es importante, porque el egipcio es un pasado milenario, cuya imagen ha llegado hasta nosotros distorsionada por el filtro color de rosa de la cultura grecolatina.

Los griegos consideraban el valle del Nilo como un territorio privilegiado e idílico. Su propio país era un territorio sin grandes ríos y sometido de continuo al fantasma de la sequía, pues como dice Heródoto, los griegos «no tienen ningún otro medio de conseguir agua como no sea por la gracia de Zeus»;² por consiguiente, la presencia en Egipto de una abundante e ininterrumpida fuente de agua los maravillaba. En especial se sintieron fascinados por su régimen de crecidas anuales, el cual facilitaba enormemente la agricultura. Nada que ver la insultante facilidad de los campesinos egipcios comparada con los sudores invertidos en tierras helenas para lograr una cosecha anual. Lo que ellos no podían saber es que el envidiado Nilo también era responsable de muchos de los problemas de salud de los súbditos del faraón. Por contradictorio que pueda parecer, el origen de la vida en el valle del Nilo llevaba en sí el germen de una tremenda lacra que minaba físicamente a los habitantes de sus orillas.

A pesar de estar rodeados de desierto, los egipcios llevaban una vida acuática. El río cortaba en dos alargadas mitades el país y sus habitantes se esforzaban por hacer llegar sus aguas a todos los rincones donde la naturaleza no alcanzaba. Al llegar la inundación estival, dada la geología del río, de cauce convexo, las aguas cargadas de limo se desbordaban anegando sus orillas. Al retirarse semanas después, este barro en suspensión se acumulaba lentamente y terminaba por formar diques naturales paralelos al cauce del Nilo. La técnica agrícola egipcia era sencilla, consistía en reforzar estos diques naturales y completarlos con otros perpendiculares. Así se creaban estanques de escasa profundidad que se llenaban de agua con la crecida y donde ésta quedaba retenida hasta desaparecer, embebida en el suelo y evaporada por el sol. Una serie de canales conseguían hacer llegar las aguas de la crecida a los terrenos más elevados y alejados de la orilla. Además de para la avenida de aguas, los canales servían como medio de transporte, porque la parte superior de los diques hacía las veces de camino. Los poblados se encontraban situados en terreno de nadie, rodeados de canales y campos de cultivo, por lo cual la presencia de agua era una constante en la vida egipcia. Del faraón abajo, era imposible no entrar en contacto de un modo u otro con el agua estanca-

da, el caldo de cultivo perfecto para la multitud de parásitos que infectaban a placer a los egipcios.

La principal y más insidiosa de las enfermedades endoparasitarias que afectaron a los egipcios es la esquistosomiasis, todavía hoy endémica en las zonas tropicales. Teóricamente, los diminutos gusanos que la provocan (los machos de sólo 1 cm de longitud y las hembras del doble, si bien mucho más delgadas) sólo sobreviven en agua corriente, pero parte de su ciclo vital se desarrolla en el interior de unos diminutos caracoles que sí pueden vivir en las aguas estancadas. Dentro de los moluscos, los huevos de *Schistosoma haematobia* y de *Schistosoma mansoni* se convierten en larvas que son expulsadas al agua. Al contacto con los seres humanos penetran en su interior a través de la piel y por medio del sistema circulatorio terminan accediendo al recto (*S. mansoni*) o la vejiga (*S. haematobia*). Allí maduran, anidan, se aparean y desovan, causando hemorragias que acompañan a los huevos hasta las heces o la orina, por medio de las cuales son expulsados al agua para comenzar un nuevo ciclo. Siempre que la persona no se vuelva a infectar, al cabo de los 3-7 años que vive como media el gusano, el paciente sana, pero tal cosa era prácticamente imposible en el valle del Nilo. Para un egipcio resultaba quimérico evitar el contacto con el agua contaminada, no importaba su clase social; por esta razón, las constantes reinfecciones convirtieron la enfermedad en crónica para todos los habitantes del Doble País. Para hacerse una idea de la magnitud del problema, baste decir que en la década de 1950 casi la totalidad de la población egipcia (el 95 por 100) estaba infectada, una situación que muy bien podía reflejar la existente en época faraónica.³ La enfermedad estuvo presente en todas las etapas de la historia de Egipto, pues se ha detectado en las momias tanto predinásticas como del Reino Nuevo.

El síntoma más destacado de la esquistosomiasis es la presencia de sangre en la orina, algo que ya en el siglo XIX hizo que los soldados de Napoleón dijeran que Egipto era el país de los hombres que «menstruaban». Las consecuencias de la constante pérdida de sangre son la disminución del apetito, las infecciones urinarias y una importante anemia,⁴ todo lo cual desemboca en una lasitud generalizada,

cansancio, falta de interés, debilitamiento de las defensas ante otras enfermedades...

Los reputados médicos egipcios eran conscientes del problema y sin duda conocían la enfermedad, al menos por su síntoma más evidente, las hemorragias urinarias o rectales. En los papiros médicos egipcios se mencionan varios remedios para paliarlas:

Otro remedio para terminar con una evacuación sangrante abundante: pasta, fresca: 1/8; rizoma de chufa, rallado: 5 *ro*; grasa/aceite: 1/8; miel: 1/8. Se filtrará y después se tomará cuatro días seguidos. Ningún remedio lo iguala.

Papiro Ebers, 49.⁵

Además de los dolores reumáticos que producía trabajar de continuo en un ambiente húmedo, el agua estancada unida a las altas temperaturas y las plantas acuáticas era un excelente entorno para el desarrollo de los mosquitos, transmisores de muchas enfermedades, en especial la malaria. Esta enfermedad se contagia por obra y gracia del anófeles hembra, que al chupar sangre humana introduce en el flujo sanguíneo del huésped el protozoo *Plasmodium falciparum*. Su presencia en la sangre se refleja en ataques periódicos de fiebre cada tres-cuatro días, producidos por la destrucción de millares de glóbulos rojos. Son las llamadas fiebres tercianas-cuartanas. Hasta no hace mucho, la existencia de la malaria en el antiguo Egipto sólo se podía deducir, pues no se trata de una enfermedad que produzca grandes cambios patológicos en las momias. Ahora su presencia se puede comprobar gracias a un test que detecta en las muestras de tejido humano el antígeno producido por las defensas del cuerpo ante la presencia del protozoo. Momias predinásticas, del Reino Nuevo y del Tercer Período Intermedio han demostrado estar infectadas en el momento de producirse la muerte.

Los mosquitos asimismo pueden infectar a los humanos con gusanos del orden de los filariodeos, algunos de los cuales pueden obstruir el sistema linfático y provocar elefantiasis, mientras que otros son el origen de ciertos tipos de ceguera.

El agua que bebían los egipcios también tenía bastantes posibilidades de estar infectada por parásitos como el gusano de Guinea, *Dracunculus medinensis*. Introducidas en el cuerpo humano dentro de un diminuto crustáceo acuático, las larvas se liberan cuando éste es digerido, penetran en el tracto digestivo y migran hacia las cavidades abdominal o torácica. Mientras van creciendo, las larvas recorren los tejidos corporales y al llegar a la madurez, tres meses después, se aparean. El macho muere tras fecundar a la hembra,⁶ que se desplaza hasta alcanzar el tejido subcutáneo del tobillo. Una vez allí perfora la piel del mismo y crea una dolorosa ampolla, la cual estalla al contacto con el agua permitiéndole así expulsar sus huevos. Las hembras pueden alcanzar una longitud de un metro y el método de extracción consiste en ir enrollando lentamente el gusano en un palo delgado, procurando que el parásito no se parta y la herida no se infecte.⁷ El proceso no es doloroso en sí mismo y puede durar hasta tres semanas. Caso de que no fuera posible este tipo de extracción es necesario recurrir a la cirugía y sajar la piel para extraer al parásito. En dos de las recetas del *Papiro Ebers*, las números 874 y 875 en concreto, se ha creído ver la descripción del procedimiento para la extracción de este gusano. La primera sería el método no invasivo y la segunda describiría el método quirúrgico.

Como no hay mal que por bien no venga, la misma fuente de gran parte de las infecciones parasitarias de los antiguos egipcios, el agua y el uso que hacían de ella, se ocupaba también de limpiar en parte el país. Durante todo el año, las aguas embalsadas para los cultivos y las pantanosas orillas del río se iban convirtiendo en el ambiente perfecto para el desarrollo de parásitos, mosquitos y demás focos infecciosos. Todo ello sin contar con la porquería y los desechos acumulados por la actividad humana diaria en los canales y cercanías de los poblados. La llegada de la inundación arrastraba todos los desechos y muchas de las posibles fuentes de infección:

La crecida hace que toda la cosecha sea buena para mí, pues mata las ratas y serpientes donde viven e impide que las langostas la devoren y que el viento del sur la coseche.

Estela de Taharqa.⁸

No obstante, si era una crecida demasiado grande o demasiado baja sus efectos podían ser devastadores. Aún en el caso de una crecida de la altura adecuada, la limpieza no duraba mucho, pues apenas comenzaba la retirada de las aguas empezaban de nuevo a aparecer los problemas. Como sucede hoy día, si un campesino egipcio tenía una urgente necesidad fisiológica no iba más allá de la parte superior del primer dique para aliviarse. Igual sucedía con los niños jugando en los canales o a la orilla del río. Como las heces humanas bien podían estar infectadas con lombrices, la ausencia de sistemas para drenar las aguas de albañal suponía un riesgo constante para la salud. Al mismo tiempo, si cualquiera de quienes se aliviaba estaba infectado de esquistosomiasis, como era lo más probable, la limpieza de la crecida no habría servido para nada, pues de nuevo los huevos habrían colonizado el agua. Por otra parte, la suciedad generalizada hace que la posibilidad del tétanos sea muy real. En un mundo sin desinfectantes ni antibióticos, cualquier herida sin limpiar podía terminar contaminada por las esporas de la bacteria *Clostridium tetani*, de difusión universal y amante de los entornos sucios. Una vez en el interior del cuerpo humano, la bacteria genera una toxina que bloquea los músculos y produce fortísimos espasmos musculares, los cuales terminan paralizando los mismos. Sin tratar, la enfermedad produce la muerte en un tercio de los afectados.

Desgraciadamente para los egipcios, la otra mitad de su entorno natural también era una fuente importante de patologías. La arena del desierto y la fuerte luz solar fueron responsables de muchas enfermedades oculares. La reverberación de la luz y la sequedad del ambiente hacían imprescindible protegerse los ojos de algún modo. La solución adoptada por los egipcios consistió en pintarse una gruesa línea de maquillaje alrededor de ellos. Al ser el negro un color que absorbe todas las radiaciones luminosas, la cantidad de luz reflejada que llegaba a la retina disminuía mucho. Esta costumbre terminó por convertirse en un rasgo cultural, visible en los ojos maquillados que tan característicos son de una obra de arte egipcia (Foto 10). Durante el predinástico los egipcios se enterraban con una paleta de esquisto destinada a moler y preparar el maquillaje ocular; un claro

indicio de la importancia concedida a la protección/decoración de los ojos.

Se utilizaban dos sustancias como maquillaje ocular, la malaquita (verde) y mucho más frecuentemente la galena o estibnita (negra). Además de absorber los reflejos de la luz, y de poseer propiedades profilácticas, la galena es un repelente de insectos. Un egipcio con los ojos maquillados con galena no sufría el constante ataque de las moscas, atraídas por la humedad del lagrimal. Sin embargo, como la mayoría de las momias no conservan los ojos, sustituidos por otros artificiales, no resultan útiles como fuente para el estudio de las patologías oculares de los egipcios. En este caso se ha de recurrir a los papiros médicos, donde se describen innumerables curas: si el ojo ha resultado atacado por una sustancia venenosa, si el ojo ha dejado de ver, si el ojo ve manchas blancas, etc. La ceguera no era desconocida; de hecho, la imagen del arpista ciego es habitual en el arte egipcio (Foto 21).

Si bien la luz del sol podía ser dañina para los ojos, no parece haber afectado en absoluto a la piel de los egipcios, cuyo tono variaba con la latitud. Pese a aparecer en las representaciones artísticas con un único tono de piel, los egipcios del sur del país eran mucho más oscuros que los del norte. Una circunstancia que recoge la propia literatura faraónica: «[...] como se ve un hombre del Delta en Elefantina, un hombre de los cañaverales en Nubia», se dice en Sinuhe.⁹ Con una capa de ozono todavía intacta y la melanina de la piel presta a cumplir su función de filtro solar, los rayos ultravioletas no parecen haber sido responsables de ningún cáncer de piel entre los egipcios.

Procedente también del desierto es otro tipo de enfermedad que se conoce en poblaciones modernas sometidas al mismo tipo de entorno natural, la neumoconiosis. En un entorno seco y arenoso, en cuanto sopla el menor viento se levantan enormes nubes de polvo que lo cubren todo. Las personas que viven en este tipo de ambiente, como sucede en Egipto, respiran constantemente partículas microscópicas de arena que terminan depositándose en sus pulmones. Cuando éstos responden a la presencia del cuerpo extraño, se forman fibrosis que terminan afectando a la capacidad pulmonar del enfer-

mo, produciéndole tos y dificultades respiratorias. En el caso de los canteros, el problema se veía agravado por la silicosis.

Las partículas de polvo no son las únicas que terminaban penetrando en los pulmones de los egipcios. También se han encontrado en ellos restos de carbonilla, producto de la combustión de hogueras en los hogares y otros lugares cerrados. Excepto las mansiones de los más poderosos y los palacios de los soberanos, las casas egipcias no poseían un tamaño excesivo. Con una fachada de 5 metros de longitud y una profundidad de 15 metros, las viviendas del poblado de Deir el-Medina se pueden considerar como de lujo, porque albergaban a un grupo de obreros muy importante para el faraón: los encargados de excavar y decorar su tumba en el Valle de los Reyes. Las viviendas del resto de poblados egipcios eran de dimensiones más reducidas y con menos habitaciones. Construidas con adobe,¹⁰ para minimizar los efectos del clima egipcio contaban con escasas aberturas al exterior, incluidas las ventanas, situadas en la parte superior de los muros. De este modo se evitaba la entrada de la luz solar y se preservaba el interior, donde hacinados y con escasa privacidad convivían todos los miembros de la familia. El humo procedente del fuego del hogar se acumulaba dentro de la casa y las partículas de combustible quemado eran respiradas por sus habitantes. Si bien el humo



FIGURA 11.1. Estatua de hombre con posible enfermedad de Pott. Museo de El Cairo.

tenía la ventaja de servir como insecticida, la promiscuidad facilitaba enormemente la transmisión de las enfermedades infecciosas, como la tuberculosis. Las patologías de bastantes momias se han identificado como resultado de la acción del bacilo de Koch. Algunas de ellas presentan la típica espina dorsal deformada resultado de la enfermedad de Pott (tuberculosis espinal), visible también en algunas estatuas (Fig. 11.1).¹¹

Otras enfermedades infecciosas padecidas en el antiguo Egipto son la poliometitis y la viruela. De la primera tenemos una representación física en la estela funeraria de Roma, funcionario de la XVIII dinastía, y la confirmación del diagnóstico en la momia de Siptah, cuyo pie izquierdo está completamente deformado, posiblemente debido a la enfermedad (Figs. 9.11 y 11.2).¹² Respecto a la presencia de viruela contamos con un caso en principio evidente, como es el de la momia de Ramsés V (Fig. 11.3), cuya piel presenta lo que a primera vista son las típicas marcas de alguien «picado» por la enfermedad. Este diagnóstico sólo se ha visto confirmado recientemente, cuando al fin se pudo tomar una muestra diminuta de la piel para ser sometida a análisis. Éste detectó la posible presencia del antígeno de la enfermedad y el microscopio electrónico permitió ver dos partículas que se asemejaban a dos ejemplares del virus. La presencia de viruela en el valle del Nilo implicaría la existencia de epidemias, tanto más extensas cuanto más movilidad hubiera. No parece que la población egipcia en conjunto pudiera desplazarse con facilidad; si bien los traslados en barco de funcionarios desde la capital al resto del



FIGURA 11.2. Pie deformado de la momia de Siptah. Museo de El Cairo, XX dinastía.



FIGURA 11.3. Momia de Ramsés V con posibles marcas de viruela, XX dinastía. Museo de El Cairo.

país y los cruces de orilla en cualquier punto del río estaban a la orden del día. Una vez aparecido un brote de la enfermedad, la epidemia se extendería con cierta rapidez por las Dos Tierras y entonces los egipcios comentarían asustados sobre la llegada de los «mensajeros de Sekhmet» o de los «carniceros de Sekhmet», señora de las epidemias. Esta diosa leona (Fig. 11.4), hija de Ra y «ojo» del dios, era la encarnación de la violencia destructora de la enfermedad a gran escala:

¿Cómo es ese país sin ese dios excelente, el temor del cual estaba propagado a través de los países extranjeros como el temor de Sekhmet en un año de peste?

Sinuhe.¹³

Curiosamente, también era una deidad sanadora y sus sacerdotes actuaban como médicos. Las referencias a epidemias son nulas en las fuentes egipcias, pero un texto de la época de Tutmosis III nos demuestra que los soberanos egipcios eran conscientes de la presencia de la enfermedad en el valle del Nilo y que algunos de ellos intentaron atajarla por los escasos medios que tenían a su alcance:

Decreto real del Horus que renueva los nacimientos en interés de los notables y los cortesanos, en su totalidad, para todo lo que satisface a los dioses en este país, para proteger a los ciegos, para expulsar a los elementos patógenos, para curar al que sufre físicamente de su mal, después de que Su Majestad hubiera visto un libro de protección del tiempo de los antepasados [---] debido al sufrimiento de los pobres [---]. El rey [---] de la sala Djeryt lo iniciaron en las características de este país [---] este país se verá por lo tanto exento de enfermedad.

Papiro Berlín 3049.¹⁴

Pero los esfuerzos del faraón, por decididos y bienintencionados que fueran, no podían atacar la raíz del problema, que en muchas ocasiones se encontraba en la médula misma de la geografía del país, su cultura y sus técnicas.

Una característica de la gran mayoría de las momias faraónicas es la existencia de múltiples patologías en la dentadura, destacando la escasa presencia en ellas de caries, sustituida por un elevado desgaste de los dientes.¹⁵ En ciertos casos, como puede ser el de Ramsés II, la mandíbula presenta una serie de patologías muy amplia. Algunas de ellas debieron ser tremendamente dolorosas para el anciano soberano: atrición extrema, exposición de la pulpa dentaria, periodontitis extrema (pérdida del hueso que sujeta las piezas dentales) y abscesos periápicos, cuya infección sin duda contribuyó a dificultar sus últimos momentos, ya a una edad muy avanzada.

La escasa presencia entre los egipcios de la principal de las dolencias dentales del hombre occidental moderno se achaca a lo poco presentes que estaban los azúcares en su dieta. La gente del común tenía que consumir frutos como los dátiles para endulzar sus comidas; pues el faraón tenía el monopolio del principal edulcorante del valle del Nilo, la miel. El origen del pronunciado desgaste observable en un elevado número de individuos podría encontrarse en el uso de los dientes a modo de quinta mano, como sucede entre los esquimales, pero no es el caso del antiguo Egipto. Las escenas de la vida cotidiana demuestran que no utilizaban la mandíbula para sujetar un trozo de carne y poder cortar con el cuchillo el pedazo que van a masticar, ni tampoco para morder las pieles curtidas de animales para ablandar el cuero, como hacen por ejemplo los inuit. El desgaste sólo puede deberse, por tanto, a uno de los ingredientes básicos de la dieta egipcia. Todos los indicios apuntan al pan, el alimento por excelencia en el valle del Nilo.



FIGURA 11.4. Estatuas de la diosa Sekhmet. Museo al aire libre del templo Karnak.

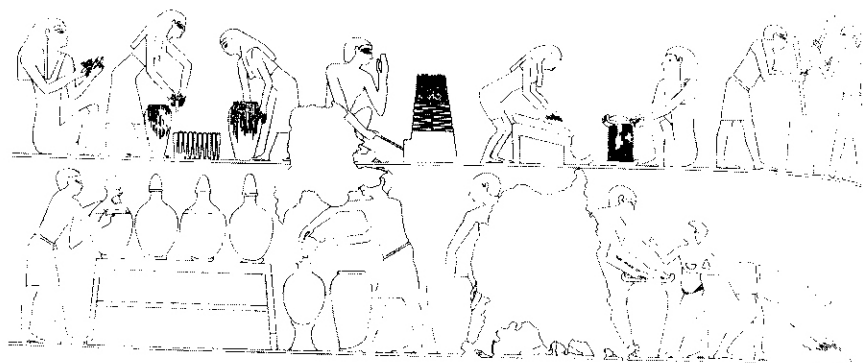


FIGURA 11.5. Las diversas fases de la fabricación del pan. Tumba de Antefoker (TT 60). Tebas, XII dinastía.

Un estudio realizado sobre una docena de muestras de pan encontradas en tumbas halló partículas inorgánicas en su interior. No se trata del resultado de una contaminación superficial, sino que formaban parte integrante de la masa. El polvo ambiente, el modo de cosechar, el trillado, el aventamiento e incluso la inclusión de un minúsculo porcentaje de arena en el grano a la hora de molerlo para hacer harina (Fig. 11.5), contribuyeron a introducir sustancias abrasivas en este alimento básico. Consumido a diario e incluso utilizado como salario, las micropartículas que incorporaba terminaban por desgastar los dientes, originando innumerables sufrimientos a los egipcios. En realidad, la alimentación es uno de los factores que más se deja sentir en la salud general de las personas y los egipcios no fueron una excepción. Las carencias y excesos alimentarios afectan al cuerpo, y las momias conservan esta información.

El paso de una cultura de caza-recolección a una de agricultura sedentaria no significó ninguna mejora en los niveles de vida de las poblaciones implicadas, al contrario de lo que se piensa normalmente. En realidad, supuso un deterioro de la salud y la alimentación de los pueblos africanos del Neolítico, incluidos los egipcios. Hoy día, uno de los pocos grupos de cazadores-recolectores todavía fieles a su antiguo modo de vida, los bosquimanos del Kalahari, consigue más proteínas y una alimentación más variada trabajando muchas menos horas a la semana que un grupo similar de agricultores. Se ha calcu-

lado que la dieta de los africanos a finales del Paleolítico estaba compuesta por un muy sano 35 por 100 de carne y un 65 por 100 de vegetales. Con la llegada de la agricultura los porcentajes se modificaron a peor y la esperanza de vida se resintió, pasando de los 40 años de los hombres paleolíticos a los 30 años de los hombres neolíticos. Durante el Reino Antiguo un egipcio normal consumía un 80 por 100 de carbohidratos, un 10 por 100 de grasa y sólo un 10 por 100 de proteínas animales. Por otra parte, este descenso en la salud general se vio incrementado por la propia sedentarización. Al sedentarizarse, los hombres terminaron viviendo no sólo con sus propias heces y desperdicios (cosa que no sucede cuando uno deja los desperdicios atrás, como hacen los nómadas), sino por las propias enfermedades de los animales que comenzaban a criar, que encontraron en los debilitados hombres del Neolítico un campo de cultivo inmejorable para extenderse.¹⁶

Las momias nos hablan de este cambio, pues los huesos son, pese a su aspecto, un elemento vivo y como tal reaccionan ante la alimentación que reciben. Una dieta concreta supondrá una mayor absorción por parte del hueso de un determinado isótopo estable, lo que permite al arqueólogo diferenciar si la dieta del organismo era predominantemente animal o vegetal y, si se da este último caso, distinguir si se consumieron más plantas terrestres que marinas. Una presencia baja de N¹⁵ en el colágeno de los huesos nos habla de una alimentación vegetal, como sucede con los huesos de la mayoría de los egipcios, mientras que un alto contenido de este mismo isótopo significa una alimentación principalmente cárnica, lo que no era el caso de los súbditos del faraón, a excepción de la clase alta.

Una de las principales consecuencias que tuvo el abandono de la caza-recolección como medio de vida fue la disminución de la altura de los habitantes del valle del Nilo en casi una decena de centímetros, como reflejo de una alimentación más deficiente y menos rica. Los hombres predinásticos alcanzaban una altura media de 1,70 metros, mientras que las mujeres alcanzaban 1,57 metros. En cambio, los varones nacidos durante el período faraónico se quedaban en 1,57 metros y las hembras en 1,48 metros.¹⁷ Sólo durante el Reino

Nuevo comenzaron a recuperarse en ciertas clases sociales los niveles predinásticos, y es que fue entonces cuando la producción agropecuaria egipcia alcanzó su máximo, poniendo a disposición de los habitantes del valle del Nilo suficientes recursos alimentarios.¹⁸ Si nos fijamos en el grupo social que mejor alimentado estuvo siempre, los faraones y la familia real, comprobamos la relación entre una buena alimentación y la altura; pues los faraones del Reino Nuevo superan con creces la estatura media de sus súbditos y alcanzan niveles similares a los predinásticos. El más alto de todos ellos fue Amenhotep I, con sus 1,77 metros de estatura, y el más bajo Tutmosis IV, quien sólo alcanzó 1,60 metros, pese a lo cual todavía era varios centímetros más alto que la media nacional.¹⁹

Lo paradójico del caso es que en Egipto se criaban muchos animales como fuente de proteínas, bastantes como para haber nutrido adecuadamente a una parte mucho más amplia de la población. El problema es que los bóvidos eran considerados una unidad de riqueza, estando destinados a terminar como ofrendas en los templos y en la mesa de los más poderosos. Por fortuna, la carne de los dioses no se desperdiciaba, pues como ya sabemos, tras ser expuesta en los altares y alimentar con su esencia a las divinidades, era repartida entre los servidores del templo atendiendo rígidamente al escalafón: cuanto más importante el cargo, mayor era la cantidad. El número de bóvidos consumidos de este modo podía ser colosal. En el templo de Neferirkare (V dinastía), por ejemplo, se consumían 30 bueyes al mes, lo que supone un total de 365 al año.²⁰ En cuanto al templo de Neferefre (V dinastía), en una sola fiesta de las muchas que se celebraban anualmente al margen del culto real, se sacrificaron 13 bueyes diarios durante los diez días de una semana egipcia, es decir, 130 bóvidos. Si tenemos en cuenta que se calcula que con un buey se podía alimentar a mil personas, nos podemos hacer una idea de la cantidad de carne disponible para el reparto, al alcance sólo de los más cercanos al templo.

Las propias autoridades egipcias eran conscientes de que las proteínas animales «alimentan» más que las vegetales proporcionadas por las legumbres. Esto se refleja en la ración diaria de los trabajado-

res que servían al Estado, calculada en hogazas de pan y pagada así o en grano. Los «suplementos» en forma de carne o pescado estaban a la orden del día y eran más abundantes cuando más esfuerzo físico requería la labor desempeñada.

A partir de uno de los problemas del *Papiro Rhind* se puede calcular que la ración mínima durante el Reino Nuevo era aproximadamente de unas siete hogazas diarias de pan, lo que suponía unas 1.643 calorías diarias para los trabajadores con peor salario y de 3.286 calorías para los jefes. Los repartos ocasionales de proteínas animales permitirían aumentar las calorías mínimas hasta superar las 2.000, necesarias para subsistir realizando esfuerzos físicos medianos.²¹

En el ámbito de lo privado, los *Papeles de Hekanakhte* nos permiten conocer el consumo diario de calorías de una familia sin apuros económicos. El jefe de familia, lejos en el sur atendiendo sus negocios, recibe una ración de 3.324 calorías diarias, mientras que la ración mínima para el resto de su familia extensa, esto es, todas las personas que estaban a su cargo, era de 1.643 calorías. Una cantidad un poco baja, pero ligeramente superior a la que en 1.900 permitía a los soldados británicos en la India mantener en pie el imperio de su Graciosa Majestad, consistente en 1.636 calorías repartidas en una libra de carne y otra de pan. Es posible incluso que la azofra, el trabajo obligatorio que los egipcios debían realizar para el Estado en determinados momentos del año, fuera un período durante el cual la alimentación de algunas personas mejoraba ligeramente.

En las familias menos pudientes, la falta de carne en la dieta fue paliada de forma privada mediante la caza y la pesca ocasionales, acompañada por la cría de cabras, ovejas y cerdos. Ninguno de estos animales se ofreció nunca como ofrenda ni fue servido en la mesa de los poderosos, pues no eran considerados dignos de realizar semejante función. Los cerdos parecen haber sufrido incluso una especie de «tabú», porque no aparecen citados casi nunca en las fuentes ni en las escenas de las tumbas. Los tres son animales de fácil provecho. Los ovicápridos tienen la ventaja de producir leche además de carne, mientras que el cerdo estabulado tiene a su favor el consumir los productos de desecho generados por el hombre y poseer la mayor tasa de

producción de carne por kilo de comida ingerida. El consumo de gorrinos se mantuvo durante todo el período faraónico.

La presencia en los lugares de habitación de estos animales domésticos, junto a algunas aves como pichones o patos, implica un contacto estrecho entre hombres y bestias. Tal relación supuso la transmisión de enfermedades entre ambos. En algunos casos muy concretos, como la viruela bovina, el contagio pudo tener efectos benéficos, porque los infectados por ella habrían quedado protegidos contra la infección de la viruela humana, como descubriría milenios después Edward Jenner (1749-1823). En otros, sin embargo, las enfermedades transmitidas por los animales fueron más dañinas. En muchas ocasiones se trató de parásitos que terminaban infectando a los egipcios al comer la carne de los animales domésticos.

La madera es escasa en Egipto y por consiguiente su uso como combustible estaba muy restringido. El material más utilizado para ello serían los excrementos de vaca, como sucede hoy día en la India y en muchos lugares de África. Como es lógico, se intentaba gastar el mínimo combustible posible, lo cual resultaba en cocciones inadecuadas para la carne, que era ingerida sin hacer demasiado y con la mayoría de los parásitos que la infectaban todavía vivos. Así se explica la existencia de momias infectadas con triquinosis, adquirida por el consumo de carne de cerdo poco hecha, y de tenias, asimismo introducidas en el organismo al comer carne poco cocinada. El parásito de la triquinosis se asienta en los músculos y produce en la víctima dolor y diarrea. La tenia, por su parte, se adhiere a las paredes del intestino y debilita al paciente al «robarle» parte de sus nutrientes. En ambos casos, nos podemos imaginar la delicada situación en la que quedaría un egipcio atacado por una combinación de estos parásitos unida a la esquistosomiasis. La anemia sumada a la diarrea o el «robo» de nutrientes no tardaría en acabar con el pobre desgraciado.

Con su elevado gasto diario de calorías y una alimentación de escaso contenido calórico a base de vegetales, sazónada con algún que otro aporte de proteínas animales (pescado, cerdo u ovicápridos) y ocasionales festines de carne de bóvido, la mayoría de los egipcios consumía casi las mismas calorías que gastaba. En este aspecto, la

sociedad egipcia era más sana que la nuestra, donde el excesivo consumo de grasas y azúcares ha disparado el porcentaje de personas con sobrepeso y obesas. En el antiguo Egipto, sólo los pudientes tenían kilos de más.²² Estar gordo era signo de haber triunfado en la vida (Fig. 11.6), pues implicaba acceso a grasa y proteínas animales en abundancia, algo

sólo al alcance de los más privilegiados. Evidentemente, permanecer en el límite o ligeramente por encima del nivel mínimo de subsistencia se convierte en un problema cuando el cuerpo comienza a combatir una enfermedad, para lo cual requiere un aporte extra de energía del que carece. Entonces el cuerpo se consume y muere.

Este estrés alimentario, la existencia de períodos de alimentación insuficiente, queda reflejado en los huesos de las personas cuando están en período de crecimiento. El signo del mismo son las llamadas líneas de Harris, unas líneas transversales de condensación ósea. Cuando el cuerpo en crecimiento no recibe suficientes nutrientes detiene su desarrollo, lo cual queda reflejado en la aparición de una de estas líneas. Cuando el período de estrés alimentario cesa, el hueso reemprende su crecimiento normal, dejando tras de sí una pequeña «cicatriz» en su superficie. En el esmalte de los dientes también se pueden detectar estriaciones horizontales debidas a las mismas causas.

Si a todas estas posibles fuentes de enfermedad (medioambientales y económicas) le sumamos la presión a la cual sometía la dura labor diaria el cuerpo de los egipcios, obtenemos una elevada tasa de traumatismos y malformaciones óseas: brazos rotos, hernias, columnas deformadas, etc. Es indudable que la vida en el antiguo Egipto no se corresponde con la imagen de paraíso en la tierra que muchos suelen tener de ella. Además de dura era una existencia corta, al menos para la mayoría.

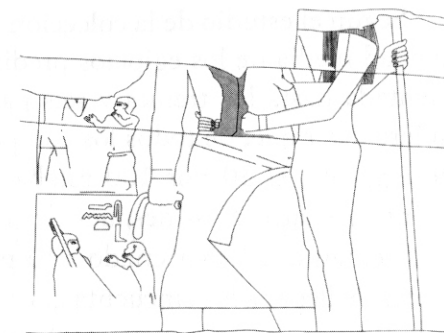


FIGURA 11.6. Kaaper y su esposa. Abusir, V dinastía.

Según el estudio de la colección de momias del Museo de Turín, la edad media de los egipcios predinásticos era de treinta años, aumentada hasta los treinta y seis para los del Reino Antiguo. Esto quiere decir que, de todos los componentes de una generación dada de egipcios, el 50 por 100 estaba muerto aproximadamente unos treinta y cuatro años después de haber nacido, período durante el cual tenían que haber criado a su propia generación de reemplazo. Antes de llegar a los cincuenta años la generación estaba casi aniquilada, porque para entonces el 90 por 100 de ella estaba muerta;²³ sin embargo, los pocos supervivientes podían esperar alcanzar una edad bastante elevada. Su fortaleza y resistencia había vencido a las condiciones generales de vida y la mítica barrera de los 110 años²⁴ se veía factible; pero eso sí, alcanzarla iba a costar trabajo.

¡Ah!, que mi cuerpo rejuvenezca, porque ella [la vejez] ha caído sobre mí. La debilidad me ha alcanzado rápidamente, mis ojos son débiles, mis brazos flojos y mis piernas han cesado de servir a mi corazón fatigado.

*Sinuhe.*²⁵

12

La arqueología de la muerte

Las momias son, por sí mismas, un objeto lleno de interés. El estudio paleopatológico de los restos humanos hallados en una tumba o una necrópolis nos proporciona una amplia información sobre la salud del difunto o del grupo humano allí enterrado, pero los cadáveres inhumados dan para mucho más. El análisis de su contexto arqueológico: el contenido de la tumba, el modo de disponer el cadáver, la presencia o no de ajuar funerario, la existencia de ofrendas, la localización de la tumba, la distribución espacial de los enterramientos, etc., proporcionan una importante cantidad de información, sobre todo en aquellos casos donde la documentación escrita falta por completo y el arqueólogo sólo dispone de una tumba para intentar reconstruir una cultura pretérita.¹

Al enfrentarse al reto de desentrañar el significado de una tumba, los arqueólogos parten de un principio general, como es que el contenido de los enterramientos es una representación de las creencias e ideología del grupo humano responsable de las inhumaciones. Los especialistas conocen este criterio de análisis como «arqueología de la muerte». Un enterramiento refleja casi siempre la cultura de quien lo realiza; pero conviene andarse con cuidado al generalizar. No todo es automático ni debe interpretarse siempre del mismo modo. Encontrar en un enterramiento los objetos de uso diario utilizados por el difunto muy bien puede significar que esa cultura creía en una vida en el más allá. Es casi una interpretación automática, pero a falta de otros datos también cabría ver en ellos una cultura donde los objetos personales adquieren tanta esencia del ser humano que al desapare-

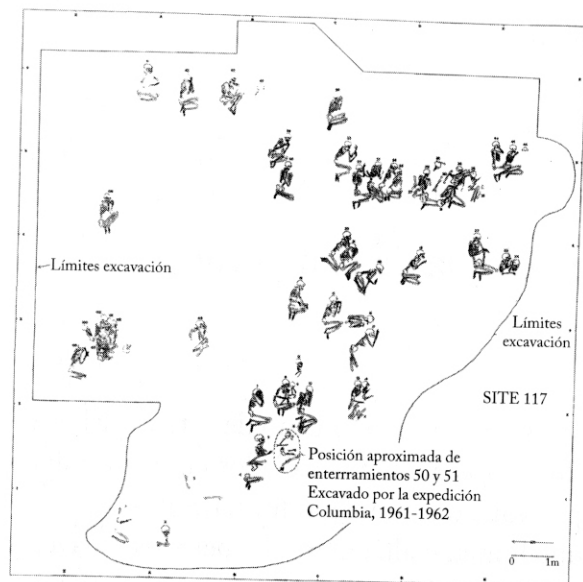


FIGURA 12.1. Localización de los cuerpos en el «Yacimiento 117» de Jebel Sahaba, Nubia.

wadi Halfa (Sudán), cerca de Jebel Sahaba, arqueólogos norteamericanos y finlandeses excavaron a mediados de la década de 1960² una necrópolis de 59 individuos («Site 117») que los llenó de estupor (Fig. 12.1). Su contenido no desmerecía en nada de una fosa común resultado de una limpieza étnica en la antigua Yugoslavia.

Los enterramientos, individuales, dobles o múltiples, consistían en un sencillo agujero excavado a no más de 40 cm de la superficie, señalado en el exterior por piedras planas de arenisca sin trabajar colocadas sobre la inhumación una vez rellena de arena. Hasta aquí nada extraño, parecía un típico grupo de tumbas de la zona, fechadas entre el 12000 y el 10000 a. C. Las sorpresas comenzaron al estudiar los cuerpos, enterrados mayoritariamente en posición fetal (con los talones pegados a las nalgas) sobre el costado izquierdo, con la cabeza apuntando al este y la cara (junto a la cual estaban las manos) mirando hacia el sur. Todos fueron enterrados sin ajuar funerario y, sin embargo, hasta 110 artefactos se encontraron asociados a la mitad de los cuerpos. Lo escalofriante es que en la mayoría de los casos

cer éste se vuelven peligrosos para el resto del grupo y, como tales, han de desaparecer junto a su dueño. En el antiguo Egipto la abundancia de textos funerarios facilita el trabajo de interpretación, pero no todo en las momias del valle del Nilo es religión o paleopatología.

En la orilla este del Nilo, a tres kilómetros al norte del

se trata de puntas de pedernal, llegadas a las tumbas dentro de los cuerpos (Fig. 12.2). Los difuntos fallecieron como consecuencia de un ataque coordinado contra el grupo.

Casi la mitad de los cuerpos (veinticuatro en total) presentaban signos de violencia. Una tumba múltiple contenía los cadáveres de un hombre de mediana edad (individuo n.º 25) y tres mujeres jóvenes (n.ºs 28, 34 y 37). Dos de ellas todavía tenían las puntas de los proyectiles que les habían causado la muerte incrustadas en los huesos (Foto 22), mientras que junto al hombre y la tercera mujer

aparecieron los astiles de las flechas asesinas. Un poco más allá, una tumba doble contenía los cuerpos de dos niños (n.ºs 13 y 14) que presentaban numerosas contusiones de proyectil y una punta de flecha incrustada entre el cráneo y las vértebras cervicales. Parece como si después de pegarles una paliza hubieran sido rematados con un flechazo en la nuca. Varios cuerpos más de adultos habían sido apaleados y murieron como resultado de politraumatismos agudos. Un enterramiento doble contenía los restos de una mujer (n.º 23) y niño (n.º 24), ambos con puntas de flechas dentro de la cavidad torácica. ¿Una madre muerta mientras protegía a su retoño? También había mujeres (n.ºs 102 y 103) con proyectiles en la caja torácica acompañadas por niños (n.ºs 100 y 101) cuyos cuerpos no presentaban restos de flechas y que fueron asesinados sin dejarles traumatismos ¿asfixiándolos? Un grupo muy amplio (n.ºs 26, 27, 29, 30, 31, 32, 35 y 36) apareció enterrado en una pequeña fosa común, con varios de los cuerpos en posturas forzadas, como si hubieran sido arrojados sin



FIGURA 12.2. Dos de los cuerpos del «Yacimiento 117» de Jebel Sahaba. Los lapiceros indican la posición y el ángulo de llegada de las flechas.

mayores miramientos al agujero. Había presencia de puntas de flecha y traumatismos. Otra gran tumba múltiple contenía los cuerpos de un niño (n.º 47) y cinco hombres adultos (n.ºs 17, 33, 38, 42 y 45) muertos en el mismo ataque. Finalmente, aparecieron dos cuerpos masculinos (n.ºs 20 y 21) que parecían haber sido especialmente castigados. Hasta 27 puntas de flecha tenían incrustadas en el cuerpo o descansando entre los huesos, sin olvidarnos de los profundos cortes en las piernas y en el brazo izquierdo que sufrió uno de ellos. Quizá se tratara de los líderes del grupo o, sencillamente, de los hombres más fuertes del poblado, aquellos que se defendieron con más ahínco y decisión. Sea como fuere, los atacantes se ensañaron con ellos.

Lo más llamativo de la matanza es que no se trató de un enfrentamiento entre los adultos varones, como suele ser habitual entre grupos pequeños, sino de un intento deliberado por aniquilar a un grupo humano, pues hombres, mujeres y niños fueron masacrados por igual. No sólo se quiso acabar con los miembros potencialmente peligrosos por su físico (los hombres), sino también con su reemplazo natural (los niños) y con la posibilidad de recuperar el grupo (las mujeres). Si a los porcentajes aproximados de mortalidad en un grupo de cazadores-recolectores (12-20 por 100 en adolescentes y 35-70 por 100 en adultos jóvenes) le sumamos el 40-50 por 100 de muertes visibles en el cementerio, nos encontramos con un grupo humano casi exterminado. Los motivos, sin duda, debieron de ser poderosos, ¿quizá el control de un territorio rico en recursos? No es posible saberlo, si bien la misma existencia del cementerio nos habla de supervivientes que pudieron encargarse de los cuerpos como dictaban sus costumbres.

Avanzando el tiempo, en pleno badariense (c. 4800 a. C.) los cementerios y sus ocupantes nos hablan de los cambios sociales que están comenzando a producirse en el valle del Nilo. Al ser estudiadas en detalle, las tumbas de este período, en principio consideradas resultado de una sociedad igualitaria, han demostrado no ser tales. Un estudio realizado en siete cementerios y 262 tumbas ha permitido averiguar que sólo el 20 por 100 de los enterramientos contaban con más de diez objetos de ajuar funerario, frente al 51 por 100 que sólo cuentan con un objeto y al 29 por 100 que se enterró sin ninguno.

Estamos, por lo tanto, ante una sociedad que cuenta con una disparidad económica no sexual entre sus miembros, por pequeña que pueda ser. Al mismo tiempo, se observa en los cementerios una distribución espacial que atiende al mismo criterio; por ejemplo, en Badari Norte las tumbas de la zona occidental no contienen sino un único objeto, mientras que en la zona oriental se encuentran las tumbas con productos lujosos, las cuales además suelen tener mayor tamaño, de nuevo sin importar el sexo del ocupante.

La estratificación social se iba haciendo más evidente según aparecía el Estado y la ideología se dejaba sentir aún más en las tumbas. En el cementerio de Adaima, en el Alto Egipto, encontramos un caso muy peculiar, que combina paleopatología e ideología. Se trata de la tumba S15 (Nagada IIA-IIB), encontrada muy revuelta. Al reconstruirse el esqueleto de su ocupante, una mujer de más de 30 años, se pudo comprobar que la difunta había sufrido el mal de Pott y como resultado su columna presentaba una fuerte curvatura. El hecho en sí no supone una novedad, ni siquiera en el cementerio, donde la tumba S35 contenía un cuerpo de doce años de edad aquejado de la misma patología. Lo interesante es que uno de los tres vasos de cerámica que conservaba la sepultura había sido deformado a propósito *antes* de la cocción, con la intención innegable de que su forma se asemejara a la de la difunta. Las ofrendas funerarias no consisten únicamente en objetos cotidianos destinados a ser utilizados en el más allá, la cerámica «jorobada» es un retrato del difunto. La complejidad y sutileza del mundo funerario (y cerámico) de los egipcios viene de mucho más atrás de lo que se pensaba y sólo al estudiar en conjunto tumba y contenido se encuentran ciertos datos.

En 1990, gracias al afortunado tropiezo del caballo que montaba una turista, se encontró en la meseta de Guiza el cementerio de los obreros que construyeron las pirámides. Desde entonces las excavaciones no han cesado y lentamente van surgiendo de la arena los cuerpos de aquellos que contribuyeron personalmente a edificar los monumentos más representativos del antiguo Egipto.

En realidad se trata de dos cementerios separados, pero relacionados. Al pie de un pequeño promontorio se encuentra el cemen-

rio de los propios trabajadores. En él se aprecian dos tipos de tumbas, unas diminutas (unas seiscientas en forma de pequeña caja de piedra) y otras algo más grandes, de formas variadas y construidas de adobes y mampuestos, destinadas para sus supervisores (unas sesenta). Estas últimas tumbas pertenecen a personas que ocuparon cargos como «inspector de la construcción de las tumbas» o «director de la construcción de las tumbas». Unos metros más arriba, se encuentran las —por el momento— setenta tumbas de los artesanos y administradores de los obreros: hipogeos excavados en la colina rocosa o mastabas de piedra o adobe. Se trata de funcionarios que ocuparon cargos como «inspector del arrastre de las piedras» o «inspector de los escultores». Estas necrópolis son el complemento perfecto a la zona de residencia y producción de alimentos situada ligeramente hacia el este, donde se alojaban y comían los obreros.

El estudio de los restos humanos encontrados en las tumbas es muy revelador. La mayoría de ellos presentan patologías en la columna vertebral, derivadas de su trabajo con enormes bloques de piedra, pues las encontramos sobre todo en la zona lumbar. Se trata de artritis degenerativa, típica de las personas que cargan y mueven grandes pesos en posición erguida. Tomando como referencia los resultados del estudio realizado sobre los ocupantes de las mastabas del cementerio occidental de la pirámide de Khufu, podemos comprobar que este grupo, formado por personas mejor situadas en la escala social, no presentan tales deformidades por estrés. Entre los trabajadores, el 31,11 por 100 tiene la zona lumbar severamente afectada, frente a sólo el 13,37 por 100 entre los cortesanos. En las mujeres de ambos grupos los porcentajes son menores que entre los hombres, pero la diferencia entre grupos es similar.

Como resulta lógico, la presencia de huesos rotos es abundante, sobre todo el peroné y los huesos del antebrazo, además de algunas costillas. Los huesos estaban sometidos a mucha tensión y en esa época la seguridad laboral no era una exigencia. El aspecto más extraordinario de todo este grupo de fracturas y contusiones es que la mayoría de ellas están curadas, soldadas como resultado de un tratamiento médico adecuado. Esto indica la presencia entre los trabajadores de la

meseta de médicos que atendían a los heridos, gracias a lo cual se podían reducir sus fracturas con rapidez y sin merma para la salud del paciente. El caso más interesante corresponde a un trabajador que sufrió un trauma tan intenso que sólo fue posible solucionarlo mediante la amputación de la pierna. La operación fue un éxito y el paciente llegó a vivir otros catorce años tras la pérdida de su extremidad.

Resulta llamativa la presencia de varios esqueletos de ambos sexos con fracturas incisivas en los huesos frontal y parietal del cráneo, resultado casi con seguridad de una agresión por parte de un atacante diestro. Con abundantes armas en potencia a su disposición (las piedras y cascotes) y el hacinamiento que puede haber existido en la zona residencial, no es raro que la tensión explotara por algún lado. Los cirujanos también estaban al quite en estos casos, para salvar lo que se pudiera y reducir la presión de los huesos rotos contra el cerebro. Uno de los cráneos encontrados fue sometido a cirugía. Muy posiblemente, por entonces existía o se estaba escribiendo ya un texto médico sobre traumatología como el *Papiro Edwin Smith*, donde se explicaba con detalle el procedimiento a seguir en estos casos:

Instrucciones para una herida abierta en la cabeza, que llega hasta el hueso y penetra en el *tepau* del cráneo.

Debes sondear la herida aunque tiemble mucho. Debes hacer que levante la cara. Es doloroso para él abrir la boca. Su corazón late demasiado despacio para hablar. Observas saliva cayendo de sus labios, pero sin caer del todo. Expulsa sangre por las dos ventanas de la nariz y por los dos oídos. Tiene agarrotado el cuello. No puede mirar a sus hombros o a su pecho.

Debes decir con respecto a él: «Alguien con una herida abierta en la cabeza que llega hasta el hueso y penetra en el *tepau* del cerebro. El cordón de su mandíbula está contraído; expulsa sangre por las dos ventanas de la nariz y por sus dos oídos y sufre rigidez en el cuello: una dolencia que trataré».

*Papiro Edwin Smith.*³

La conclusión más evidente ante los restos de Guiza es la existencia en esa época de asistencia médica, a expensas del soberano de

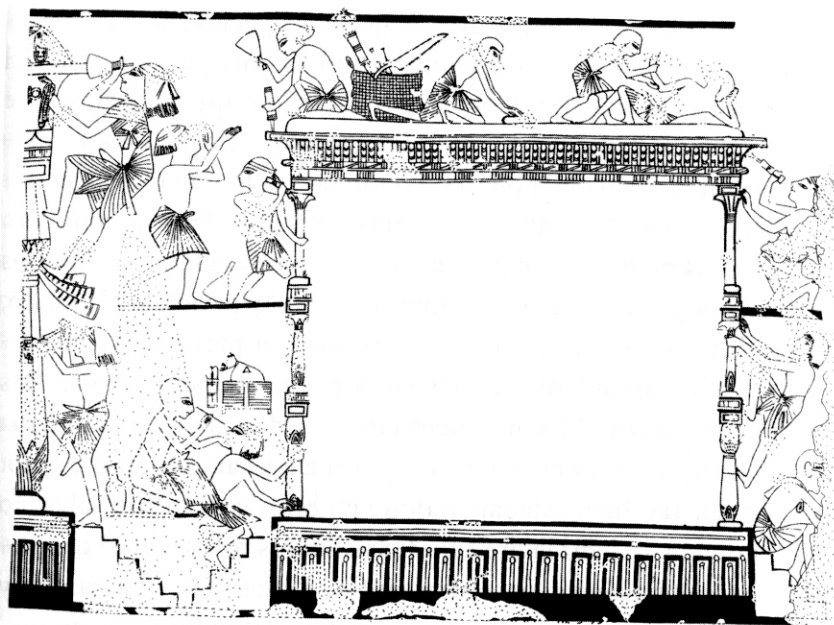


FIGURA 12.3. Obreros trabajando y siendo atendidos por médicos. Tumba de Ipuí (TT 217). Tebas. Reino Nuevo.

las Dos Tierras, para los obreros que trabajan construyendo su complejo funerario. A pesar de la tremenda propaganda en contra que suponen la Biblia y las películas de Hollywood, los trabajadores encargados de construir los monumentos de los faraones egipcios no eran esclavos,⁴ sino funcionarios contratados por el rey que recibían un salario por sus esfuerzos, además de contar con atención médica especializada, como acabamos de ver.

Una imagen de la tumba de Ipuí (TT 217) en Deir el-Medina nos muestra a un grupo de trabajadores y los azares de su labor (Fig. 12.3). No se trata de algo tan peligroso como subir un bloque de piedra de dos toneladas y media de peso hasta más de cien metros de altura; pero los accidentes ocurren, incluso si lo que se está haciendo es tallar una columna y un baldaquino. La imagen nos muestra a dos médicos tratando a dos accidentados. Uno de ellos se afana en reducir la dislocación de un hombro, mientras el otro intenta sacar un cuerpo extraño del ojo del otro obrero.

La autobiografía de un alto funcionario de la V dinastía nos muestra qué tipo de atención médica podía recibir un miembro de la clase alta, como era el visir Ptahhuakh, hombre de confianza del faraón Neferirkare Kakai:

El visir Ptahhuakh había sido arquitecto del santuario solar Setibre de Neferirkare, del que Neferirkare veía la perfección y la excelencia de su obra en cualquier asunto secreto. Ahora bien, subió delante de ellos, pero no pudo descender. Entonces Su Majestad hizo que lo sujetaran e hizo que trajeran una venda. Ahora bien, los hijos del rey miraron, [---] cuando miraron temblaron muy fuerte [---] el encargado de la venda. Entonces Su Majestad le recompensó por ello. Cuando Su Majestad vio que husmeaba la tierra, Su Majestad dijo [---] «no husmees la tierra, husmea mi pie». Ahora bien, al escuchar todo aquello, los hijos reales y los Amigos que estaban en Palacio, temblaron de miedo.

*Autobiografía de Ptahhuakh.*⁵

El texto nos cuenta que en cumplimiento de sus funciones, el anciano visir y supervisor de los trabajos del rey estaba ascendiendo al gran obelisco que dominaba los templos solares. El recorrido por el pasadizo interior sin duda fue demasiado para su deteriorado estado físico y allí mismo, en las alturas de la terraza, se desplomó. Su cuerpo había llegado al límite y era incapaz de descender por sus propios medios. El faraón, quien posiblemente fuera el visitante ilustre que le impulsó a intentar el ascenso una última vez, ordenó que lo bajaran y recibiera los mejores cuidados. El caso era tan desesperado que ni siquiera los mejores textos médicos de su biblioteca pudieron salvar al visir:

Cuando la calma regresó a la Residencia, Su Majestad hizo que fueran los hijos del rey y el Amigo sacerdote lector, el decano de los médicos. Entonces le dijeron a Su Majestad: «Hay que consultar los libros». Entonces Su Majestad hizo que fueran a buscar una caja de escritos, [...] pero le decían a Su Majestad que estaba perdido.

*Autobiografía de Ptahhuakh.*⁶

No todos tenían la suerte de tener al rey preocupándose por su salud. Los médicos y los tribunales eran algo habitual en el antiguo Egipto, todos tenían derecho a recurrir a ellos, pero no siempre estaban a su alcance. Un esqueleto del Reino Medio, encontrado en la necrópolis de Abusir, nos ofrece una imagen escalofriante de lo que podía ser el diario devenir de una mujer de clase baja durante la época faraónica. Teóricamente el valle de Nilo era la tierra de *maat*, donde reinaban la armonía y la justicia, donde hombres y mujeres eran iguales ante la ley. Por desgracia, no todos conseguían esa justicia terrenal.

La mujer en cuestión tenía entre 30 y 35 años de edad en el momento de su muerte, lo cual la sitúa al final de su esperanza media de vida, en este caso truncada de forma brutal. El esqueleto es todo un manual de huesos fracturados y curados: las costillas presentan roturas en ambos lados de la caja torácica, mientras que la mano izquierda se rompió por el segundo metacarpo y la muñeca izquierda sufrió una fractura múltiple en los extremos distales del radio y el cúbito, que además tuvo la desdicha de infectarse. Las heridas de la caja torácica sugieren que la mujer fue golpeada por alguien que utilizó ambos puños, como un boxeador castigando a su contrincante. La rotura del metacarpo parece indicar una herida de tipo defensivo, resultado de poner el canto de la mano para evitar ser golpeada por algún objeto contundente. El radio y el cúbito fracturados en su extremo distal son otra lesión defensiva típica, ocurrida casi siempre cuando alguien extiende los brazos hacia delante para detener una caída. Con este cuadro de lesiones, un forense no dudaría en diagnosticar un caso de violencia doméstica. No obstante, todas estas heridas, que parecen haber tenido lugar en momentos distintos y lo bastante alejados entre sí como para poder sanar e incluso detener una infección sin antibióticos, pueden haber sido el resultado de un desafortunado accidente que implicara una caída desde cierta altura. Sin embargo, la otra lesión visible en el cuerpo invalida esa posibilidad. La parte interior de la quinta y la sexta costillas izquierdas presenta una fisura en el extremo cercano al esternón. Se trata de una herida longitudinal realizada con seguridad por la hoja de un objeto cortante. Su presencia en el *interior* de las costillas indica que el

arma penetró por la espalda de la víctima, cerca de la columna vertebral, fracasando en su intento de atravesarla de parte a parte al ver detenido su avance por las costillas. Fue el triste final de una vida de continuos abusos. Es posible que a la pobre le faltaran el valor o la posibilidad de denunciar a su agresor ante las autoridades, como haría siglos después una de las habitantes del poblado de Deir el-Medina:

Año 20, tercer mes del verano, día 1. Día que el trabajador Amenem-o-pe compareció ante el tribunal formado por [siguen siete nombres]

[---] diciendo, «En cuanto a mí, mi marido [---]. Entonces me pegó, me pegó [---]. E hice que trajeran a su madre, el [---]».

Se encontró que no tenía razón, y uno hizo [laguna en el texto] y le dije, «Si tu [---] delante de los magistrados».

Y realizó [un juramento delante del señor] diciendo, «Igual que Amón vive [---]».

*Ostrakon Nash 5 recto.*⁷

No es de extrañar que las enseñanzas sapienciales se esforzaran por evitar este tipo de comportamiento. Pese a consejos como el de la máxima 21 de Ptahhotep: «No seas brutal, el tacto consigue más cosas de tu mujer que la violencia»,⁸ parece que la violencia fue más habitual de lo que sospechamos. Otros dos cuerpos del mismo cementerio de Abydos abundan en esta conclusión.

El primer cuerpo pertenece a un adulto joven de 18 años, con una fractura contusa en la frente, por encima del ojo izquierdo. La herida se produjo con un objeto romo durante la infancia y el golpe fue tan fuerte que el arma dejó una depresión semicircular en el hueso. Parece que el acontecimiento tuvo lugar durante sus años de infancia y no fue el origen de la muerte, pues se curó. ¿Nos encontramos ante el resultado de una diversión un poco violenta entre dos compañeros de juegos o ante un intento deliberado de terminar con la vida de un chiquillo? Más claro es el caso de un hombre de unos 25-35 años, que se rompió el radio al detener con él un golpe con un objeto contundente dirigido contra su cara.

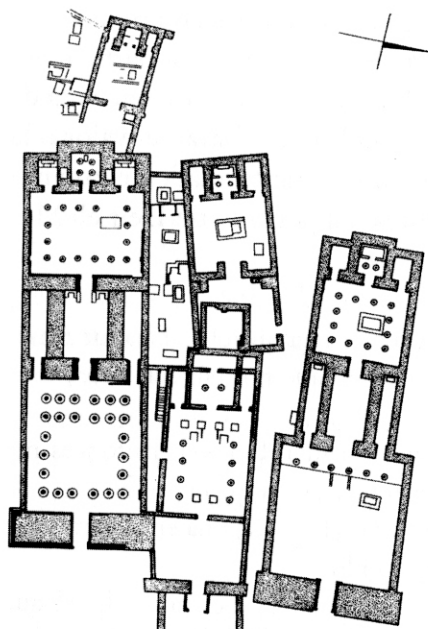


FIGURA 12.4. Planta de las tumbas de Horemheb (izq.), Maya (centro) y Ramose (der.). Saqqara. Reino Nuevo.

tankhamon, el país necesitaba un gobierno estable que le permitiera recuperar el rumbo perdido. Horemheb se afanó en ello durante más de veinte años, tras los cuales falleció sin dejar heredero, lo que supuso la llegada al trono de Ramsés I y el comienzo de la XIX dinastía.

Horemheb se construyó una tumba en el Valle de los Reyes (KV 57) (Fig. 7.12), pero en ella no se encontró su cuerpo. A mediados de la década de 1980 se realizó en Saqqara un descubrimiento de gran relevancia: una tumba construida para Horemheb cuando todavía era un militar destacado y no el futuro faraón (Fig. 12.4). La calidad de la misma es grande, pero el hallazgo más interesante fue el de un esqueleto. Su gracilidad y dimensiones lo identifican con una mujer, que sólo puede ser Mutnodjmet, hermana de Nefertiti y esposa de Horemheb. La pareja se casó cuando ella tenía 20 años y él bastantes más, antes de subir al trono.

Los huesos revelan que Mutnodjmet era una mujer que llevó una vida regalada, durante la cual necesitó realizar pocos esfuerzos físi-

En ocasiones, cuando la arqueología tiene la suerte de encontrar los restos adecuados, la paleopatología permite comprobar que el dolor y la impotencia también son patrimonio de los ricos, en este caso la familia del faraón Horemheb.

Hombre del ejército, del que llegó a ser general, Horemheb llegó al trono siendo una persona de mediana edad, tras el efímero reinado de cuatro años de otro hombre de la milicia, Ay. Son los momentos finales de la XVIII dinastía. Tras los turbulentos años de Akhenaton y el período de retorno a las viejas tradiciones comenzado por Tu-

cos, como sugieren la ausencia de osteofitosis y de artrosis. Su altura se calcula en metro y medio aproximadamente, pero lo más interesante son las causas de la muerte. Los huesos del pubis de la reina presentan una notable asimetría y varias alteraciones en la superficie del hueso, debidas con mucha probabilidad a varios partos difíciles. Como esposa de un hombre de gran relevancia política que carecía de herederos, la obligación y la esperanza de Mutnodjmet era darle ese hijo que lo sucediera como soberano de las Dos Tierras. Sus esfuerzos fueron baldíos y numerosos. Las pérdidas de sangre durante los embarazos unidas a una más que probable anemia de origen parasitario debilitaron mucho la salud de la soberana. Ello no la detuvo. En la sociedad egipcia, su éxito como mujer y esposa se medía por su capacidad de engendrar un hijo que conservara la memoria de sus padres cuando éstos fallecieran. Siendo reina, la presión social era todavía mayor. Sus deseos de triunfar como mujer le costaron la vida, como demuestran los huesos del feto casi completamente desarrollado y listo para enfrentarse al mundo exterior encontrados entre los suyos. A lo que parece, un postrero embarazo a una edad demasiado avanzada y peligrosa terminó con la vida de la esforzada monarca. Dado que, para desgarrarlos con mayor comodidad, ladrones de la tumba llevaron los restos desde la cámara funeraria hasta la sala columnada, no es posible saber si el feto llegó a nacer o si ambos murieron durante el parto, pues ambos se mezclaron durante el traslado.

Afortunadamente, no siempre los ladrones llegan antes que los arqueólogos. Hay ocasiones en que el contenido de una tumba se encuentra en un estado tan perfecto que los paleopatólogos no pueden realizar su trabajo. Desvendar la momia sería una crueldad del todo innecesaria, pues por interesantes que fueran los descubrimientos realizados, eso significaría destruir un documento milenario intacto. Uno de estos casos son las momias de Kha y Merit, halladas en 1906 por Alberto Schiaparelli y Weigal en su tumba, la TT 8, en el cementerio de Deir el-Medina.

En realidad, la pirámide que señalaba la capilla funeraria de Kha había sido descubierta un siglo antes por Bernardino Drovetti, pero como el pozo de acceso a la tumba se encontraba en frente de la capi-

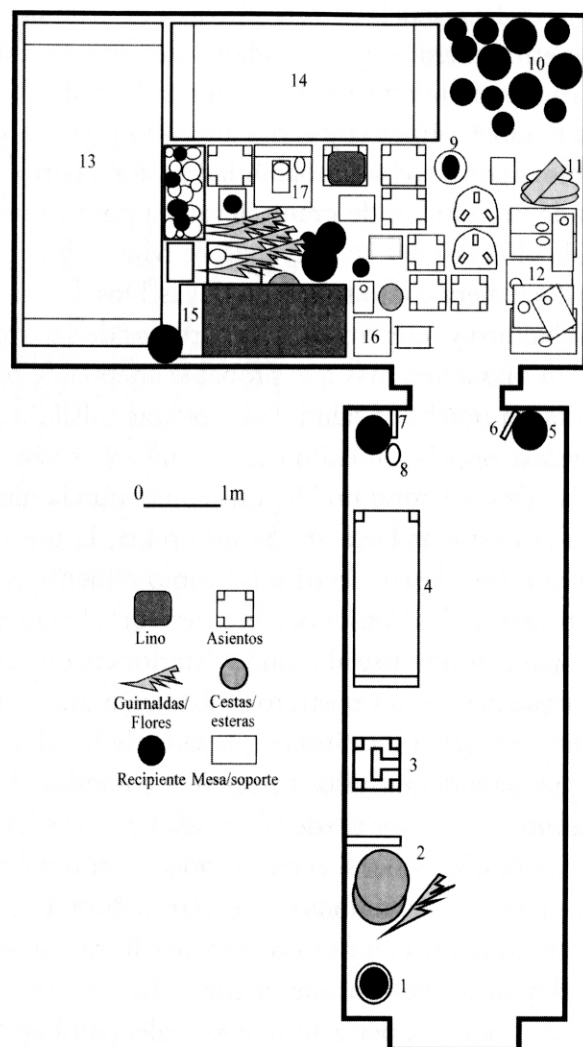


FIGURA 12.5. Planta de la tumba de Kha (TT 8) con la localización aproximada de su ajuar funerario.

lla y no debajo de ella, como es habitual, no había sido hallado hasta entonces y la cripta había permanecido tranquila durante todo este tiempo. Dos muros consecutivos de mampostería protegían la entrada a la antecámara de la tumba, con forma de L (Fig. 12.5). Los objetos de esta primera estancia estaban dispuestos alineados junto a la pared izquierda: junto a la puerta una lámpara (Fig. 12.5.1), después

una pértiga para transportar pesos, cestas y algunas guirnalda de flores (Fig. 12.5.2), una silla-orinal (Fig. 12.5.3) y finalmente una cama (Fig. 12.5.4). Dos recipientes de cerámica flanqueaban la entrada a la cámara funeraria (Fig. 12.5.5), acompañados por un zurriago (Fig. 12.5.6) a la derecha y un bastón de medir forrado con pan de oro a la izquierda (Fig. 12.5.7), signo de su oficio de arquitecto y del cariño que le tenía el faraón Amenhotep II, que fue quien se lo regaló. El acceso a la cripta abovedada estaba bloqueado por un puerta de madera, que después de tres mil años conservaba sus colores como recién pintados. Estaba sellada por un gran cerrojo del mismo material con un asa de bronce en un lado, el cual estaba conectado mediante un resorte a un pomo de madera incrustado en la jamba de mampostería de la puerta. El resorte estaba recubierto por arcilla sellada. Un cuenco con los restos rescos del yeso utilizado para sellar la puerta reposaba junto al bastón de medir (Fig. 12.5.8). Tras serrar el cerrojo, los arqueólogos pudieron penetrar en la tumba.

El interior estaba en perfecto orden, con telas contra el polvo encima de los objetos principales, tal cual las dejó la última persona en salir de la habitación. Justo frente a la puerta y delante de una esquina del sarcófago de Merit, había una alta lámpara de bronce (Fig. 12.5.9) con las cenizas de la última vez que estuvo encendida, consumida lentamente mientras iluminaba durante días el interior silente y eterno de la tumba sellada.

La cámara funeraria estaba repleta de mesas de ofrendas de factura grosera y montones de comida sobre ellas: Algarrobos, vegetales y panes de todos los tamaños y formas. En la esquina situada frente a la entrada había una docena de ánforas de cerámica con harina, vino, uvas y diversos tipos de carne salada (Fig. 12.5.10). Delante había varias cestas cónicas con comino, bayas de junípero y otros alimentos (Fig. 12.5.11). En la pared a mano derecha se apilaban cajas de madera, en las cuales había tela y objetos personales de los difuntos (Fig. 12.5.12).

El extremo izquierdo de la cripta estaba ocupado por el sarcófago de Kha (Fig. 12.5.13), rectangular y de madera, que contenía en su interior dos ataúdes antropoides. El más interno contenía la momia

del arquitecto, vendada con gran cuidado, acompañada por uno de los primeros ejemplares conocidos del *Libro de los muertos* escrito en papiro. El sarcófago de Merit (Fig. 12.5.14) estaba colocado entre el de su esposo y las ánforas. En su interior había un único sarcófago antropomorfo, con la momia cubierta por una máscara dorada. En realidad, el sarcófago fue fabricado en un principio para su marido, pero como ella murió antes que él, se lo cedió. El cuerpo de Merit estaba vendado con menos cuidado que el de su esposo. En la pared frente a este sarcófago, a la izquierda de la puerta, se encontraba la cama de Merit (Fig. 12.5.15), con sus sábanas y colchón en perfecto estado, lista para ser utilizada. A sus pies, junto a la puerta, una caja contenía sus objetos de tocador: peluca, maquillaje, cosméticos, joyeros, cuchilla, peine, pinzas, agujas, además de cestas de lujo con sus ropas (Fig. 12.5.16).

El estrecho pasillo formado por la cama y los dos ataúdes estaba repleto de objetos, dominados por una silla de lujo (Fig. 12.5.17). Sobre ella había telas, *shabtis* y una estatua de Kha cubierta con guirnalda de flores. Alrededor más pertenencias del difunto: una silla plegable con adornos en forma de pato, un soporte para copas, un aguamanil y un recipiente de bronce.

Es una tumba típica de un noble del Reino Nuevo y permite sacar algunas conclusiones de la época y la sociedad en que fue realizada. Si se estudia el ajuar vemos que los objetos inscritos con el nombre de Kha suman un valor total de 3.919 *deben*, mientras que los de su mujer sólo llegan a los 787 *deben*, con unos bienes compartidos con un valor de 129 *deben*. El contenido de la tumba corresponde al salario de toda una vida de un sencillo obrero. Sólo el sarcófago costaba ya sus buenos dineros. Un ostrakon de Deir el-Medina⁹ nos ilumina sobre cuál podía ser el precio, pues nos dice que el carpintero Mose le vendió un ataúd al escriba Amennakht a cambio de un ternero.

La tumba de Kha es típica de los sepulcros de la XVIII dinastía situados en el cementerio oeste de Deir el-Medina, donde se encuentran enterradas las personas con más recursos. En él los hombres se entierran con mucho más lujo que sus esposas. Por el contra-

rio, las tumbas del cementerio este son más igualitarias en cuanto a los gastos para ambos sexos.

Las momias de Kha y Merit no han sido abiertas y sólo se han estudiado mediante radiografías, que han permitido descubrir entre sus vendas diversas joyas, tanto en Kha como en Merit. Hasta ahora esto era lo máximo que se podía conocer de ellas sin destruir las momias, pero como acaba de demostrar el Museo Británico con una de las conservadas en sus vitrinas, un TAC ofrece hoy día unos resultados espectaculares con ningún daño para los cuerpos estudiados.

La momia en cuestión pertenece a Nesperennub y lleva expuesta en el museo desde el momento en que fue adquirida por Wallis Budge en Tebas, durante la última década del siglo XIX. Su ataúd nos informa de su nombre y del de su padre, así como del cargo desempeñado por ambos y en qué templo:

Una ofrenda que el rey concede a Osiris, para que pueda dar vida al «amado del dios», «realizador de las libaciones de Khonsu de Benenet», Nesperennub, hijo del poseedor del mismo título Ankhefenkhons, justificado.

*Sarcófago de Nesperennub.*¹⁰

El sarcófago de su padre y el de su madre, junto a una inscripción dejada por su hijo Nebetkheper en el techo del templo de Khonsu en Karnak, nos permiten reconstruir hasta doce generaciones del árbol genealógico de la familia. La inscripción de su hijo, al estar fechada en el séptimo año de Takelot III (c. 750 a. C.) nos ofrece además la cronología del difunto, la XXIII dinastía. Sin habernos detenido aún en la momia, ya sabemos muchas cosas del muerto, entre las que destacan su pertenencia a una familia bien asentada en los círculos del poder de la ciudad de Tebas. Como el padre de su esposa, Neskhnspakhered, también era sacerdote en el templo y ocupaba el mismo cargo que el padre de Nesperennub, sacerdote encargado de las libaciones, es posible que el matrimonio fuera acordado entre ambos progenitores.

Pasemos ahora al aspecto físico de Nesperennub, accesible gracias al TAC. Con esta técnica se obtuvieron 1.500 secciones digita-

les de la momia, realizadas a intervalos de un milímetro y recombinadas después en un ordenador para obtener una imagen volumétrica completa. Una vez terminado el proceso de unión de las secciones, el volumen puede ser tratado como un objeto «real» y manipulado a placer por los investigadores. La momia puede ser desvendada capa a capa, despojada luego de sus amuletos, de su piel reseca, de sus músculos embalsamados hasta quedarnos sólo con sus huesos virtuales. El grado de detalle conseguido es muy grande (Foto 23), hasta el punto de que la imagen del cráneo permite incluso esculpirla y sobre ella se puede intentar una reconstrucción facial del difunto.

Gracias al TAC sabemos que Nesperennub murió con unos 40 años, ligeramente por encima de la media, y que a pesar de haberse criado en una familia de buena posición, sufrió periodos de carencia alimentaria durante la infancia, pues en los huesos de sus piernas se pueden ver líneas Harris. No presenta ninguna anomalía ósea, si no es una ligera osteoartritis. En general, su salud era buena y conserva todos los dientes, excepto las muelas del juicio, que no le salieron. El desgaste dental le produjo un absceso en el primer molar inferior derecho. Excepto por la dolorosa infección dental, Nesperennub debió de disfrutar de una vida relativamente tranquila en cuanto a la salud respecta, hasta que un cáncer se cebó con él. Es posible que un diminuto agujero visible en la frente por encima del ojo derecho, creado desde dentro del cráneo, sean los restos dejados en el hueso por la enfermedad que lo mató: un tumor cerebral. Desgraciadamente, sólo un estudio directo del tejido podría proporcionarnos algunas claves más. La técnica digital es muy útil, pero todavía no es capaz de realizar análisis químicos o biológicos. El tiempo dirá hasta cuándo.

Las momias en otras culturas

Los egipcios no fueron el único pueblo de la Antigüedad que decidió preservar de la descomposición de la muerte a sus seres queridos. En realidad, ni siquiera fueron los primeros en hacerlo, un honor que le corresponde al pueblo Chinchorro chileno. Se puede decir que hay momias por todo el mundo, repartidas en los cinco continentes, incluida España. Ciertamente es que algunas son producto de la casualidad, merced a la composición del suelo donde fueron depositados los cuerpos (como sucede en las catacumbas de los capuchinos en Palermo) o un acontecimiento fortuito (como el fallecimiento en un glaciar de Ötzi, el «hombre de hielo»), pero otras forman parte de la tradición cultural de esa civilización (como las momias de los reyes y nobles incas).

Los primeros ejemplares de las momias más antiguas del mundo fueron descubiertos en 1917 a dos kilómetros de la playa chilena de Chinchorro, en el desierto de Atacama. Las investigaciones no han cesado desde entonces y hasta el momento se han encontrado cerca de trescientos cuerpos momificados.

Los grupos humanos que componían la cultura Chinchorro parecen haber procedido de la zona de montañas de Arica, desde donde se desplazaron hasta la costa para establecerse, emparedados entre el océano Pacífico y el desierto de Atacama. Allí permanecieron, desde el 7020 a. C. hasta el 1110 a. C., como una cultura sedentaria de pescadores que no conocía la cerámica, ni la metalurgia y tampoco sabía tejer. Pese a todo, su ideología los llevó a crear las primeras momias artificiales conocidas en el mundo, partiendo de la momifi-

cación natural observada en los cuerpos de los antepasados, producida por el carácter desértico de la zona.¹

Entre el 7020 y el 5050 a. C. el pueblo Chinchorro se limitaba a enterrar a sus muertos en el cercano desierto. El proceso de desecación natural es el mismo ya descrito en estas páginas (capítulo 3). Los cuerpos eran depositados estirados sobre la espalda y envueltos con esteras y pieles de camélido. En ocasiones las piernas estaban ligeramente flexionadas y también puede haber algún ajuar funerario: cuchillos de piedra, conchas, anzuelos y redes de pescar.

Las primeras momias artificiales aparecieron a partir del 5050 a. C. Son las llamadas momias «negras», pues ése es el color de los cuerpos como resultado de haber sido pintados con una capa de manganeso (Foto 26). Se trata de unas momias muy complejas en las cuales el cuerpo era «desmontado» y luego vuelto a «montar» como una momia. El primer paso consistía en decapitar el cadáver y cortar le los pies. Seguidamente al cráneo se le cortaba la cabellera y se le quitaba la piel. Una gran incisión central paralela a la cara permitía vaciar el cerebro, secar el cráneo y rellenarlo con hierbas, ceniza, arena, piel de animal o un revoltillo de todos estos materiales. El paso final consistía en atar el cráneo y la mandíbula con una cuerda y dejarlo reconstruido y listo para la última fase del «montaje de la momia». Mientras tanto, el resto del cuerpo había sido despellejado y descarnado, para dejar sólo el esqueleto, que se limpiaba y secaba. Entonces comenzaba la reconstrucción del difunto. Los huesos eran mantenidos unidos mediante cuerdas vegetales en las articulaciones. Tres palos de la longitud adecuada y 1,5 cm de diámetro formaban la estructura central (Fig. 14.1). Dos de ellos se ataban uno a cada tobillo, pasaban por la pelvis, el pecho y llegaban al extremo del cuello. El tercero iba en paralelo a la columna vertebral hasta el sacro. La punta superior de estos tres palos se ataba junta y servía para encajar en ella el cráneo. Los huesos se enrollaban ahora con cuerdas, en ocasiones envueltos primero en esteras para dar volumen a la momia. La segunda fase de la momificación podía comenzar.

El esqueleto así preparado se recubría entero, cabeza incluida, con una pasta blanca de ceniza que reemplazaba la carne del difunto.

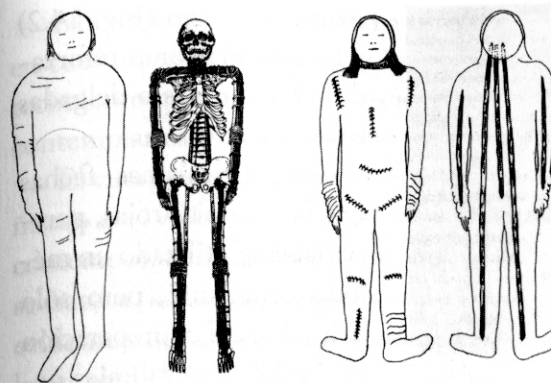


FIGURA 14.1. Estructura interna de las momias negras (izq.) y rojas (der.) de la cultura Chinchorro. Chile.

Una vez terminado el proceso se colocaba encima la piel, por lo general en secciones, si bien en algunos casos está tan bien conservada que parece como si hubiera sido desollada intacta, como si fuera un guante. En el cráneo el toque final consistía en colocar en su sitio la cabellera, asegurada con piel de león marino. La gruesa capa de manganeso dejaba listo para el enterramiento el cuerpo del difunto. Los niños no suelen conservar la piel, y la pasta, más gruesa, se coloca directamente sobre el armazón.

A partir del 2500 a. C. y durante medio milenio las momias cambiaron, tanto de aspecto como de preparación. El cuerpo no era desollado para ser descarnado, ahora se prefería realizar incisiones en los hombros, el abdomen y la ingle, por las cuales se extraían los órganos internos y gran parte de la masa muscular. El interior, vacío excepto los huesos, era secado mediante carbones encendidos. Tras realizarse esta operación se introducían bastones en brazos, piernas y tronco para darle rigidez al conjunto (Fig. 14.1), lo que se completaba con un relleno de ceniza, piel de camélido, plumas, hierbas, tierra y pieles de animales y aves. Una vez terminado el proceso las incisiones se cosían y se incorporaba la cabeza, que había sido separada del tronco para ser vaciada, secada y rellena. Una pasta reemplazaba la carne del rostro, que se modelaba y se cubría con la piel facial del difunto. El toque final consistía en una peluca de pelo humano de hasta 60 centímetros de longitud, sujeta mediante una capa de manganeso. Antes de ser enterrada toda la momia era pintada de rojo con



FIGURA 14.2. Momia roja de la cultura Chinchorro, Chile.

reforzándose con palos el esqueleto. El resultado era vendado con tiras de piel —humana o animal— de unos 2 cm de anchura, utilizándose cuerdas para mantenerlas en su sitio. El cuerpo así preparado se pintaba de rojo y la cabeza de negro. Los fetos, por su parte, recibían un tratamiento especial que los convertía en momias-estatuilla. El esqueleto era limpiado siguiendo el método tradicional y los huesos envueltos en una gruesa capa de barro con la que se modelaba un cuerpo tubular (sin extremidades ni órganos sexuales) con la cabeza grande.

A partir del 2000 a. C. aproximadamente, mientras se realizaban las últimas momias rojas, comenzó a practicarse otro tipo de momificación. En este caso los cuerpos eran ahumados —algunos sin eviscerar y otros eviscerados— y luego recubiertos por completo con una gruesa capa de una mezcla de arena, arcilla y un aglutinante proteínico. Las momias se preparaban en el lugar mismo donde iban a reposar y la gruesa capa que las recubría las pegaba al suelo, literalmente. El cambio ideológico es notable, pues si antes los Chinchorro podían transportar a sus antepasados con ellos ahora los dejaban fijos en un lugar.

Poco a poco, la momificación artificial fue desapareciendo y los cuerpos volvieron a ser enterrados en la arena para convertirse en momias gracias a los esfuerzos de la madre naturaleza. Y la vida continuó para los Chinchorro.

óxido de hierro (Fig. 14.2) y las articulaciones reforzadas con cuerdas o delgadas tiras de cuero.

En las mismas fechas que las momias rojas, parece haberse utilizado un método semejante, pero sólo con niños. La preparación es similar a las momias negras y rojas. El cuerpo era desollado y descarnado, re-

Mientras todo esto sucedía y Egipto seguía su propia evolución en cuestiones de momias, en los Alpes tiroleses tuvo lugar un acontecimiento que cinco mil trescientos años después nos ha permitido contemplar cara a cara a un europeo de la Edad del Cobre: Ötzi.

El cuerpo fue descubierto por una pareja de amantes del montañismo en 1991 y al principio se pensó que era un trágico accidente contemporáneo. La verdad no tardó demasiado en hacerse evidente: se trataba del cuerpo congelado de un hombre prehistórico. Dado su evidente valor arqueológico, austriacos e italianos se enfrentaron por la propiedad de la momia, que terminó por morirse a sólo 92,56 metros de la frontera austriaca, en la región autónoma italiana del Tirol del Sur, esa parte de Austria concedida a Italia como botín de guerra tras el fin de la primera guerra mundial. El cuerpo comenzó a ser estudiado en la Universidad de Innsbruck, hasta que fue definitivamente trasladado al Museo de Arqueología de Tirol del Sur, en la ciudad de Bolzano (Italia) en 1998.

Ötzi, un varón de mediana edad, iba vestido para soportar adecuadamente las frías temperaturas de la región alpina, pero no en época invernal. Su ropa interior consistía en un cinturón del que colgaban, delante y detrás, dos trozos de tela a modo de mandil y al que se ataba las tiras de piel que sujetaban erguidas las perneras que cubrían sus extremidades inferiores. Un sobretodo de piel de cabra cubría todo el conjunto hasta las rodillas, y como abrigo final se protegía con una especie de poncho largo de hierbas y un bonete de piel. Los pies iban protegidos dentro de unas calzas de piel rellenas de hierba. Una pequeña bolsa de piel colgaba del cinturón.

Junto a él se encontró un cuchillo de piedra y su funda, un hacha con mango de tejo y hoja de cobre, un arco largo sin montar de madera de tejo, un carcaj de piel de ciervo con dos flechas terminadas y doce astiles sin punta. Una mochila de corteza de alerce y piel, y dos recipientes de corteza del mismo árbol habrían contenido sus provisiones.

La infancia de Ötzi transcurrió en el valle del Isarco, como demuestra el análisis de isótopos de uno de sus dientes. Posteriormente su vida transcurriría entre los valles del Senales y del Venosta; pues los

isótopos de sus huesos son similares a los del suelo y el agua de estas dos zonas. Era un hombre anciano para la época (cuarenta y cinco años), que en los seis meses anteriores a su muerte sufrió tres enfermedades graves, las cuales dejaron su marca en la única uña que ha conservado la momia. Además, restos de gusanos tricocéfalos sugieren problemas intestinales que, sin embargo, no le impidieron comer: unos días antes de fallecer se alimentó de carne de íbice y vegetales, mientras que su última comida estuvo compuesta de ciervo y cereales.

Se ha sugerido que Ötzi era un pastor trashumante, pero la presencia de más de medio centenar de tatuajes mágicos en la parte inferior de la espalda, la pierna izquierda y la rodilla y el tobillo derechos, junto a la riqueza de su equipo de caza sin terminar y la presencia de una piedra mágica (una bola de mármol traspasada por una tira de cuero con nudos), parece sugerir que quizá fuera en realidad un chamán.

En cualquier caso, unos días antes de fallecer tuvo un mal encuentro, pues la mano derecha presenta una herida defensiva, con un profundo tajo de 4 cm de longitud en la palma que posiblemente le dejara inútiles dos dedos. Además, la capa, el cuchillo y una flecha rota que utilizó como punzón contienen restos de sangre de cuatro personas distintas a Ötzi. El ataque parece haber fracasado, pero obligó a nuestro protagonista a huir del poblado, situado en el valle del Venosta, como parece confirmar la mica encontrada en sus intestinos, procedente de la zona donde confluyen los ríos Adigio y Senales (allí se encuentra el yacimiento de Juval, de la Edad del Cobre). Era primavera, como indican los restos de polen germinado de carpe negro hallados en su tracto digestivo, los cuales sugieren además que alcanzó el punto donde murió (el paso de Teisenjoch) tras haber caminado unos 20 kilómetros desde el pie de las montañas. Estaba huyendo y para despistar a sus seguidores no siguió el camino más derecho, sino que parece que subió, bajó y volvió a subir por la ladera de la montaña, lo cual dejó en su estómago una capa de polen de carpe negro emparedada entre dos capas de polen de pino.

Pese a sus esfuerzos, Ötzi no consiguió burlar a sus enemigos. Cuando estaba a punto de culminar y comenzar el descenso por la

otra vertiente de la montaña, un arquero situado en una posición más baja que él le disparó una certera flecha al omóplato izquierdo, atravesándolo y seccionando la arteria subclavia. La rápida pérdida de sangre le provocó un choque hemorrágico que dejó al cerebro sin oxígeno, haciéndole marearse y sudar pese a las bajas temperaturas. No tardó en desmayarse y caer al suelo, donde la muerte le sobrevino con rapidez. Apenas habían pasado unos minutos desde que fuera herido. El asesino era un arquero experto, pues el punto alcanzado por la flecha es el preferido de los cazadores para matar a sus presas de un sólo disparo. Quizá por esa razón, para que nadie pudiera reconocer su flecha, al ver que Ötzi ya no se movía se acercó a él para arrancarle el astil, dejándole incrustada la punta de flecha de piedra. Allí sería encontrada después gracias a una tomografía.

El frío de la montaña impidió el comienzo de la descomposición y en los días subsiguientes se produjo la cadena de fortuitas circunstancias que convirtió a Ötzi en una momia de hielo. Cinco milenios después, una nube de arena procedente del Sahara provocó una pequeña ola de calor que derritió la nieve del glaciar lo suficiente como para permitir el descubrimiento de esta momia fascinante.

Igual de fascinadoras, pero mucho más intrigantes, son las momias chinas de la región de Ürümchi. Cuando llegaron a oídos de los periódicos europeos, en 1994, todos destacaron la increíble altura de algunas de ellas, su estado de conservación, sus ropajes de brillantes coloridos con diseños de cuadros escoceses y su gusto por los sombreros de todo tipo, desde boinas hasta picudos sombreros de «bruja», pasando por bonetes de tipo frigio. Pero en lo que más hincapié hicieron fue que se trataba de momias caucasoides. ¿Qué hacían hombres blancos en medio de China? Los amantes de la pseudohistoria no tardaron en hincarle el diente al descubrimiento, que en realidad resulta mucho más prosaico, sin por ello perder nada de su interés.

Si bien el público sólo conoce las momias más llamativas, aquellas que mejor quedan en las páginas de color de los semanarios, lo cierto es que son miles las que se han excavado, expoliado, destruido y conservado. Las momias de la región son naturales y datan de entre

el 1800 a. C. y el siglo II d. C. No es nada extraño que abunden, pues la geología y la climatología de la zona son propicias para la momificación natural. Las más antiguas son las más vistosas, como la «Bella de Krörän» o «el hombre de Chärchän», junto a su esposa y su hijo, «el niño azul», encontrado en una tumba cercana. En cuanto a sus rasgos caucásicos, no muy del gusto de las autoridades chinas, se deben probablemente a su origen en las estepas situadas al norte del Asia central oriental. Los extremos se tocan, de modo que no es extraño que gentes caucásicas de los límites orientales de Europa terminaran por penetrar en la región que señala el límite occidental de lo que luego ha sido China. Sólo ahora está comenzando a ser estudiada la evolución e influencia de estos grupos en la región, algo que no sucede con las momias de las turberas, que vienen siéndolo desde el siglo XIX.

Las momias de las turberas son algo típico del norte de Europa, aunque se han encontrado dos de ellas en Grecia y otras muchas más en el resto del mundo. Un recuento laxo sitúa su número en dos mil ejemplares; pero otro mucho más restrictivo limita la cantidad a 122 cuerpos. En cualquier caso, su distribución geográfica es tan amplia como su cronología, pues una mujer de unos 20-25 años encontrada en Koelberg (Dinamarca) data del 10.000 a. C., a comienzos del Mesolítico, mientras que las momias más modernas pertenecen a soldados alemanes que lucharon en la segunda guerra mundial y murieron en el frente ruso.

La existencia de estas momias naturales se debe al medio físico donde se forman. Las ciénagas son lugares con poca variedad de especies vegetales, entre las cuales domina el musgo esfagno, responsable principal de la conservación de los cuerpos. El agua estancada de estas ciénagas posee una escasa cantidad de oxígeno, limitada además a la capa superior del líquido, de modo que los cadáveres sumergidos de inmediato en estas aguas a más de 30-40 cm de profundidad se encuentran con un entorno anaerobio y bastante ácido, libre de las bacterias que descomponen la materia orgánica y con capacidad para inhibir el crecimiento de las que hayan podido llegar con el cuerpo. Una sustancia llamada esfagnato contenida en el musgo se

encarga de terminar el proceso de momificación. Al morir y descomponerse, el musgo la libera y cuando entra en contacto con los cuerpos los descalcifica y los curte, de ahí el aspecto oscuro y como de cuero de muchos de ellos.

Las ciénagas son lugares naturalmente peligrosos y ocultos, perfectos para perderse, emboscarse a la caza de incautos que asaltar y esconder los cadáveres que no se desea que vuelvan a ser encontrados. Cualquiera de estas circunstancias permite explicar algunas de las momias encontradas en ellas. Tanto es así que en 1983, al escuchar en la televisión el descubrimiento de una cabeza en la turbera de Lindow, un arrepentido ciudadano británico se acercó a comisaría a confesar el asesinato de su esposa 20 años atrás, cuyo cuerpo había ocultado justamente allí. Su sorpresa y la de la policía fue enorme cuando los especialistas diagnosticaron que, en realidad, se trataba de un cuerpo de dos mil años de antigüedad.²

Muchas momias de las turberas presentan unas características comunes bastante definidas, que hacen pensar en una explicación diferente a la del mero asesinato. Entre las momias fechadas en la Edad del Hierro predominan los cuerpos juveniles y de adultos jóvenes de ambos sexos, con deformidades corporales en un elevado porcentaje de ellos. Además, en casi todos los casos parecen haber sido asesinados de forma ritual inmediatamente antes de ser depositados con cuidado dentro de la ciénaga. El hombre de Tollund (Fig. 14.3) reposa tranquilo, desnudo y en posición fetal, con la cuerda que sirvió para estrangularlo todavía anudada al cuello. Una cuerda similar llevaban el hombre de Borremose, la mujer de Elling o la chica



FIGURA 14.3. El hombre de Tollund. Dinamarca. Edad del Hierro.

de Yde. Otros sufrieron una muerte más violenta, como el hombre de Grauballe, al que golpearon con violencia en la cabeza antes de cortarle la garganta con tanta fuerza que seccionaron el esófago. El análisis de los intestinos de esta momia demuestra que poco tiempo antes de fallecer comió un potaje de vegetales y algunos pedacitos de carne, sin rastro alguno de fruta fresca, verduras, hierbas o bayas.

Este tipo de asesinato ritual es posible explicarlo de dos maneras. Por una parte se puede sugerir que los cuerpos momificados pertenecen a personas que rompieron la normativa social del grupo donde vivían y como resultado éste decidió deshacerse de ellos. Por la otra, se podría considerar que la presencia de las momias responde a una ceremonia propiciatoria relacionada con algún acontecimiento catastrófico o, sencillamente, con una tradición ancestral con las divinidades del bosque. Nada, en realidad, se sabe de las momias de los pantanos, aunque las aparentes deformidades físicas de muchas de ellas dan qué pensar respecto a su posible función como chivos expiatorios. Por ejemplo: Lindow III tiene un dedo vestigial; la chica de Yde poseía una ligera escoliosis; la mujer de Zweeloo posee unas extremidades superiores e inferiores anormalmente cortas; de los dos hombres de Dojringer, uno tiene el brazo derecho más corto que el izquierdo, espina bífida y dos trepanaciones, mientras que el otro posee el brazo izquierdo más corto y en el cráneo una herida curada; el niño de Kayhausen tiene una cadera dañada que le impedía andar con normalidad; y la mujer de Elling sufría de osteoporosis.

Bastante más claro está el motivo de la existencia de las momias chinas de la dinastía Han (206 a. C.-220 d. C.), las más conocidas de las cuales son las de la esposa del marqués de Dai (Fig. 14.4) y la de Sui Xiaoyuan, un alto funcionario de distrito del rango noveno.

La tradición china consideraba que el cuerpo había de ser entregado por entero bien a la tierra bien al cielo, lo cual implicaba que se había de procurar no dañarlo durante la inhumación. La práctica terminó por determinar que el mejor modo de preservar el cuerpo era depositarlo dentro de un sarcófago estanco y enterrarlo. El resultado de esta práctica es la conservación de los cuerpos, pues al faltar

el aire dentro del ataúd las bacterias necrófagas no pueden desarrollarse y no tiene lugar la descomposición del cuerpo. El proceso se describe en textos como *El libro de los ritos* y era muy sofisticado, lo cual lo limitaba a la clase alta. El primer paso era lavar el cuerpo con un alcohol perfumado, tras lo cual era vestido y envuelto en telas. El penúltimo paso antes del enterramiento era colocarlo sobre una plancha de madera y luego enterrarlo en hielo o agua muy fría. Por último, el cadáver se introducía, junto a varias sustancias entre las que estaba el cinabrio, en varios ataúdes consecutivos muy ajustados. Una vez depositados en la tumba, ésta también se sellaba. Excavadas en un terreno propicio y en una región con el

clima adecuado para la momificación natural, no es de extrañar que se hayan descubierto varias tumbas intactas de la dinastía Han.

El grupo de tumbas de la dama Dai apareció en la ciudad de Changsha (provincia de Hunan) en 1972-1973, al sacarlas a la luz la excavación de unos cimientos. La tumba 1 pertenecía a la dama Dai, llamada Xin Zhui; la tumba 2 pertenecía a su esposo, Li Chang, marqués de Dai y primer ministro del rey de Changsha; la tumba 3 pertenecía al hijo de ambos. Los textos en hojas de bambú que los acompañaban permitieron fechar con exactitud las tumbas. El padre murió en el 186 a. C, el hijo en el 168 a. C. y la madre después que ellos, pues su tumba se superpone a las de ambos.

Los ataúdes de la dama Dai reposaban sobre una estructura central de madera construida sin clavos, con cuatro cámaras laterales para las ofrendas. Estaba aislada del terreno circundante por una gruesa capa de carbón de entre 30 y 50 cm. Una segunda capa de



FIGURA 14.4. La dama Dai. China, dinastía Han. Museo Provincial de Hunan.

arena cubierta de arcilla blanca rodeaba todo el conjunto. Este aislamiento creó un hermetismo que no dejó penetrar el agua en el interior y protegió durante siglos su contenido. El cuerpo de la dama Dai, de 1,54 metros de altura, 34,3 kilos de peso y unos 50 años de edad, reposaba de espaldas y estaba perfectamente conservado (Fig. 14.4). Los forenses que realizaron la autopsia se encontraron un cuerpo hidratado, con los tejidos blandos como la piel o los músculos todavía elásticos, ¡las articulaciones todavía podían doblarse! Se comprobó entonces que la dama Dai sufrió muchas enfermedades, como arterioesclerosis, piedras (una piedra del tamaño de una judía en el conducto biliar y otra más pequeña en el conducto hepático), esquistosomiasis, envenenamiento por mercurio y plomo, lombrices y una fractura mal curada del cúbito y el radio derechos. Su estómago contenía 138 pepitas de melón sin digerir, que hacen sospechar que murió de un ataque al corazón al poco de comer o quizá de una arritmia provocada por un cólico biliar. Entre las ofrendas funerarias había muebles, ropas (la momia estaba envuelta en 20 capas de tela y ropajes), cerámica, seda, tallas de madera, instrumentos musicales y los inefables alimentos: pescado, huevos, frutas, carne y arroz.

También en la década de 1970, en la provincia de Hebei se encontraron los cuerpos de varios de los reyes de la dinastía Han, cuya característica más sobresaliente es que fueron depositados dentro de un «traje» formado por miles de plaquitas de jade cosidas en las esquinas con hilo de oro. El jade se pensaba que era un material conservante y mágico, utilizado en las pócimas preparadas por los alquimistas chinos para alcanzar la inmortalidad. Los textos nos hablan de él a partir del siglo IV d. C., pero la arqueología nos demuestra que el concepto del jade como preservador de los cadáveres data de medio milenio antes, la fecha de las momias de jade. Por desgracia, la realidad biológica se impuso a los deseos de los mandatarios chinos y todas las momias de jade encontradas (no llegan a las dos docenas) únicamente contienen en su interior esqueletos.

Algo más que esqueletos son las momias guanches (Fig. 14.5), el pueblo que habitaba las islas Canarias antes de la llegada de los ejércitos castellanos en el siglo XV. Las pocas pruebas de radiocarbono



FIGURA 14.5. Momia guanche, llamada de san Andrés. Tenerife.

realizadas a las escasas momias que sobreviven las sitúan entre los años 400 y 1400 d. C. Los difuntos se enterraban en cuevas funerarias, atados a planchas de madera y envueltos en pieles de cabra. En su mayoría se trata de varones adultos, pero la escasa muestra conservada no permite afirmar si ello es debido a una costumbre social, porque también se han identificado algunos ejemplares subadultos y varias mujeres. Los cadáveres eran eviscerados por medio de varias hendiduras en el cuerpo (hombros, cuello, pecho y abdomen) y luego rellenos con arena, agujas de pino, gofio, corteza de árbol y sustancias de todo tipo. El clima seco al que quedaban expuestas las cuevas funerarias se encargaba de hacer el resto; hasta el punto de momificar también otros cuerpos que no fueron tratados de este modo.

Poco después de terminar la conquista de las Canarias, los españoles encontraron más momias; pero esta vez en el nuevo continente, recién descubierto gracias a los esfuerzos de Colón. En el virreinato del Perú los españoles se encontraron con momias de todas las épocas y períodos, pues la costumbre de dejar momificar de forma natural los cuerpos, ya fueran los de todo el grupo o sólo los líderes del poblado, se remonta a antes de la aparición del Estado en Egipto y Mesopotamia. Las primeras momias peruanas conocidas datan del 4000 a. C., siendo una costumbre que continuó hasta el siglo XVI, con las momias de los reyes y la nobleza provincial inca. Entre medias hubo muchas culturas que momificaron a sus miembros o al menos a una parte de ellos, como puedan ser los Chavín (900-200 a. C.), cuya influencia en el posterior desarrollo de la región fue muy importante. También se conocen momias de la cultura



FIGURA 14.6. Momia de clase baja de la cultura Paracas. Perú.

Paracas (400-100 a. C.), influida por la anterior. Las momias de la clase baja y media (Fig. 14.6) de esta cultura consistían en un cuerpo acucillado sobre una piel, dentro de una cesta, rodeado de varias capas de ropa y la cabeza ataviada con varios tocados de tela. Unos cuantos sudarios de algodón envolvían el conjunto, a su vez oculto bajo 15 capas de tela entreveradas con ofrendas funerarias como armas, cerámica, etc. Estas momias se depositaban en cavernas y son de ambos sexos y de todas las edades, mientras que las momias de la elite (varones de edad avanzada) se enterraban en necrópolis especiales. El sistema era el mismo, pero más lujoso y el paquete que formaban las momias, de-

secadas al absorber las telas los fluidos de la descomposición, estaba coronado por una cabeza artificial. Entre el año mil y la llegada de los españoles varias culturas peruanas practicaron la momificación natural, como pueden ser los Chiribaya, pero las más interesantes son sin duda las momias incas.

Como hijos del sol que eran, los reyes incas se consideraban divinos y a su muerte sus cuerpos habían de ser preservados de la descomposición. El nuevo soberano necesitaba legitimarse y su acceso a los cuerpos de los anteriores dioses que habían gobernado el país le confería una autoridad añadida. Como fuente de poder que eran, las momias de los reyes quedaban ocultas a la vista de todos excepto en ocasiones especiales, como podía ser la celebración de los solsticios en el templo del sol en la capital, Cuzco. Se desconoce el método de momificación utilizado, siendo imposible saber si se trataba de algo natural o si por el contrario era antrópico. Quizá se pueda sugerir como parte de la técnica una exposición de los cuerpos —más o me-

nos prolongada y en condiciones vigiladas— a los rayos del dios sol, que amén de ser el origen de la realeza ayudaba así a conservar los cuerpos. En cualquier caso, a su muerte el cadáver del soberano era depositado en cucullas en un asiento especial, con las rodillas bajo la barbilla, con trocitos de oro en la boca, puños y pecho. A continuación era vestido con ropas de la mejor calidad y un mes después la momia era depositada en su tumba (Fig. 14.7). Tras las ceremonias funerarias, la momia quedaba al cuidado de servidores especiales pertenecientes a la familia del soberano. No sólo recibían de ellos alimentos y cuidados, sino que también podían manifestar su opinión por su intermedio.

Uno de los requisitos de los funerales de un rey inca era el sacrificio ritual de sus esposas y concubinas principales, acompañado por el de animales y siervos. En todas las provincias del imperio se escogía un niño o joven, sin importar su sexo y quizá perteneciente a la nobleza local, el cual era sacrificado para la ocasión como punto culminante de un complejo ritual. Este tipo de sacrificios también podía producirse cuando se intentaba aplacar a los dioses tras una serie de desastres naturales importantes, como pudiera ser un terremoto devastador.

Tras ser conducidas a Cuzco para ofrendar su muerte a la momia del rey, las víctimas eran llevadas de nuevo a sus provincias de origen para la fase final del ritual, conocido como *capac hucha*. El sacrificio tenía lugar en la cima de las montañas, a miles de metros de altura, por lo general por encima de los cinco mil metros. Sedadas con coca o borrachas con chicha, las víctimas eran dejadas morir a la intemperie, lo cual no tardaba mucho en suceder debido a las bajas temperaturas. Los cuerpos eran depositados después en los cimientos de las plata-



FIGURA 14.7. La momia del inca Guainacapac, su esposa y un servidor siendo transportadas hasta Cuzco para ser enterradas.

formas para realizar ofrendas, donde han comenzado a ser descubiertos en los últimos años y, dada su excepcional conservación (Foto 27), llegado de inmediato al gran público merced a los medios de comunicación.

Tan extendida como estuvo en su momento esta práctica entre determinadas culturas, hoy día la momificación ha quedado reservada para determinados personajes públicos, como Lenin o Evita, cuyos herederos desean ver conservados sus cuerpos por motivos políticos, con la intención de convertirlos en iconos. En la cultura anglosajona, cuya tradición funeraria contemporánea parece exigir la realización de las exequias en un ataúd abierto, el embalsamamiento es algo habitual. En el resto de Europa suele quedar limitada a personajes de relevancia social expuestos al público para recibir un último adiós por parte de la población, como pueda ser el caso del Papa. Los occidentales no parecemos demasiado interesados en preservar nuestro cuerpo para la eternidad. Algo completamente diferente al modo de pensar de algunos monjes budistas japoneses, que llegaron a practicar la automomificación. Su conversión en momias cuando todavía estaban vivos era vista como un medio de transformarse en Buda mediante la conservación del cuerpo. El proceso era lento. Durante 2-4 años el monje modificaba su dieta y prescindía de varios alimentos concretos, gracias a lo cual terminaba muy debilitado, habiendo perdido casi toda la grasa y los músculos. Llegados a este punto, disminuía gradualmente la ingestión de agua, falleciendo poco después. Casi sin grasa corporal y muy deshidratado, el proceso de la descomposición tenía poca materia prima para actuar. Una pequeña desecación inmediatamente después del fallecimiento terminaba por asegurar la conversión en momia del cadáver del monje.

Con todo, el deseo de perdurar no se ha extinguido por completo entre nosotros y es evidente en aquellas personas que se someten a conservación criogénica. En realidad son momificadas vivas, o recién muertas, con la esperanza de resucitar años después, cuando se haya encontrado una cura para la enfermedad que los aquejaba. Quizá en un tiempo lejano sus cadáveres ayuden a los paleopatólogos del futuro a comprender mejor nuestra sociedad.

15

La maldición de la momia

Los muertos han de reposar en paz. Turbar su descanso ha sido considerado siempre y en todas las culturas un acto malvado, el cual debe acarrear consecuencias nefastas para el osado saqueador de la tumba. La desaparición de alguien a quien amamos es un acontecimiento doloroso, que comienza a superarse al entregar su cuerpo a los adecuados ritos funerarios. Saquear una tumba significa, amén de una falta de respeto hacia el difunto, traer de nuevo a la memoria de su familia los tristes momentos que precedieron a la desaparición de ese ser querido. La idea de alguien profanando la tumba de nuestros familiares hace surgir de lo más profundo de nosotros el deseo de castigar al ladrón. Al actuar los saqueadores de forma taimada, protegidos por el anonimato y aislamiento de la necrópolis, los familiares se ven inermes ante ellos. Para evitarlo se recurre a la justicia proporcionada por los propios dioses en forma de ley no escrita, pero firmemente afianzada: «No se debe saquear una tumba, pues quien lo hace recibirá su castigo a manos de los dioses». La idea queda ahí, en forma de latente amenaza destinada a proteger a nuestros difuntos del gen de la avaricia.

En el antiguo Egipto, la riqueza enterrada junto a los muertos ha sido desde el período predinástico el motivo para convertir el robo de tumbas en una tradición nacional. En muchos casos las tumbas eran saqueadas apenas unos días después de realizada la inhumación. Los ladrones conocían perfectamente dónde excavar y cómo sortear las medidas defensivas de los sepulcros. No es de extrañar que, dado el valor mágico otorgado por la cultura faraónica a la palabra escrita,

Conclusión

Como hemos visto a lo largo de las páginas anteriores, las momias son mucho más de lo que a simple vista parece. Gracias a ellas podemos profundizar en aspectos muy específicos de nuestro conocimiento de la civilización faraónica, en especial las personas que la crearon y vivieron. Momificar un cuerpo significa conservarlo y al hacerlo llega hasta nosotros un pedacito de historia, que revive ante nuestros ojos si lo dejamos hablar; motivo por el cual las momias ofrecen a los egiptólogos, historiadores y paleopatólogos un inmenso campo de estudio.

Con el paso de los siglos, en el valle del Nilo se desarrolló una de las técnicas más refinadas de momificación artificial que se conocen. Los embalsamadores egipcios podían ser muy cuidadosos y, en algunos casos, se tomaban muchas molestias para conseguir que los cuerpos en los que trabajaban quedaran naturales: pegar una cabeza desgajada, rellenar una nariz con tela para que conservara su forma, dotar de extensiones de pelo artificial al cabello de una reina, meter una pequeña peña de barro en el escroto de un hombre para que pareciera que tenía testículos... Pero también se dio el caso contrario: piernas rotas por los tobillos para que cupieran en un ataúd demasiado corto, vasos canopos rellenos con vísceras que no eran sino un montón de trapos, momias de animales que en realidad eran unos meros huesos revueltos con barro...

Al mismo tiempo, la inversión económica que los egipcios realizaban para preparar su muerte era notable, llegando a convertirse en el esfuerzo de toda una vida. No todos podían permitirse los mismos

lujos, pero quien más y quien menos se enterraba junto a algunas ofrendas funerarias; procurando al mismo tiempo disponer las cosas para que, una vez desaparecido, sus vástagos se encargaran de mantener viva su memoria mediante las ofrendas diarias.

Cuando nos acercamos a estas cápsulas del tiempo que son las momias egipcias, con el respeto que merecen y el ansia de saber que provocan, estamos teniendo el privilegio de preguntar directamente a los protagonistas de la historia. Si es un faraón, podemos contrastar su imagen real con la que nos ofrecen los textos históricos; si es un obrero encargado de erigir una pirámide, comprobaremos cómo su salud se resintió de resultados de su dura labor diaria; si es un noble, sus huesos nos hablarán de una dieta rica en proteínas animales y escaso trabajo físico... Entre los tres nos dicen: así es como éramos y así vivíamos; por eso las momias son un tesoro, otro más de los muchos que guardan las arenas del desierto egipcio.

Notas

INTRODUCCIÓN

1. Sobre esta sustancia, véase la nota 13 del capítulo 3.

CRONOLOGÍA

1. Según Baines y Malek, 2002.

1. LAS PRIMERAS MOMIAS EGIPCIAS EN EUROPA

1. Sabedor de su valor y convencido de sus propiedades, en 1809 el sah de Persia envió una muestra del maravilloso medicamento a la reina de Inglaterra.
2. Paré, A.: *Discours de la mumie*, 1582, p. 8.
3. La pasta de madera no se empleó en la fabricación de papel hasta años después.
4. Unidad de medida que equivale a unos 2,5 gramos. El peso varía ligeramente según el período histórico del que se trate.
5. Vernus, P.: *Affaires et scandales sous les Ramsès*, 1993, pp. 19-20.
6. Vernus, P.: *Affaires et scandales sous les Ramsès*, 1993, p. 27.
7. De las tres grandes colecciones que reunió Salt, la primera fue vendida al Museo Británico, que le pagó menos dinero del que había invertido en conseguirla. Escamado por la tacañería de sus compatriotas, no puso objeciones a que la segunda fuera estudiada por Champollion, quien convenció al rey de Francia para que la comprara para el recién creado Museo

del Louvre, a un precio acorde con su valor. La tercera, finalmente, fue subastada por Sotheby's en un millar de lotes; sus ganancias fueron importantes.

8. Quien a la vez mantenía un lucrativo negocio de fabricación y venta de falsificación de piezas egipcias de gran calidad.

9. Son más conocidas como las momias de «los dos hermanos», aunque los estudios realizados sugieren que en realidad no eran familiares, pues existen 30 años de diferencia de edad entre ellas y sus características raciales difieren demasiado.

2. LOS ORÍGENES DE UNA COSTUMBRE ANCESTRAL

1. El cuerpo apareció sentado, con la espalda apoyada contra la pared de un antiguo pozo de extracción de pizarra, orientado hacia el este y con la cabeza mirando al cielo. Las piernas estaban muy encogidas y giradas hacia la izquierda. El brazo de ese mismo lado reposaba doblado sobre la pelvis y el derecho estaba estirado detrás de la espalda.

2. En los papiros donde se conserva la sentencia con la cual se castiga a los perpetradores de la conjura contra Ramsés III, los nombres de los condenados aparecen tergiversados, de modo que no sólo no se conserve para la eternidad, sino que el apelativo con el que se los conozca les produzca ignominia. Entre los condenados tenemos a Pabakkamen «ese servidor ciego» y a Mesedsure «Ra le odia», cuyos nombres reales probablemente fueran Pabakenimen «el servidor de Amón» y Merire «el amado de Ra».

3. Roccati, A.: *La littérature historique sous l'Ancien Empire égyptien*, 1982, pp. 217-218 § 205.

4. López, J.: *Cuentos y fábulas del antiguo Egipto*, 2005, p. 51.

5. Allen, J. P.: «Funerary texts and their meaning», en D'Auria, S. (*et al.*): *Mummies and magic*, 1988, p. 44.

6. Wente, E.: *Letters from Ancient Egypt*, 1990, p. 215.

7. Allen, J. P.: «Funerary texts and their meaning», en D'Auria, S. (*et al.*): *Mummies and Magic*, 1988, p. 44.

8. Se explica entonces el interés que tuvieron los nobles del Reino Antiguo por enterrarse en las proximidades de los complejos funerarios de los faraones. Cuanto más cerca, más fácil sería recibir el influjo renacedor del rey.

9. *Textos de las pirámides* 582 § 1566-1567 (Allen, J. P.: «Funerary texts and their meaning», en D'Auria, S. (*et al.*): *Mummies and Magic*, 1988, p. 45).

10. *Textos de las pirámides* 503 § 1080 (Faulkner, R.: *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*, 1969, p. 179).

11. En realidad, es muy probable que las gentes del común conocieran por transmisión oral alguno de los conjuros y los utilizaran durante sus funerales.

12. Pir. 219 § 167 (Faulkner, R.: *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*, 1969, p. 46).

13. También se conocen unas pocas copias en papiro y en las paredes de algunas tumbas.

14. Como veremos en el capítulo 5, ataúd y sarcófago son cosas distintas, de modo que el nombre *Textos de los sarcófagos* es equívoco, pues realmente se escribían en los ataúdes. Procede de la tradición francesa, que los llama *Textes des sarcophages*; en cambio, la tradición inglesa sí hace la distinción, pues los llama correctamente *Coffin Texts* y no *Sarcophagi Texts*. Para evitar confundir al lector, seguiremos utilizando la expresión consagrada en español por el uso: *Textos de los sarcófagos*.

15. Hasta tal punto fue así, que en torno al *Libro de los muertos* se creó toda una «industria» editorial. Los textos se copiaban e iluminaban en papiros, dejándose en blanco el nombre del difunto, que se rellenaba *a posteriori* con el del comprador. En algún caso, el difunto era mujer y no siempre se hizo concordar el género de todo el texto, lo que ha producido a los egiptólogos algún que otro quebradero de cabeza.

16. Unidad egipcia de medida de superficie que equivalía a 0,25 ha.

17. Barguet, P.: *Le livre des morts*, 1986, pp. 163-164.

18. Los egipcios consideraban que en el corazón residían la inteligencia y las emociones del ser humano.

19. Los faraones contaban con la ayuda adicional de los demás textos funerarios.

20. Weeks, K. R.: *The Treasures of Luxor and the Valley of the Kings*, 2005, p. 328.

3. EL PROCESO DE LA MOMIFICACIÓN

1. Sutton Hoo es un yacimiento anglosajón (siglos VI-VII d. C.) localizado al sureste de Gran Bretaña. Allí se encontraron varios túmulos funerarios, entre ellos la tumba de un rey, enterrado en su barco con un magnífico ajuar funerario.
2. Muchas de las víctimas de la erupción del Vesubio que arrasó las ciudades de Pompeya y Herculano en el 79 d. C. quedaron enterradas bajo la ceniza expulsada por el volcán, que al poco terminó solidificándose. Sus cuerpos quedaron así sellados en una tumba natural y, al descomponerse, dejaron en el terreno un hueco con su forma exacta. Cuando G. Fiorelli dirigió los trabajos de excavación de la ciudad (1860-1875), descubrió que si rellenaba con yeso los huecos que se encontraban al excavar se obtenían «estatuas» de las personas muertas dos mil años atrás. Estatuas que reproducían perfectamente no sólo los cuerpos, sino también los rasgos físicos y los ropajes de los habitantes de las desgraciadas villas romanas.
3. Su nombre científico es el de soprófagos y son de todo tipo: insectos, gusanos, mamíferos, aves...
4. En estas condiciones, las grasas del cuerpo se transforman en una sustancia más estable, la adipocira o «grasa cadavérica», que se conserva en mejillas, pecho, abdomen, nalgas y en ocasiones dentro del cuerpo, donde ayuda a preservar los órganos internos.
5. Estos «puñados» de lino están formados por dos tipos de vendas, una muy ligera parecida a una gasa y otra de tejido mucho más apretado. Cada venda de lino se plegaba varias veces sobre sí misma hasta formar una tira de medio centímetro de grosor.
6. Trasladada al Real Colegio de Cirujanos de Londres, la momia resultó destruida en un bombardeo durante la segunda guerra mundial.
7. Las vendas de las momias egipcias nunca se fabricaron *ex profeso*, sino que eran piezas de tela usada cortadas en tiras.
8. Se trataba de una solución de natrón al 3 por 100.
9. Recientemente, C. Vogel ha sugerido que en realidad se trata de soldados que habrían vivido y fallecido durante el reinado de uno de los primeros faraones de la XII dinastía.
10. Los intentos modernos de momificación han demostrado que, una vez infectado con escarabajos, éstos pueden continuar viviendo en el natrón durante mucho tiempo. Si, como parece posible, muchos cuerpos

llegaban a manos de los embalsamadores ya infectados y éstos abarataban costos reutilizando el natrón para los enterramientos de menor calidad, se comprende que en tantas momias se hayan encontrado insectos.

11. Se trata de Aat y una reina anónima, encontradas en el interior de la pirámide de Amenemhat III en Dashur. También se conocen unos cuantos ejemplos del Reino Antiguo.

12. El experimento realizado en 1994 por B. Brier y R. S. Wade (momificaron, siguiendo el antiguo procedimiento egipcio, el cuerpo de una persona que había donado su cadáver a la ciencia) parece demostrar que éste era el orden lógico, dictado por la propia anatomía humana. (Valloggia sostiene que no es el estómago, sino el bazo, el que es extraído del cuerpo, pese a la confusión general.) Al tratarse de una operación realizada a ciegas, al tacto y con el brazo introducido por una mínima incisión, no es de extrañar que en muchos casos los riñones pasaran desapercibidos, situados como están en una zona de difícil acceso para ser retirados. Tanto es así que los egipcios ni siquiera poseían una palabra para referirse a ellos. Ese mismo año de 1994, F. Janot realizó un estudio similar con la intención de comprobar la eficacia de las réplicas de instrumentos de embalsamamiento que había construido.

13. El natrón es una sal natural formada por una composición variable de carbonato sódico (el elemento principal), bicarbonato sódico (la levadura de los pasteles) y cloruro sódico (la típica sal de mesa). En Egipto se encuentra en el *wadi* Natrón (cerca de El Cairo) y en Elkab (Alto Egipto). La idea generalizada de que la momificación se realizaba mediante una solución líquida de natrón se debe a una mala traducción de los versos de Heródoto (*Historias*, II 86). Por otra parte, además de la incongruencia intrínseca que supondría utilizar un líquido para deshidratar algo, varios experimentos modernos han demostrado que sólo el natrón sólido consigue el resultado que conocemos.

14. Un embalsamamiento típico solía durar unos 70 días: unos 40 para desecar el cuerpo y unos 30 para vendarlo. No obstante, se conocen casos de duraciones mucho mayores, como los 274 días que tardó en estar lista la momia de la reina Meresankh (IV dinastía), como se deduce de los textos inscritos en su mastaba.

15. El pene de Tutankhamon fue embalsamado en posición erecta y así fue encontrado por Douglas Derry, cuando estudió la momia a los pocos años de ser descubierta. Sin embargo, cuando ésta fue analizada de nuevo en 1968, los investigadores observaron con sorpresa que el pene

de su majestad había desaparecido. Como siempre sucede cuando se habla de este faraón, comenzaron a circular las más extrañas historias sobre el origen y la personalidad del ladrón. Lucubraciones que sólo terminaron en el 2005, cuando, al someterse la momia a un TAC, el equipo que la estudiaba encontró el pene perdido ¡entre la arena que hay bajo el cuerpo del faraón! La «fatiga de materiales» y algunos traqueteos a lo largo de los años habían producido la desafortunada emasculación regia.

16. Z. Iskander, en cuyo trabajo se basa mi lista, considera que en total hay trece etapas en una momificación, mientras que A. P. Leca sólo habla de doce.

17. El propio Heródoto (*Historias* II 85-87) menciona tres tipos de embalsamamiento: el completo (como el descrito para el Reino Nuevo), el de tipo medio (con evisceración por el ano) y el barato (limitado a una lavativa de aceites purificadores).

18. Es curioso, pero los pechos femeninos casi siempre se dejaban sin rellenar.

19. Sobre estos personajes véase el capítulo 5.

20. Los vasos canopos, parte intrínseca del ritual, siguieron formando parte del ajuar funerario, aunque vacíos.

21. Strudwick, N.: *Texts from the Pyramid Age*, 2005, n.º 243, p. 337.

4. LOS RITUALES DE ENTERRAMIENTO

1. Clère, J. J.; Vandier, J.: *Textes de la première période intermédiaire et de la XIème dynastie*, 1948, pp. 47-48.


2. Lapp, G.: *Opferformel*, § 329, 2.

3. Goyon, J. C.: *Rituels funéraires de l'ancienne Égypte*, 1972, pp. 78-79.

4. Goyon, J. C.: *Rituels funéraires de l'ancienne Égypte*, 1972, p. 46.

5. Goyon, J. C.: *Rituels funéraires de l'ancienne Égypte*, 1972, p. 50.

6. López, J.: *Cuentos y fábulas del Antiguo Egipto*, 2005, p. 52.

7. Al inclinarse hacia delante con los cabellos sueltos, las plañideras realizaban un ritual, el del «gesto *nun*». Su pelo ondulado se representa en las paredes de las tumbas de forma similar al signo del agua , en una clara identificación de aquél con las aguas primordiales de las que surgió el creador. Agitar los cabellos equivalía a poner en movimiento las aguas regeneradoras de vida.

8. Durante el Reino Antiguo se detenían primero en la *tep-ibu* o «tienda de purificación» y seguidamente en el *wabet* o «lugar de purificación». Los relieves del Reino Nuevo señalan que primero se detenía en la *seh netjer Inepu* o «caseta divina de Anubis» y luego en la *iabet usekht* o «sala de purificación».

9. Para alguien enterrado en Tebas realizar la peregrinación a Abydos (situada unos 80 kilómetros al norte) no supondría muchos problemas, pero sí tener que acercarse hasta el Delta. Alguien enterrado en Saqqara tendría justo el problema contrario.

10. Se trata de un gorro cónico que recuerda a las nervaduras de la estructura interna de la corona blanca del Alto Egipto o la planta *hekher*. Seguramente estaba tejido con fibras vegetales.

11. En ocasiones se menciona que estas direcciones son el norte y el sur, estando relacionadas entonces con las ciudades de Sais y Buto (en el Delta) y Abydos (en el Alto Egipto).

12. Este ritual se realizaba también a las estatuas (ya fueran del dios, del rey o de un particular) y a los templos.

13. Strudwick, N.: *Texts from the Pyramid Age*, 2005, n.º 1, p. 67.

14. Pir. 21 § 13-14 (Faulkner, R.: *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*, pp. 3-4).

15. Tal cual aparecen en la traducción de Goyon, los pasos de la ceremonia de la «apertura de la boca» durante el Reino Nuevo eran los siguientes: PRELIMINARES: 1) introducción; 2) purificación con las cuatro agujas *nemset*; 3) purificación con las cuatro agujas *deshret*; 4) purificación con natrón del Alto Egipto; 5) purificación con natrón del Bajo Egipto; 6) purificación con incienso; 7) fumigación con incienso; 8) entreacto; ANIMACIÓN DE LA ESTATUA: 9) despertar del sacerdote *sem*; 10) captura antes de la animación de la estatua, 11) el sacerdote *sem* se viste; 12) introducción de los artesanos; 13) recurso a los artesanos especializados; 14) toque de la boca con el meñique; 15) cincelado (?) del rostro; 16) pulido (?) de la boca; 17) anuncio del final de la estatua; 18) entrega de la estatua; 19-20-21) el sacerdote *sem* se viste; 22) entreacto; LOS RITOS DEL ALTO EGIPTO: 23) sacrificio del animal del Alto Egipto; 24) ofrenda del corazón y la pata trasera; 25) se utiliza la pata del animal para abrirle la boca y los ojos; 26) apertura de la boca con la azuela *netjerty* y los instrumentos rituales; 27) apertura de la boca con el instrumento *ur-hekau*; 28) presentación de la estatua al noble; 29) presentación final; 30) pulido final (?); 31) se va en busca y se trae

al «hijo bien amado»; 32) apertura de la boca con la cuchilla *medjedefet* y el dedo de oro; 33) segunda apertura de la boca con el meñique; 34) se trae el aguamanil *nemset*; 35) fórmula del objeto *abet*; 36) fórmula de los cuatro objetos *abet*; 37) presentación del objeto *psesh-kaf*; 38) ofrenda de uvas; 39) se trae una pluma de avestruz; 40) llamada al sacerdote *sem*; 41) se trae una copela de agua; 42) salida del hijo bien amado; LOS RITOS DEL BAJO EGIPTO: 42) sacrificio del animal del Bajo Egipto; 44) se presentan el corazón y el pernil; 45) se utiliza la pata del animal para abrirle la boca y los ojos; 46) apertura de la boca con una azuela; CEREMONIA DEL VESTIDO: 47) incensado; 48) se trae la cinta de la cabeza; 49) se presenta el pañuelo *siat*; 50) se presenta la tela blanca; 51) se trae la tela verde; 52) se trae la tela *ines*, roja; 53) se trae la tela *idemi*; 54) el collar *usekh*; 55) unción y oración; 56) se traen dos sacos de maquillaje, verde y negro; 57) se traen cetros y armas; 58) sahumar con el incensario; 59) incensado y letanía; 60) incensado delante de la estatua; 61) incensado; 62) aspersión con el aguamanil *nemset*; 63) libación; COMIDA FUNERARIA: 64) incensado; 65) preparación de la ofrenda; 66) incensado; 67) purificación de la ofrenda; 68) consagración de los animales de la ofrenda; 69) recitado de las glorificaciones, libación y menú de la ofrenda; 70) fórmula de invitación a la comida, recitado del proscinema y cierre del rito; 71) incensado a Ra-Horakhty; RITOS DE CIERRE: 72) fórmula de ofrenda a los dioses y cierre de la ceremonia, ofrenda de letanía, fórmula de cierre; 73) transporte a la capilla; 74) la estatua es colocada dentro de su capilla; 75) oración final.

16. Dado el origen predinástico de este utensilio, quizá la ceremonia pueda remontarse a los primeros momentos de la civilización egipcia.

17. Hasta la llegada de los hyksos, durante el Segundo Período Intermedio, los egipcios no conocieron el hierro metálico.

18. Wilson, J.: «Funerary Services of the Egyptian Old Kingdom», *JNES* 4 (1944), p. 208.

19. Actualmente se tiende a considerar que estos conos no son tales, sino una representación simbólica del buen olor que desprendía el perfume propiamente dicho.

20. Tylor, J. J.; Griffith, F. Ll.: *The Tomb of Paheri at El Kab*, 1894, lám. 7.

21. Los participantes en el funeral de Tutankhamon, por ejemplo, consumieron carne de vaca, de cordero, de pato y de ganso. Los restos fueron depositados dentro de jarras en el corredor de acceso a la tumba y, tras

la primera tentativa de robo de la tumba (KV 62), se enterraron en el «Pit» 54 del Valle de los Reyes. Allí fueron encontrados en 1907 por Theodore Davies.

22. Por ejemplo, Ipi, quien fuera visir de Amenemhat I, dispuso que la producción de al menos 57 *aruras* de terreno fuera destinada al sostén de su culto funerario.

23. En muchos casos, estas listas de ofrendas son puramente ficticias, pero se incorporan a la decoración con la intención de que al representarlas se conviertan en reales en el más allá.

24. En el caso de los soberanos, y los dioses, el ritual de la ofrenda diaria se repetía por la mañana y por la tarde ante la estatua del difunto o la divinidad, pero con mayor aparato. Por otra parte, sólo el sumo sacerdote estaba cualificado para penetrar en el sanctasanctórum y encargarse del cuidado de la estatua del dios.


25. Roccati, A.: *La littérature historique sous l'Ancien Empire égyptien*, 1982, p. 151 § 130.

26. Con este nombre conocían los egipcios los templos funerarios de los faraones enterrados en el Valle de los Reyes.

5. AMULETOS, ESTELAS, SARCÓFAGOS...

1. Barguet, P.: *Le Livre des Morts des anciens Égyptiens*, 1967, p. 75.

2. «Ataúd» procede del árabe, mientras «sarcófago» procede del griego y significa «comedor de carne». Sin duda, la facilidad y rapidez con la cual los sarcófagos de piedra porosa, como la caliza, se embebían de los líquidos de la autólisis los llevó a pensar que se «comían» los cadáveres.

3. El *per-ur* es el santuario del Alto Egipto y presenta una cubierta curva e inclinada desde la fachada hasta la parte posterior del edificio .

4. Dodson, A.: «Canopic Jars and Chests» en Redford, D. B.: *The Ancient Gods Speak*, 2002, p. 45.

5. Barguet, P.: *Le Livre des bords des anciens égyptiens*, 1967, p. 42

6. Mc Dowell, A. G.: *Village Life in Ancient Egypt*, 1999, p. 70-71.

6. TUMBAS DE RICOS Y POBRES

1. Esta afirmación es sólo una figura literaria porque, en realidad, la mayoría de las tumbas de la época faraónica fueron construidas pensando en el difunto y su esposa. Sin contar con las posibles reutilizaciones posteriores por parte de miembros de la familia.

2. Se trata del enterramiento, sin ofrendas funerarias, de una mujer de unos cuarenta años que yace en posición fetal sobre el costado izquierdo, con la mano izquierda bajo la cara y la derecha puede que sobre ella (c. 8000 a. C.).

3. Al menos así sucede en todas las mastabas situadas al norte de Elkab; en las situadas al sur de esta localidad ocurre justo lo contrario: el nicho de ofrendas principal es el situado al norte. N. Kanawati sugiere como explicación que en esta época las mastabas estaban orientadas hacia un lugar concreto que muy bien podía ser Hieracópolis. El emplazamiento del nicho principal varía dependiendo de dónde se encontrara la tumba, al norte o al sur de la ciudad.

4. Palabra que parece derivar de la expresión árabe que significa «lleno de agujeros».

5. Podía haber varios de estos pozos, algunos situados en el interior de la tumba.

7. LAS TUMBAS DE LOS REYES

1. Cuando a finales del siglo XIX E. Amélineau y W. M. F. Petrie excavaron las tumbas de Abydos nadie dudaba de que eran reales. Cuando W. B. Emery descubrió las mastabas de Saqqara en la década de 1930 llegó a la conclusión de que en realidad eran éstas las verdaderas sepulturas de los reyes tinitas. Desde entonces ha habido un debate entre los defensores de ambas posturas, que parece haber quedado zanjado definitivamente en favor de la hipótesis original: Abydos fue la necrópolis real de las dos primeras dinastías.

2. El faraón Djer rodeó su tumba con 590 sepulturas de servidores.

3. Este nombre sólo se utiliza a partir del Reino Nuevo; en las fuentes contemporáneas este soberano aparece mencionado como Netjerkhet.

4. Son estructuras macizas, cuyos únicos huecos interiores son un pequeño pasillo de acceso y una habitación. Sólo el templo T y el templo funerario son edificios verdaderos.

5. Los egiptólogos no se ponen de acuerdo a la hora de atribuir la estructura escalonada de la pirámide de Meidum a Huni o Esnefru. Si el segundo fuera el responsable de ella, se habría construido un total de cuatro pirámides, lo cual parece realmente exagerado. Considerarla obra de Huni simplificaría este problema, pero no aclara el motivo de su transformación en pirámide verdadera a manos de Esnefru, demostrada inequívocamente por la arqueología.

6. El aspecto de torre que tiene en la actualidad la pirámide se debe a la desaparición de varios de sus escalones superiores. Lo que sus visitantes pueden ver hoy día es parte de los escalones tercero y cuarto de la estructura de siete alturas y los escalones cinco y seis completos de la estructura de ocho alturas. Por encima de ellos sólo son visibles algunos restos del séptimo escalón.

7. Se han sugerido otras reconstrucciones, como una mastaba cuadrangular (Dieter Arnold) o una colina primigenia (Rainer Stadelmann).

8. Este soberano tuvo que construir una segunda tumba en Hawara cuando aparecieron amenazadoras grietas en la primera que construyó, dentro de un recinto rectangular, pero orientada de este a oeste, en Dashur.

8. LAS MOMIAS DE LAS PIRÁMIDES

1. Amélineau, E.: *Les nouvelles fouilles d'Abydos (1896-1897)*, 1897, p. 41.

2. Citado en Greaves, J.: *Pyramidographia*, Londres, 1646, p. 84.

3. Los objetos sacados de este complejo funerario tienen tendencia a perderse. El sarcófago de Menkaure fue embarcado en el transporte *Beatrice* camino de Inglaterra, pero se hundió frente a las costas de Cartagena. Está a la espera de ser rescatado.

4. A mediados del siglo XIX, el rey de Prusia encargó a Richard Lepsius que organizara una misión arqueológica a Egipto. Sus principales objetivos eran copiar cuantos más textos mejor y reunir una colección de valiosos y bellos objetos para los museos reales de Berlín. Además de excavar en algunos yacimientos prometedores, Lepsius realizó un trabajo sistemá-

tico de prospección, dibujando innumerables planos topográficos que todavía hoy sirven como referencia a los arqueólogos modernos. En ellos fue señalando todos los accidentes del terreno que le parecían ser ruinas o restos de la actividad de los antiguos habitantes de Egipto. En el plano que dedica a Abusir aparecen marcados dos montículos con los números XXIV y XXV, hoy sabemos que se trata de dos pirámides de reinas.

5. El orden en que fueron excavadas las pirámides con textos es el siguiente: 1.^a, en mayo de 1880, la pirámide de Pepi I; 2.^a, en diciembre de 1880, la pirámide de Merenre; 3.^a, en febrero de 1881, la pirámide de Unas; 4.^a, en febrero-abril de 1881, la pirámide de Pepi II; 5.^a, en mayo de 1881, la pirámide de Teti.

6. Petrie, W. M. F.; Brunton, G.; Murray, M. A.: *Labun II*, 1923, p. 13.

9. LOS DESPOJOS DE LOS CREADORES DEL IMPERIO

1. Posiblemente se tratara de la de Ramsés I (véase el capítulo 1).

2. Dada la influencia que la actividad del Servicio de Antigüedades tenía en la vida egipcia, el nombramiento de su director era muy mirado por las potencias dominantes, Gran Bretaña y Francia.

3. El poblado de Gurna (en realidad, todos los de la orilla occidental) se encuentra enclavado en una de las laderas de la necrópolis de Tebas. No son pocas las casas que utilizan como sótano o fresquera una antigua tumba. Desde el 2007 el gobierno egipcio ha comenzado a desalojar y derribar todas estas casas y asentar a sus habitantes en un poblado nuevo construido al norte, alejado de la necrópolis.

4. Además de los golpes de rigor, se habla de la piel de la planta del pie arrancada a tiras, de recipientes metálicos calientes colocados sobre la cabeza y de otras lindezas semejantes.

5. En la tumba se encontraron también los cuerpos de las reinas Tetisheri, Ahmose-Inhapi, Ahmose-Nefertari, Nodjmet y Henttawy A y de casi una veintena más de personajes de la corte.

6. Citado en Reeves, N.: *Ancient Egypt. The Great Discoveries*, 2000, p. 65.

7. Reeves, C. N.: *Valley of the Kings. The Decline of a Royal Necropolis*, 1990, p. 235.

8. Reeves, C. N.: *Valley of the Kings. The Decline of a Royal Necropolis*, 1990, p. 237.

9. En agosto de 1901 el *Strand* londinense había comenzado a publicar en forma de serial *El perro de los Baskerville*.

10. Con gran sorpresa, después de la resolución del asunto Carter descubrió que el barco había sido vendido ¡al Museo de El Cairo!

11. En época faraónica la tumba sufrió dos saqueos frustrados, que supusieron la desaparición de muchas joyas de pequeño tamaño, de los perfumes y de los aceites en ella almacenados, así como la pérdida de la disposición original de algunos objetos de la antecámara y del anexo.

12. El cráneo es dos desviaciones estándar demasiado grande para el cuerpo.

13. Smith, G. E.: *The Royal Mummies*, 1912, pp. 79-80.

14. Una etiqueta de la momia de Ramsés IX nos informa de que fue allí donde fueron depositadas.

15. Dado que uno de los ataúdes en los que se encontró la momia de Tutmosis I fue reutilizado con el nombre de Pinedjem I (si bien originalmente perteneció a Tutmosis I), en la primera publicación de las momias el cuerpo de este soberano aparece identificado como «Pinedjem I». Un claro ejemplo de las dificultades de la identificación.

10. LAS MOMIAS REALES DE TANIS

1. Hoy sabemos que Avaris es la actual Tell el-Daba.

2. Goyon, G.: *La découverte des trésors de Tanis*, 2004, p. 112

3. La numeración de las tumbas sigue correlativamente el orden en el que fueron descubiertas, pues los trabajos continuaron hasta mayo de 1940, cuando finalizó la *drôle de guerre* en Europa y Francia fue derrotada por los ejércitos alemanes pocas semanas después. El equipo francés tuvo que regresar. Tras la guerra los trabajos se reanudaron dirigidos durante veinte años por Jean Yoyotte y, posteriormente, por Pierre Brissaud hasta la actualidad.

11. LA PALEOPATOLOGÍA

1. Sir M. A. Ruffer, citado en Campillo, D.: *Introducción a la paleopatología*, 2001, p. 27.

2. Heródoto, *Historias* II, 13.
3. En 1993, la Organización Mundial de la Salud calculaba que todavía el 12 por 100 de la población del país padecía esquistosomiasis. R. M. Hicks calcula que, en la década de 1980, entre el 70 y el 90 por 100 de la población rural masculina estaba infectada.
4. La anemia es visible en momias y esqueletos por la presencia de agujeros porosos en la bóveda craneal y las órbitas de los ojos (hiperostosis porosa y criba orbitalia).
5. Nunn, J.: *Ancient Egyptian Medicine*, 1996, p. 91.
6. En la momia 1770 de Manchester, perteneciente a una mujer joven, se han encontrado gusanos macho calcificados.
7. Si el gusano ataca los tejidos, el resultado puede ser daños en los tendones y anquilosamiento de las articulaciones. Atendiendo a la inflamación de la tibia apreciada en 92 momias egipcias de todas las épocas, se ha sugerido que el 15 por 100 de la población pudo haber estado infectada en algún momento por este parásito.
8. Assmann, J.: *The Mind of Egypt*, 2002, p. 360.
9. Galán, J. M.: *Cuatro viajes en la literatura del antiguo Egipto*, 2000, p. 85.
10. Un material del que se suele decir que las habitaciones construidas con él son frescas en verano y cálidas en invierno, pero que en realidad son justo lo contrario.
11. En este caso no se puede saber a ciencia cierta el origen de la deformidad, pudiendo tratarse de una escoliosis u otra enfermedad deformante.
12. Otros especialistas consideran que se trata sencillamente de una deformidad ósea.
13. López, J.: *Cuentos y fábulas del antiguo Egipto*, 2005, p. 47.
14. Vernus, P.: «Un décret de Thoutmosis III relatif à la santé publique (P. Berlín 3049, vo XVIII_XIX)», *Orientalia* 48 (1979), pp. 177.
15. Entre el 93 y el 100 por 100 de las mandíbulas estudiadas presenta atrición (desgaste extremo de las coronas dentarias).
16. Un estudio, ya con algunos años de antigüedad, calcula que los animales nos han transmitido todas estas enfermedades: perros (65), bóvidos (45), ovis/cabras (46), cerdos (42), caballos (35), ratas/ratones (32), aves (26).
17. A finales del Paleolítico, la altura media de los varones en yacimientos que van desde Ucrania a los Balcanes, pasando por el norte de

África, era de 1,77 metros para los hombres y de 1,66 metros para las mujeres. A finales del Neolítico la altura había disminuido entre 10 y 15 centímetros respectivamente.

18. Teniendo siempre en cuenta que, pese a sus esfuerzos, el Estado egipcio nunca fue capaz de paliar las hambrunas ocasionales que se producían en el país.

19. Estudios recientes parecen sugerir que las proporciones físicas de los egipcios eran negroides. Esto no significa que fueran negros, sino que su estructura ósea se asemeja más a la de los negros contemporáneos que a la de los blancos contemporáneos.

20. Acompañados por la ofrenda de 660 aves al mes, lo que viene a significar cerca de 8.000 al año.

21. En 1917, los prisioneros de las cárceles egipcias eran alimentados atendiendo al siguiente baremo: 1.800 calorías para subsistir, 2.200 calorías para trabajos ligeros y 3.200 calorías para los trabajos pesados.

22. Se ha encontrado que entre el 10 y el 20 por 100 de las momias presentan arterioesclerosis, lo cual indica qué parte de la población formaba el grupo social superior, con acceso habitual a grasas animales.

23. Todavía a principios del siglo xx la situación en Egipto era terrible. Los datos del Foundling Hospital de El Cairo nos informan de que de 112 nacimientos habidos allí en el año 1906, se produjeron 95 fallecimientos. En 1910 la tasa de mortalidad en Egipto era del 376 por 1.000.

24. La duración perfecta de la vida humana para los egipcios, según aparece en los textos y la literatura de la época faraónica.

25. López, J.: *Cuentos y fábulas del antiguo Egipto*, 2005, 51.

12. LA ARQUEOLOGÍA DE LA MUERTE

1. En otras ocasiones, como en Çatal Hüyük, sucede justo lo contrario, que se puede estudiar un lugar de habitación, pero no se tienen restos humanos.

2. En plena campaña de salvamento auspiciada por la Unesco para evitar el desastre arqueológico que iba a suponer la presa de Asuán.

3. Nunn, J. F.: *Ancient Egyptian Medicine*, 1996, p. 181.

4. La presencia de esclavos en el Egipto faraónico se puede considerar nula, sobre todo si la idea que tenemos en mente de sociedad esclavista es

la grecorromana. A pesar de que se conocen muchos casos de esclavos, se trata de elementos aislados, que nunca supusieron una aportación relevante a la economía del país.

5. Roccati, A.: *La littérature historique sous l'Ancien Empire égyptien*, 1982, p. 109 § 78.

6. Roccati, A.: *La littérature historique sous l'Ancien Empire égyptien*, 1982, p. 109 § 79.

7. Mc Dowell, A. G.: *Village Life in Ancient Egypt*, 1999, p. 34.

8. Laffont, E.: *Les livres des sages des pharaons*, 1998, p. 46.

9. Ostrakon Berlín 12630.

10. Taylor, J. H.: *Mummy: The Inside Story*, 2004, p. 10.

13. LAS MOMIAS DE ANIMALES

1. Aproximadamente un 20 por 100 del total.

2. Reisner, G. A.: «The dog which was honored by the king of Upper and Lower Egypt», *BMFA* 34 (1936), p. 97.

3. A lo que parece, los monos utilizados como mascota sufrían la extracción de los caninos, para evitar las posibles consecuencias de sus mordiscos.

4. Se encontraron casi todos sus huesos, en algunos casos en conexión anatómica y con la piel ennegrecida, quizá como resultado de alguna sustancia destinada a conservarlo mejor.

5. Faulkner, R.: *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*, 1969, pp. 133-134.

6. Heródoto y Plutarco comentan que el toro Apis era sacrificado a los veinticinco años de edad.

7. Se calcula que sólo en la necrópolis de Thot en Menfis hay cuatro millones de ibis momificados.

8. Dada su extraordinaria abundancia, con las momias de animal sucedió lo mismo que con las momias humanas (véase el capítulo 1), hasta el siglo XIX fueron utilizadas para fines «espurios». Se sabe de un cargamento de momias de gato, con un peso de 19 toneladas y formado por unos 180.000 ejemplares de ofrendas a Bastet, que fue exportado a Europa por esas fechas.

9. Es posible que las momias falsas procedieran de criaderos ajenos a la disciplina del templo y fueran el típico engañosos destinados a los «turistas».

10. En Saqqara se da un tipo especial de embalsamamiento para babuinos. Tras sufrir un tratamiento completo, en vez de ser vendados los animales eran introducidos sentados dentro de un santuario rectangular, que luego se rellenaba por completo con yeso líquido, dejando al mono dentro.

14. LAS MOMIAS EN OTRAS CULTURAS

1. Atacama es el desierto más seco del mundo.

2. El cuerpo de la mujer no ha sido encontrado todavía, pero el marido terminó ahorcándose en la cárcel.

15. LA MALDICIÓN DE LA MOMIA

1. Reeves, N.: *Ancient Egypt. The Great Discoveries*, 2000, p. 231.

2. Pir. 534 § 1278-1279 (Faulkner, R.: *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*, 1969, p. 202).

3. Simpson, W. K. (ed.): *The Literature of Ancient Egypt*, 2003, p. 463.

4. Blasco Ibañez, *La vuelta al mundo de un novelista*, 1975, p. 766.

5. Bodin, J.: *Coloquio de los siete sabios sobre arcanos relativos a cuestiones últimas*, 1998, p. 85

6. Corelli, M.: «Warned Carnarvon of peril in tomb, says Marie Corelli», *World* 24 marzo 1923, pp. 1, 4.

7. Las escaleras de acceso fueron descubiertas el 4 de noviembre de 1922 y la tumba abierta el 16 de febrero de 1923.

8. La muerte de su hijo mayor, de resultas de las heridas recibidas durante la Gran Guerra, agravadas por la gripe de 1918, le hizo buscar consuelo en el espiritismo como medio de seguir en contacto con su primogénito.

9. Citado en Reeves, N.: *The Complete Tutankhamun*, 1995, p. 63.

10. Hankey, J.: *A Passion for Egyptology*, 2001, p. 4

11. Engelbach, R. *Air Force News*, 17 de febrero de 1945, p. 2, citado por Hankey, J.: *A Passion for Egypt*, 2001, p. 5, n. 6.

12. Vandenberg, P.: *La maldición de los faraones*, 1975, p. 28.

13. Durante su carrera fue secretario de embajada en Lisboa, Madrid, El Cairo y Roma.

14. Winlock, H. E.: «Curse of pharaoh dennied by Winlock», *New York Times*, 11 de febrero de 1934, p. 20.

15. Lee, C. C.: ... *the grand piano came by camel*, 1992, p. 140.

16. Winlock, *op. cit.*, p. 20.

17. Smith, S.: *Mostly Murder*, 1959, pp. 77-78.

18. Conocida espiritista de la época.

19. Sólo durante la primera campaña, Carter calcula que fueron 12.000 las personas que se acercaron al yacimiento a ver desde fuera cómo se desarrollaba la excavación. De haber actuado contra todas ellas, la maldición se hubiera convertido en una verdadera epidemia y habría cundido el pánico; pues todavía estaba muy presente la pandemia de gripe de 1918 y sus desastrosos resultados.

20. No recoge, por ejemplo, a Richard Adamson, sargento en funciones del ejército inglés que durante siete años estuvo encargado de la seguridad del grupo y que muchas noches dormía en la antecámara de la tumba mientras escuchaba a todo volumen discos en un fonógrafo prestado por Carter. Como él mismo dijo: «Los chirriantes sonidos de la música que salían de la tumba bastaban para asustar a cualquier ladrón». Tampoco aparecen los tres inspectores del Servicio de Antigüedades y los representantes del servicio de prensa del gobierno egipcio que asistieron a la apertura de la tumba; ni, por supuesto, las decenas de anónimos trabajadores de la orilla occidental contratados para realizar las labores manuales de la excavación.

Bibliografía

ABREVIATURAS

ÄA: *Ägyptologische Abhandlungen*.

ADAIK: *Abhandlungen der Deutschen Archäologischen Institut*.

AV: *Archäologische Veröffentlichungen*.

ASAE: *Annales du Service des Antiquités de l'Égypte*.

BACE: *Bulletin of the Australian Center in Egypt*.

BAEDE: *Boletín de la Asociación Española de Egiptología*.

BdE: *Bibliothèque d'études*, IFAO.

BIE: *Bulletin de l'Institut d'Égypte*.

BIFAO: *Bulletin de l'IFAO*.

BMMA: *Bulletin of the Metropolitan Museum of Art*.

BSFE: *Bulletin de la Société Française d'Égyptologie*.

CdE: *Chronoqe d'Égypte*.

DAWW: *Denkschrift der Kaiserlichen Akademie der Wissenschaften in Wien, Phil.hist. Kl.*

DE: *Discussion in Egyptology*.

EEF: Egypt Exploration Found.

GM: *Göttinger Miscellen*.

IFAO: Institut Français d'Archéologie Orientale.

JARCE: *Journal of the American Research Center in Egypt*.

JEA: *Journal of Egyptian Archaeology*.

JESHO: *Journal of the Economic and Socieal History of the Orient*.

JNES: *Journal of Near Eastern Studies*.

LÄ: *Lexikon der Ägyptologie*, 1975-1987.

Índice

<i>Agradecimientos</i>	9
<i>Introducción</i>	11
<i>Cronología</i>	15
<i>Mapa de Egipto</i>	17
1. Las primeras momias egipcias en Europa.	19
2. Los orígenes de una costumbre ancestral	41
3. El proceso de la momificación	59
4. Los rituales de enterramiento.	79
5. Amuletos, estelas, sarcófagos.	99
6. Tumbas de ricos y pobres.	121
7. Las tumbas de los reyes	139
8. Las momias de las pirámides	157
9. Los despojos de los creadores del imperio	177
10. Las momias reales de Tanis	201
11. La paleopatología.	207
12. La arqueología de la muerte.	225
13. Las momias de animales	243
14. Las momias en otras culturas	255
15. La maldición de la momia	271
<i>Conclusión</i>	295
<i>Notas</i>	297
<i>Bibliografía</i>	315
<i>Lista de figuras</i>	353
<i>Lista de fotografías</i>	367
<i>Índice temático</i>	371

«Las momias –nos dice José Miguel Parra Ortiz– son mucho más de lo que a simple vista parece. Gracias a ellas podemos profundizar nuestro conocimiento de la civilización faraónica y de las personas que la crearon y vivieron». No se trata tan sólo de las de los faraones: hay millones de momias –tantas que en la Edad Media se exportaron a Europa por centenares de miles para emplearlas en medicina y en el siglo XIX se las usó como combustible en los ferrocarriles–, de modo que a través de ellas nos es posible conocer, no sólo las creencias y los mitos de los egipcios, sino sus propias formas de vida. En un libro que aúna la seriedad de la información con un planteamiento divulgador y ameno se nos habla de las pirámides y las tumbas reales, de las tumbas de los pobres, de rituales y amuletos, de lo que nos revelan sobre las enfermedades del pasado o de la arqueología de la muerte, pero también de la falsedad de las leyendas sobre supuestas maldiciones o de las trampas y falsificaciones de los traficantes de antigüedades egipcias.



Momias



JOSÉ MIGUEL PARRA ORTIZ

CRÍTICA